

# EL CLUB DE LOS OPTIMISTAS

GAVIN'S CLEMENTE-RUIZ



Grijalbo **narrativa**

GAVIN'S CLEMENTE-RUIZ

# El club de los optimistas

Traducción de  
Luisa Lucuix Venegas

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Martine Clemente-Ruiz,  
mi madre*

Que no vengan a hablarme de duelo si esa palabra significa que los tuyos se alejan. Al contrario, están ahí, a tu lado, para darte el coraje de vivir y de salir airoso de las pruebas. Están a tu lado, puedes contar con ellos.

GENEVIÈVE BRISAC,  
*Vie de ma voisine*

## Regla 1

### Optimista no se nace, se hace

Béatrice Louvain no es de las que descuidan su apariencia. Por la mañana, sale de casa con paso decidido, baja por la escalera en lugar de tomar el ascensor y apenas se detiene cuando la portera la saluda por la ventana de la portería.

—Buenos días, señora Louvain, tengo correo para...

Con un rápido ademán de la mano, le responde que ya lo verán más tarde. Béatrice Louvain es así. No sabe detenerse, le gusta cuando las cosas avanzan. Si es rápido, mejor. Es imposible oponerle resistencia. En este momento va al trote, corriendo, casi. Con un movimiento del hombro, da un violento empujón al portón de su viejo edificio haussmanniano del este parisino, que casi se descuelga. Pequeña pero matona, Béa.

—¡Ay! Esta puerta... ¡no puedo más! ¡No-puedo-más! ¿Cuándo van a decidirse a repararla? — grita Béatrice lo bastante fuerte para que la portera la oiga desde el fondo del patio.

Béa protesta a menudo; en el fondo, le gusta hacerlo. Es una costumbre, casi una manera de vivir. Su agradable perfume Shalimar, de Guerlain, el mismo desde que cumplió veinte años, embriaga todo el recibidor. Un perfume con clase que le va bien.

Béatrice no mira nunca la previsión del tiempo. Ni una pequeña llovizna ni una tormenta le impedirían salir de casa, al contrario. Esta mañana de finales de mayo, se planta en la acera, delante de casa, deslumbrada, con la mano a modo de visera, y echa un vistazo al cielo. Hace un sol radiante; el mes de junio se anuncia prometedor. Unas nubes se deshilachan dulcemente.

Con el trajecillo sastre, los tacones y las medias negras, Béatrice Louvain, «Béa» para los amigos, 1,57 m, 67 kg y 54 años, ya ha adivinado que va a pasar demasiado calor. Le perlan la frente algunas gotas de sudor. Consulta el reloj: no le da tiempo de subir a cambiarse. Como puede, se desliza entre dos coches aparcados justo delante de su casa. Se quita un primer zapato, uno de esos con taconcitos muy finos, muy suaves, «como unas zapatillas», le encanta repetirle a su hija. Se quita el segundo. Un vistacillo a la derecha, uno a la izquierda y, sin que nadie la vea, se baja las medias, que, en un santiamén, quedan enroscadas en sus tobillos. No importa si la miran, no importa si llega un vecino. A Béa no la frenan ese tipo de detalles. Sale de su escondite aliviada, con un extremo de las medias sobresaliéndole del bolso, no sin antes comprobar la hora

por última vez. ¡Uf! Menos mal, no llega demasiado tarde. Hace una semana que ha pedido esta cita; ni pensar en perderla. Se mete en su Smart y sale disparada hacia Saint-Germain-des-Prés.

Con un movimiento mecánico, se pone el auricular y escucha los mensajes del contestador. Nada urgente de verdad. Puede esperar. Se lo quita y gira el botón de encendido y apagado de la radio del coche. Directo a la cadena Nostalgie. Su pequeño placer de la mañana. Sonríe, por fin se le distienden los hombros, los brazos se le relajan al volante. Béa canta a voz en grito. Desentonando y alto. En el semáforo, los conductores de los coches vecinos la observan contonearse al ritmo de sus canciones preferidas, siguiendo una coreografía endiablada. Su trío de cabecera: Johnny Hallyday, Christophe y Alain Bashung. Le gusta la potencia de sus voces, un poco cascadas, y la debilidad que les adivina, que tienen el pudor de esconder —todo lo que a ella le encanta—. Puede que se haga la dura y esté todo el tiempo refunfuñando, pero, en el fondo, Béa tiene un corazón muy blandito. En este momento Claude François entona *Le lundi au soleil*.

—¡Pero avanza, gilipollas!

Basta de soñar. Béa maldice ahora al ritmo de la música, a golpe de claxon, rozando los retrovisores. Aparte de que no es muy grande, su coche parece una compresión del escultor César.

—Todavía anda, no le pido más —repite infatigable.

Cuando llega a la puerta del salón de belleza, como un reflejo antes de cada cita —Béatrice Louvain dirige su propia agencia inmobiliaria—, se mira en el cristal, que le devuelve una imagen bastante fiel de sí misma. No muy alta, más bien fornida, una mujer bajita y enérgica con curvas. «Soy más redonda que cuadrada, pero no estoy mal para mi edad.» Béatrice Louvain lo admite sin pudor: se siente bien en sus tacones, algo con lo que sacar de quicio a los cascarrabias, los más escépticos, pero a ella le da igual. Un último reflejo: se pasa la mano por el pelo. Sensación suave y reconfortante. Una costumbre también.

Con la otra mano, empuja la puerta con esfuerzo.

—Está claro que... —suelta a modo de buenos días cuando entra en el salón de belleza.

Inmaculado, ultraluminoso, está repleto de espejos y orquídeas blancas. Fragancias delicadas y aceites esenciales perfuman la atmósfera: canela, clavo y tomillo. Todo ha sido pensado para que los clientes se sientan bien.

—Buenos días, señora Louvain —la saluda el joven tras el mostrador—, la estaba esperando.

—Hay que arreglar esa puerta, Sébastien, o cualquier día me quedo con ella en la mano.

Béa avanza decidida, olisqueando el aire.

—Ponéis algo de menta también, ¿no?

Sébastien, cabeza afeitada y traje azul marino entallado sobre una camiseta blanca ajustada, asiente, cómplice de su fiel clienta.

Béatrice comienza a relajarse. Desde que el salón de belleza Beauté existe, acude una vez al mes; bueno, dos, pero solo si ha hecho una buena venta. Beauté, belleza, no se comieron mucho la

cabeza con el nombre, pero a Béa le da igual, lo que a ella le gusta del sitio es el servicio. «Un paréntesis», como dice el folleto que reparten por todas las panaderías del barrio. Y a Béa le encantan las panaderías.

—¿Le apetece un café? ¿Un té? Tengo un matcha ex-celen-te —le ofrece el joven mientras la ayuda a quitarse la chaqueta, que desliza sobre una percha forrada.

—Nada, nada, soy un manojo de nervios, ya me he tomado un café solo doble antes de venir. Con eso basta. —Suspira, muy decidida a que la tensión baje de nuevo.

—Bien, bien. Entonces ¿qué hacemos hoy, señora Louvain? —pregunta el peluquero en un tono alegre y cómplice.

—El completo, mi pequeño Sébastien. Lavar, cortar, teñir, peinar y manicura. ¡Quiero estar despampanante!

—¿El corte a lo Louise Brooks? ¿Como la última vez? —continúa Sébastien al tiempo que le tiende un peinador blanco y delicado de nido de abeja con la mano izquierda—. Han crecido mucho —observa sopesando con la mano derecha las puntas del cabello de su clienta.

Béa no dice nada. Luego aclara:

—Eso es. Un negro azabache. Lo quiero negro «negro».

—Y además hace que le resalten esos ojos grandes que tiene, con esas pestañas. ¡Qué suerte tener esas pestañas tan largas! Y unos ojos tan grandes como los suyos...

Béa sigue sin contestar.

El peluquero se acerca a su rostro. Sébastien es un poco más alto que ella, y, aun así, ella lo domina. ¿Cómo decide uno hacerse esteticista? ¿Y peluquero? Béa siempre se lo ha preguntado. «¡Venga, está decidido, a tocar pieles grasas y pelos sucios toda mi vida!» Menuda idea. Tocar a otras personas, tocarles el pelo, la piel, ¡puaj! Béa no podría. Es algo tan... íntimo. El joven se inclina sobre ella. Y, por el cuello de la camiseta, ella se fija en que lleva el torso depilado. Todo eso no es muy viril. Su perfume marea. Ambarino, o algo así. Le recuerda aquellas largas horas en la iglesia del internado cuando era pequeña. No es un hombre muy de su estilo este Sébastien. A ella le gustan más descarados, un poco machos también.

—Tengo clientas que matarían a su padre y a su madre por tener sus pestañas —bromea.

—Claro, claro, usted lo ha dicho, Sébastien, tengo suerte...

—¿Tiene una boda? ¿O se quiere poner guapa para un galán? —le susurra con una sonrisa cómplice en los labios.

—Casi, Sébastien, casi. La semana que viene empiezo la quimioterapia.



## Regla 2

### El optimista ideal no sabe que lo es

—¡Alice! ¡Alice! No encuentro las latas de leche de los pequeños —grita toda alarmada Zoé, la nueva becaria de la sección de lactantes de la guardería Sainte-Marguerite—. ¿Sabes dónde están?

—Última estantería, a tu izquierda, cuando entras en la biberonería. Hay por lo menos cinco latas. De la de Guigoz, leche de inicio. No tiene pérdida, llevan los nombres de los niños puestos. Las he visto esta mañana.

Alice responde con voz segura. Por muy indecisa y llena de dudas que sea la joven en su vida privada, con su *look* gótico, vestida completamente de negro, en la guardería no vacila nunca. No se enfada; jamás levanta la voz. Su aspecto reservado podría hacerla pasar por una persona desenvuelta, algo rebelde. Es todo lo contrario: dulce, amable. Sus compañeras la encuentran un poco callada, incluso. En la pausa para fumar, no suele decir gran cosa. Las otras puericultoras lo ignoran casi todo sobre ella. Solo les ha dejado caer que tiene novio, que vive en las afueras, en Montreuil, y que viene de Romainville. Nada más. Nunca ha salido a tomar algo con ellas después del trabajo. Jamás les ha confiado sus penas del corazón o sus aventuras. Todo lo contrario que Zoé, su nueva compañera. Una chica más bien extravertida, se ha dicho Alice al verla por primera vez, siempre con caramelos en los bolsillos, dispuesta a soltar un chiste. En el Café Français, el café-restaurant de la esquina donde se reúnen los viernes por la tarde, hace reír a todo el mundo hablándoles de sus aventuras en Tinder, sus perfiles falsos, las citas que acaban mal y los tipos raros que se ha llevado a casa. Alice, sin embargo, siempre sale corriendo la primera para reunirse con Simon, su «chico», como se obliga un poco a sí misma a nombrarlo ante la mirada de sus colegas. No se siente cómoda en público, es así, no puede evitarlo.

Hoy Alice mira a su alrededor y mide el paso del tiempo. Hace ya tres años que trabaja en esta guardería. Los objetos, los dibujos, los carteles colgados, los conejitos de Pascua olvidados, los fragmentos de guirnaldas de Navidad todavía enredados en los móviles suspendidos del techo... Le encanta todo eso. Aquí se siente en su sitio, en este mundo infantil. Lo echará de menos. Hoy es su último día en la sección Caramelo. Todavía no se lo ha dicho a sus compañeras, solo ha avisado a la directora.

Los tres inseparables, Louise, Jules y Paul, los tres diablillos del grupo, corretean a su alrededor para impedirle que avance. Y luego está Ursule, su ojito derecho. Sentado, observa lleno de asombro el curioso juego de sus compañeros. Alice adora a Ursule. Llegó a la guardería al mismo tiempo que ella, cuando todavía estaba de prácticas, como Zoé. Parecía un polluelo, tan pequeñito, tan encogido todavía. Permanecía acostado durante todo el día, en su cuna, en el suelo, en sus brazos. Al principio, las manitas de Ursule se aferraban a su jersey negro. Ha observado durante horas sus labios minúsculos bien perfilados, sus uñitas, y le encantaban los gemidos de satisfacción que emitía cuando lo acurrucaba contra ella. Le ha cantado un sinfín de cancioncillas, y su voz dulce y reconfortante parecía calmarlo.

—¡Cantas superbién!

Alice se sonroja cada vez que sus compañeras le dicen eso y baja la mirada, algo incómoda, siempre esquiva, con una ligera sonrisa. No le gusta que se fijen en ella. Con los niños es distinto. Se siente diferente, más libre.

—Un día te voy a apuntar a *La Voz* sin que te enteres —llegó a decirle Zoé una vez, con una sonora carcajada, al oírla cantar a los niños de toda la sección.

Alice enseguida sintió un vínculo particular con Ursule. Tuvo la impresión extraña de reconocerse en él y le entraron ganas de protegerlo. En la escuela de puericultura, sin embargo, hicieron mucho hincapié en que no se apegara a los niños más de lo necesario. Alice hizo caso omiso. Tomó al pequeño pajarillo miedoso bajo su ala.

Incluso pidió a la directora que la cambiara de sección para seguirlo.

En el segundo año de guardería, Ursule no logró sujetar a Sophie, la Jirafa. Continuaba mirando fijamente un enorme globo azul suspendido del techo, siempre el mismo. Había cuatro —uno blanco, uno amarillo, uno rojo y uno azul—, pero era el azul el que miraba. «Sonríe a los ángeles», decían las otras puericultoras. Cuando Alice sacaba a los niños a la terraza de la guardería, Paul salía disparado y trataba de montarse en un coche a pedales, pero Ursule, por el contrario, se quedaba exactamente donde ella lo colocara. Estoico, imperturbable. Si se le acercaba alguna puericultora que no fuera Alice, lloriqueaba. Como si solo Alice estuviera autorizada a tomarlo en brazos, a ocuparse de él. Hoy todavía, cuando su madre viene a recogerlo, le cuesta separarse de Alice.

—¡Es como un koala! ¡Qué bichito! —bromea la directora de la guardería, la señora De Lesfiguières, mirando a Ursule acurrucado contra su joven puericultora.

La directora, por su parte, comprendió enseguida el comportamiento de Ursule. Treinta años de profesión, a punto de jubilarse, no hacía falta ser ningún genio para ver que aquel pequeño era distinto a los demás.

Ahora en tercer año de guardería, Ursule sigue sin evolucionar. En cuanto Alice sale de la sección, en cuanto se ausenta cinco minutos, grita como un energúmeno. No son gemidos, y menos

aún el llanto de un niño, sino unos gritos desgarradores. Lo curioso es la capacidad que tiene de barrer con una fuerza terrible, insospechada incluso, todos los objetos de una mesa, de hacer que salten por los aires todos los cubos de madera de sus amiguitos. Estos lo observan entonces completamente asombrados para volver enseguida al juego, como si no hubiera pasado nada.

La semana pasada, Alice llegó un poco antes, como siempre, con los auriculares puestos. Eso la calma, aunque escuche Metallica o Arcade Fire, lo que siempre llama la atención en una joven frágil, alta y delgada. Antes de reunirse con sus compañeras y recoger a los niños, la directora la saludó y le indicó que quería verla en su despacho, similar a una gran pecera de cristal colocada a la entrada de las tres secciones. Alice le devolvió el saludo con voz de niña, un poco cantarina y dulce.

Desde la entrevista de trabajo con motivo de las evaluaciones de personal del final de curso, la señora De Lesfiguières le da miedo. Todo en ella atemoriza a Alice: el aspecto amargado, el moño, el cabello tan tirante, las gafas en forma de mariposa, que acentúan el trazo del lápiz por encima del párpado, y la sortija-sello en el dedo meñique. Sin embargo, las dos mujeres se entendieron de inmediato y se aprecian bastante. Su amor por los niños las acercó.

—Bueno, Alice, tengo que decírselo, y pienso que ya se habrá dado cuenta, ¿no? La madre de Ursule me lo ha comunicado esta mañana. Para ella era importante que la informara a usted la primera. A Ursule le han hecho toda una serie de pruebas y, está confirmado, padece un tipo grave de autismo. Va a tener que dejarnos. Se irá de la sección la semana que viene. Cuanto antes se integre en una estructura especializada, antes conseguirán atenuar los efectos de su enfermedad. Sé que está muy unida a Ursule, Alice. Es su pequeño preferido, ¿no? —pregunta la directora con una sonrisa en los labios, siempre un poco crispada.

Alice asiente con la cabeza, a punto de echarse a llorar. Se reprime. No hay que llorar. Se concentra en las palabras de la directora. Mira el libro de Mickey que destaca en la estantería junto a ella. No llorar. Mirar a otra parte. No llorar. Demasiado tarde.

—Alice, hay que protegerse, ya lo sabe —continúa la directora en un tono ahora autoritario—. Es usted joven. Comprendo que se encariñe, pero ¿sabe?, conocerá a otros niños como Ursule durante su carrera. No puede vivir cada separación como un tormento.

La directora se acerca a Alice, que ha escondido el rostro delicado tras la mano y el largo cabello suelto. No puede evitar encontrarla adorable.

A Alice no le gusta llorar, y todavía menos delante de la directora de la guardería. No le gusta mostrar sus debilidades. Por lo general se controla, pero con esto se derrumba.

La señora De Lesfiguières, de pie, junto a su escritorio, tiende un pañuelo a una de sus mejores puericultoras, tan sensible, tan atenta. Al principio todas son iguales, se dice, un poco torpes,

recién salidas de la escuela de puericultura. Aprenden la profesión sobre la marcha, y luego, con el tiempo, se acostumbran —la señora De Lesfiguières se encarga de endurecerlas— y la rutina se instala. Pero no es el caso de Alice. Ella ha sabido mostrarse firme con los niños, pero conservando la misma fascinación que cuando llegó. Unas cualidades poco corrientes.

Verla tan afectada por la marcha de Ursule inquieta a la señora De Lesfiguières. ¿No se estará dejando llevar demasiado por sus emociones? Anota mentalmente esta reflexión en la ficha de evaluación de Alice del año que viene. Posa la mano en el hombro de la joven y ese gesto más bien tierno hace que se sobresalte. La directora suele ser tan seca...

—No es por eso, señora De Lesfiguières —replica Alice, que se sorbe los mocos y endereza la cabeza de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ay, Alice, con la de tiempo que hace que le pido que me llame Véronique!

—No es por eso, Véronique —retoma Alice, entre sollozos—. Yo también voy a marcharme.

—Pero ¿por qué, Alice? ¿Qué es lo que pasa? ¿Algo no va bien?

La directora se agacha para ponerse a su mismo nivel, acerca su rostro al de la joven y, en su mirada, Alice lee ahora preocupación. Toma una gran bocanada de aire y encuentra el coraje para decir:

—A mí también me han hecho una serie de pruebas. Y está confirmado. Tengo cáncer.

*Auvours,  
21 de agosto de 1975*

*Amor mío: He tomado una decisión: escribirte. Para empezar, una postal. No pensaba que el servicio militar fuese a cambiarme de este modo. Nunca me ha gustado escribir, pero, por tí, me lanzo. Todo el tiempo que esté separado de tí, te escribiré. Puedes hacer lo que quieras con mis cartas y mis postales: aviones, pajaritas, encender la chimenea o marcapáginas. ¡Mira, a tí que te gusta leer, sería práctico! Pero, por favor, consévalas un poco junto a tí. Tendré la sensación de seguir ahí, contigo.*

*Tu amor.*

*P.D.: ¡Has visto?, he elegido el castillo de Angers. Era eso o una foto de chicas en pelotas. Te has salvado de milagro.*

## Regla 3

### Cuando el optimista ama, lo demás no importa

Béatrice Louvain entra en el café-restaurant Des Arts, que hace esquina con el salón de belleza Beauté —de verdad, ¡vaya nombre!— y saluda a Georges, camarero inalterable, histórico, con delantal negro entallado tanto en verano como en invierno, sobre la camisa de un blanco immaculado. Este se inclina ante ella, sin olvidar la sonrisa. Pequeño ritual entre los dos que Béa termina tradicionalmente con un beso en la mejilla de Georges.

—La señora está arrebatadora, como siempre —dice el camarero, con tono servicial.

—Gracias, Georges. Usted tampoco está nada mal dentro de su estilo.

Béa le pellizca el mentón con el índice y el pulgar.

—¿Han llegado ya?

—Los tres, sí. Los he acomodado en el rinconcito tranquilo, en la mesa redonda cerca de la puerta, pero detrás de la cortina. Estarán bien.

—Es usted un encanto, Georges.

Béa aprieta el hombro a Georges en señal de agradecimiento. Es muy de tocar. Aunque no podría ser esteticista, le encanta sentir a la gente cerca. Sin malentendidos, claro. A veces le ocurre que le coge el brazo a un cliente durante una visita, toda emocionada ante la idea de enseñar la tan deseada tercera habitación o el cuartito que podrá transformarse en despacho, y da lugar a unos *quid pro quo* que se convierten en ataques de risa. Por suerte, los clientes suelen tener sentido del humor. Béa ignora de dónde le viene esa necesidad de tocar. De la maldita educación religiosa, sin duda alguna, con sus represiones, sus tabúes... Es por eso. Toca, se agarra a lo que sea, se acerca.

De momento, Béa avanza por el restaurante con determinación. Lleva el pelo impecable. Sébastien ha vuelto a hacer un milagro. La manicura es perfecta. No faltan las miradas que se vuelven hacia ella. Cuando llega ante sus tres amantes de ayer y de hoy, Béa se siente invencible. Hace unos días, dejó a cada uno un misterioso mensaje en el contestador. «Soy Béa. Si estás libre, reúnete conmigo en el café-restaurant Des Arts el miércoles, a la una. Tengo que contarte algo.» Philippe se ha cogido la tarde libre, Arnaud ha retrasado la escapada prevista con su última novia y Victor se ha inventado una excusa para su mujer, como siempre. Los tres han venido, sin

imaginar que la cita no sería a solas con ella. Nunca han podido negarle nada. Y ese mensaje no era propio de Béa.

Georges se ha encargado de conducirlos con discreción hasta la mesa, donde se han ido encontrando uno con otro, atónitos y un poco nerviosos por descubrir la última «sorpresa» que les ha preparado Béa. Los tres saben que pueden esperarse cualquier cosa de ella. Por supuesto, se conocen de oídas, se han cruzado en alguna ocasión, han oído hablar unos de otros. Pero de ahí a almorzar todos juntos...

—¡Hola, Philippe, Arnaud, Victor! Ya no hace falta que os presente, ¿verdad? ¡Estoy muy contenta de que hayáis venido los tres!

Los besa uno por uno. No tienen nada en común, *a priori*. Philippe viste traje gris, corbata rosa, camisa blanca. Tiene algo de entradas. Seguramente sea el mayor de los tres, pero todavía es un hombre apuesto, distinguido, de buena planta, incluso. Arnaud parece más joven, de cuarenta y tantos. Lleva una camisa de cuadros de Ralph Lauren y, sobre los hombros, un jersey azul marino con el logotipo del jugador de polo; un verdadero esclavo de la moda. Por último, Victor: recién afeitado, mandíbula angulosa, treinta años largos, camisa vaquera y unas Ray-Ban que le sobresalen del bolsillo de la camisa. Es el último flechazo de Béa, quien asume por completo su lado asaltacunas. Philippe se fija en que a Victor le da un beso en la boca mientras que a él y a Arnaud solo los besa en la mejilla. Codo con codo, a esa mesa redonda, los tres parecen listos para una entrevista de trabajo.

—Queridos, todavía esperamos a Héléne. Está al llegar, acaba de enviarme un mensaje —precisa Béa con el móvil en la mano.

Arnaud y Victor no parecen conocer a Héléne.

—¡Héléne! Mi hija, ¡vamos! Bueno, «nuestra» hija —rectifica Béa tomando la mano a Philippe.

—¿Qué pinta Héléne en todo esto? —se inquieta el apuesto cincuentón de traje y corbata.

—No te preocupes, cariño. No he venido a confesarte que no es hija tuya. Tranquilo, no es nada, te aseguro que eres su progenitor.

Béa se troncha de risa, levantando los ojos al cielo y tapándose la boca con la mano. Ese corte a lo *flapper* «negro, negro» le da mucho carácter, se dice Philippe, que todavía siente cierta debilidad por la madre de su única hija.

—Os he reunido aquí por una buena razón. Es un momento crítico.

Béa baja la cabeza. Se aclara la voz y enseguida levanta la mirada.

—Pero, antes de eso, ¿pedimos una botellita de gevrety-chambertin? Quiero emborracharme y comer bien para daros la noticia.

Georges, el camarero, se acerca a los comensales.

—Georges, pónganos su gevrety-chambertin, ese que sienta tan bien. Y...

Béa mira fijamente a sus tres acompañantes, interrogándolos con la mirada.

—Hacen un chuletón excelente. ¿Pedimos uno para cinco?

Los tres asienten.

—Y un chuletón para cinco, Georges, que esté poco hecho. Hélène es carnívora, como su madre. Yo voy a necesitar hierro.

Ahora se miran unos a otros, preocupados por los sobreentendidos de Béa.

—Béa, ¿qué pasa? Déjate de alusiones —la interrumpe Arnaud un tanto seco.

Ella le indica con un gesto que en un instante lo explicará todo.

—Os he reunido, queridos, en primer lugar porque os quiero. Nunca se dice lo suficiente y, fijaos, quería decíroslo. He pasado las horas más felices de mi vida con vosotros. Philippe, tú te casaste conmigo, ya de por sí, toda una hazaña. Nada más que por eso, bravo. Y me diste a Hélène, un verdadero regalo. Como yo, pero mejor. Hélène, mi tesoro, mi muñeca... Podrías haberme ahorrado a la pelandusca esa con la que te fuiste inmediatamente después. Solo te ha dado varones. Y me alegro en secreto. Me habría sentido ofendida si no. Todavía no comprendo lo que verías en ella. Pero bueno, ya pasó, y tampoco se ha muerto nadie. La prueba: ¡aquí estamos!

Philippe coge su servilleta y se limpia una miga imaginaria de la comisura de la boca. Sonríe muy por encima.

Este es el momento que elige Hélène, en la treintena resplandeciente, para irrumpir en medio de la heteróclita asamblea.

—¡Ay! Mi princesa, mi vida, ¡qué guapa estás!

Béa acaricia delicadamente la cara ovalada de su hija. No lleva el pelo a lo Louise Brooks como su madre, sino una media melena con flequillo, también morena. Hélène se sienta, toda sofocada, no sin antes besar a su padre, sorprendida de verlo a la mesa junto a esos dos hombres de los que su madre ya le ha hablado. Los saluda a su vez.

—Estaba en las presentaciones. Hablaba de tu padre y de tu querida madrastra, hija. Y de esa caterva de hermanitos que te ha dado. Eso que vas a perder de herencia. En fin, qué queréis que os diga...

Béa se arrellana en su asiento, satisfecha con la indirecta que acaba de lanzarle a su exmarido.

—A ti, ahora, Arnaud. Me recogiste hecha pedazos. Porque sí, yo te quería, patán...

Béa golpea con el puño en el pecho a Philippe, que finge estar martirizado, sin conseguir deshacerse de la sonrisa medio congelada.

—Arnaud —prosigue Béa—, tengo que decírtelo: me llevaste al orgasmo. Cada vez. Y hay que reconocer que eso también es todo un logro. Bravo, *amigo*.

El grupo reunido se observa, a todas luces incómodo, y contempla las mesas algo más retiradas. Por fortuna, Georges, el camarero, los ha sentado lejos. Béa habla alto, con una voz un poco ronca, guasona, dirían algunos, pero no parece que la hayan oído en las otras mesas del centenario restaurante *art déco*.



—Te habría gustado tener un hijo, pero yo ya no estaba realmente en condiciones de satisfacerte en ese aspecto. ¡Se baja el telón! Y luego, mis ojos se cruzaron con los de Victor, que buscaba piso. Un picadero (me acuerdo de tus palabras). ¡Qué mono!

Béa se vuelve cariñosa y dulce al dirigirse hacia el más joven de los tres hombres.

—Y no me pude resistir. Tú tampoco, de hecho, ¿verdad?

Béa mira a Victor con ojos chispeantes.

—Caí rendida, te lo juro. Sí, lo sé, otra vez... También sé lo que me vais a decir. No, pero admitidlo, miradlo. Es adorable, ¿no?

Béa coge a su hija aparte.

—¿Qué piensas tú, querida?

Hélène no dice nada, igual de incómoda pero acostumbrada a los arrebatos de su madre. Ella no posee su desenvoltura ni su franqueza. A veces le gustaría. Mantiene una actitud discreta, como su padre. Béa continúa:

—Bueno, sí, es verdad, Victor está casado, pero yo no podía adivinarlo. Sí, lo sé, tenía que habérmelo imaginado. Un tipo que busca picadero no lo hace para instalar allí a su abuela... En fin, bueno, confieso, queridos, que os quiero a todos un poco. Y he querido...

El camarero, Georges, la interrumpe, con una botella en la mano. Béa hace como si leyera la etiqueta.

—Sí, perfecto, perfecto, Georges... ¿Hélène, te apetece un gevey-chambertin?

Georges sirve a Béa. Esta lo prueba, chasquea el brebaje en el paladar y exclama:

—Está divino. Venga, Georges, que tenemos sed. Lo voy a necesitar.

Georges obedece. Béa es de esas mujeres a las que no se les niega nada. Ella se echa atrás en el asiento para coger fuerzas.

Con todos los vasos generosamente servidos, Béa propone un brindis:

—Queridos, ¡por mi cáncer!

Hélène escupe en la copa; los tres hombres se detienen, estupefactos.

—¿Estás de broma, Béa? —replica primero Philippe.

—Pues no, cariño. Es la noticia de la semana. Me dolía un poco el estómago. Había dejado de comer. Ya sabes el saque que tengo... Pero no podía con nada. Pedí cita con nuestro médico de cabecera, ¿te acuerdas de él? Pruebas, análisis de sangre, ecografías, radios, escáner. Me he visto bajo todos los ángulos. ¡Y no es muy agradable que se diga, os lo puedo asegurar! En el hospital me metieron entre dos citas para leerme los resultados. ¡Bingo! El veredicto cayó. Un guapo hidalgo del servicio de gastroenterología del hospital de la Salpêtrière me miró con sus ojos ardientes... —Béa insiste en la «r» entre los dientes, como para subir la temperatura— para anunciarme sin previo aviso: «Señora Louvain, tiene cáncer de hígado, de colon y de páncreas». ¡Ni más ni menos! Bueno, no lo dijo exactamente así, ¡pero quería decir eso! Y bien, ¿sabéis qué?

No me vine abajo. ¿De qué habría servido? Ay, no, Philippe, no llores. No sirve de nada. Y, además, espera, todavía no estoy muerta, ¿eh? ¡Vamos a superarlo, chicos! Solo hay una cosita que me da pena: no me apetece que se me caiga el pelo. El tipo del hospital me ha tranquilizado, no se me caerá enseguida. Pero, bueno, tendré que llevar peluca. ¿No os burlaréis de mí, verdad, queridos? ¿De verdad de la buena?

Ninguno de los tres consigue responder, conmocionados por la noticia.

—Así que eso es. Tengo un favor que pidiros. Sé que todos tenéis vuestras vidas y demás. Pero ahora me vais a hacer falta de verdad. Solo querría que me llevarais y me trajerais después de cada quimioterapia. Si fuera posible para vosotros, la idea es que os vayáis turnando entre los tres. El tratamiento empieza la semana que viene. Comienzo por una sesión cada quince días, y duran apenas cuatro o cinco horas. Ya me han puesto el catéter.

Béa se abre el cuello de la chaqueta y muestra la pequeña cicatriz a la altura del omoplato.

—¡Ea! Ya formo parte del club. Empieza una nueva vida. ¡Que sea lo más larga posible!

Béa mantiene la cabeza alta, como si no fuera nada, levanta el vaso y bebe un trago de vino. Pero, en la mesa, el humor se ha esfumado.

—Oh, ¡no pongáis esa cara de entierro! ¡Tal vez tenga un pie en la tumba, pero no quiero que me pisen el otro!

Victor se lanza el primero.

—Haré todo lo que pueda por estar presente, Béa.

Philippe, emocionado, apoya la mano en el brazo de su exmujer.

—Por supuesto, puedes contar conmigo.

Arnaud abre la aplicación «Agenda» de su iPhone.

—¿Me das tus fechas?

—Sabía que podía contar con vosotros... Y, menos mal, ¡si no os mato a uno detrás del otro! —  
Suelta una carcajada.

Hélène se ha levantado para estrechar a su madre en sus brazos, pero Béa la rechaza con dulzura.

—Cuidado con el catéter; hay que tener cuidado conmigo ahora. Soy una cosita frágil. El oncólogo me lo advirtió: parece que el 75 por ciento de las parejas en las que se diagnostica un cáncer se divorcia al año siguiente. Lo tranquilicé enseguida al respecto: con mis tres amantes, ¡no corría ningún peligro! Se rio un montón. Pero al final no sé si me consuela.

Los tres amantes de Béa beben ahora con ganas. La entereza, la reacción jovial de Béa casi aplaca los ánimos.

Georges se acerca.

—Venga, venga, queridos, no hay que dejarse abatir. ¡A comerse este chuletón!

## Regla 4

### Nadie es optimista en su tierra

—Podrías habérmelo contado antes —protesta Héléne.

Héléne y su madre vuelven de la comida. Han preferido caminar un poco.

—Quería reuniros a todos —declara Béa—. Ver vuestras caras de entierro de una sola vez. ¡Así me hago una idea del día D!

—Calla, no tiene gracia. ¡Soy tu hija! ¡Creía que nos lo contábamos todo!

—Claro que no. Tengo derecho a mi jardín secreto, querida.

—...

Héléne reprime su enfado.

—¿Qué quieres que te diga? Odio despertar lástima. Y, además, voy a salir de esta. No te preocupes. No obstante, si quieres ayudar, te voy a pedir un pequeño favor. Vas a tener que replazarme en la agencia las semanas en las que no pueda hacerme cargo de mis citas. Como tenemos el mismo apellido, mis clientes no se darán cuenta de nada.

Héléne la escucha. No reacciona. Todavía preocupada.

—De acuerdo, mamá —dice al fin—. Pero, bueno... Me habría gustado estar ahí, contigo, para las pruebas, cuando te pusieron el...

—El catéter. Se llama catéter, cielo.

Béatrice sigue caminando con paso firme. A su hija, algo más alta y tan llena como ella después de la comida, le cuesta seguirla. La madre es más coqueta, aunque la hija no se queda atrás. Las mismas pestañas largas que Béa, pero la mirada azulada de su padre. Una mujer hermosa que causa efecto en sus citas. Ha decidido asociarse con su madre en la agencia inmobiliaria del distrito 5 de París para tenerla siempre a su lado. Mientras que algunos hijos buscan librarse de sus padres a cualquier precio, ¡ella ha elegido la opción contraria!

—Estoy justo ahí, a tu lado, trabajamos una enfrente de la otra, y no me he dado cuenta de nada, ¡no me has dicho nada! ¿Por qué?

—Está bien, querida. Tenemos derecho al voto desde 1944. Soy libre e independiente, ¿no?

—Esa no es la idea que yo tengo de una familia. Y menos aún de una relación madre e hija.

—Ay, ¡para ya con esa cancioncita! No vas a enfadarte conmigo por haberte ahorrado tres

tardes en el hospital junto a mí, tumbada en una camilla, ¿no? Aprovecha, cielo. ¡Aprovecha! Será después cuando te necesite.

—No quieres contarme la verdad, ¿es eso?

—Pero ¿en qué estás pensando, por Dios?

Béa levanta la cabeza hacia su hija, se para y la coge del brazo.

—Cielo, te quiero más que a nada en el mundo. No será tu padre, ese estreñido del amor, el que venga a ayudarme, de eso estoy totalmente segura. Solo quería prevenirlo para que se ocupe... un poco... de ti, si hiciera falta. Ahora tenemos que estar juntas, lo voy a necesitar de verdad. No es el momento de enfadarse. La vida es corta. No sé adónde voy, pero allá voy. Puede que no vaya muy rápida, pero nunca me echo atrás.

Hélène sonríe. ¿Su madre? ¿Que no va muy rápida? ¡Si ni siquiera consigue seguirla por la calle! Su madre siempre ha sido su modelo de mujer. Libre. Independiente. Curiosa y feliz de la vida. ¿Cómo ha podido reprocharle nada? Hélène ya se odia a sí misma por haberle dicho todo eso. Con un gesto espontáneo, la estrecha de nuevo entre sus brazos.

—Estoy aquí, mamá. Siempre estaré aquí.

—Lo sé, lo sé, cielo. —Béa le devuelve el abrazo—. Me temo, por cierto, que vamos a tener que retrasar nuestros planes de talasoterapia.

La talasoterapia es una debilidad que comparten. Marcharse las dos de fin de semana, que las mimen, embadurnarse de barro, comer sano sin beber vino —eso es lo más duro—, quedarse horas en los baños árabes, la ducha de chorro a presión, la envoltura de algas... Siempre antes del otoño, a veces en pleno invierno, para recuperar fuerzas. También dan largos paseos por la playa. Han probado todos los centros más importantes de talasoterapia de Francia o casi, La Baule, Biarritz, Trouville... Es su pequeño momento para ellas. Por mucho que se vean a diario en la agencia inmobiliaria, esos son los verdaderos momentos en los que hacen balance, hablan de sus historias de amor... A Béa le parece que su hija es demasiado buena, con el mismo novio desde los dieciocho años, sin casarse, sin hijos... «Treinta y dos años, querida. Ya que te vas a quedar con el mismo tío, ¡tal vez deberías empezar a pensar en mi descendencia!», solía tomarle el pelo Béa. Pero, al notar a su hija cada vez más incómoda con el tema, poco a poco ha dejado de mencionarlo. No le gustaría que Hélène se sintiera herida. Prefiere hacerla reír con sus propias penas del corazón, más folclóricas, contándole sus encuentros extramatrimoniales con Victor después del trabajo y algunas otras conquistas pasajeras. «Una verdadera seductora», le gusta decir a Hélène sobre su madre.

Béa domina su pequeño reino, vive en paz consigo misma y controla el curso de las cosas. Es una roca. Inquebrantable. Hasta la aparición de este maldito cáncer, grueso grano de arena en su máquina personal, nada o casi nada la había afectado desde los dieciocho años, desde aquel

drama. Está decidida a luchar contra esto de la misma manera. Espera conseguirlo. Hasta ahora siempre lo ha logrado todo, de modo que ¿por qué dudar?

Su cita de las tres de la tarde la espera ya delante de la agencia «Inmobiliaria Louvin. Hará su felicidad». Son las 14.50. Codazo a Hélène. Señala al hombre solo, de cuarenta y pocos, que está esperando con unos documentos en la mano, delante del escaparate.

—No lleva alianza, pero todavía se le ve la marca desde aquí —murmura Béa a su hija—. Te apuesto a que...

El hombre entra.

—Encantada, Béatrice Louvain. Y le presento a mi hija, Hélène Louvain. ¡Está en familia en Inmobiliaria Louvain, caballero!

Béatrice y Hélène le tienden la mano y a continuación la tarjeta de visita, una después de la otra. Una pequeña maniobra bien rodada.

—Es usted de una puntualidad exquisita —prosigue Béa—. El edificio está justo al lado. Mi hija lo acompaña a pie. Yo los veré aquí después de la visita.

Guiño a Hélène, por detrás, que sonrío a su vez.

¡Dichosa mamá!

Béatrice observa a su hija mientras se aleja. Entra en la agencia, se sienta a su escritorio y apoya la cabeza en las manos. Se deja llevar, los hombros se le hunden bajo la chaqueta sastre.

—Habrá que ser fuerte, habrá que ser fuerte, vale, vale —repite para convencerse sin creérselo demasiado en realidad.

Es lo que le ha dicho el oncólogo. Al principio se negó a aceptar el diagnóstico. Le pidió pruebas complementarias, que acabaron por confirmar los primeros resultados.

Béa siente que le asoma una lagrimita por la comisura del ojo. Se la seca rápidamente con el dorso de la mano.

—No puedo venirme abajo. No puedo venirme abajo. Llorar no sirve de nada. Hay que ser fuerte, hay que ser fuerte.

Sin embargo, la mirada del oncólogo, el día de los resultados, no había sido muy tranquilizadora. Más grave de lo que él pensaba, le había precisado después de las pruebas complementarias. Con ellas en mano, presentó a Béa una hermosa obra en blanco y negro: el conjunto de las radiografías y los escáneres. Las metástasis habían moteado todos los órganos.

—Como se dice en mi gremio, «necesitaría una pequeña reforma». Y no podemos volver a pintarlo todo de negro para ir más rápido, ¿verdad?

El oncólogo había asentido, con semblante dubitativo y sin apartar la vista de su ordenador.

Béa lo encajó todo. Miró a la pared, pero las láminas estaban tan desgastadas como ella. Mala

idea lo de no venir acompañada. Podría haberse aferrado a un brazo, a una mano. Se siente sola. Tiene ganas de gritar, de chillar, de llorar, pero traga saliva. Ella que pensaba que lo que tenía era una gastroenteritis, o que tal vez había abusado de la juega con Victor unos días antes. El mal era más péfido. Ahora tenía que vivir con esta realidad y esta espada de Damocles encima de su cabeza.

—Y... ¿me voy a... morir? —había preguntado Béa con voz algo dubitativa.

—Vamos a hacer todo lo posible por curar la causa de su cáncer y todo lo posible por retrasar la fecha. Pero no le niego que puede hallarse más cerca de lo que calculé en la primera consulta —precisó el oncólogo—. Las metástasis están verdaderamente por todas partes, en el colon, el hígado y el páncreas, y temo que se hayan extendido ya a otras zonas del cuerpo. Hay tantos tumores en distintas fases que no podemos operarla y retirar la parte afectada. Pero yo nunca pierdo la esperanza, señora Louvain.

—¡Ah! ¡Uf! Por un instante he pensado que iba a decirme que lo mío era un caso perdido —había bromeado Béa, no sin dolor.

—Vamos a activar este protocolo juntos para atenuar el cáncer. Puede que no se cure, no le voy a mentir, pero para darle la oportunidad de vivir el mayor tiempo posible. Se encuentra en estadio 4.

—¿Y cuántos hay?

—Cuatro.

—Ah, sí, en efecto.

Fue como un bofetón, como si la revolcara una ola, y Béa tuvo la sensación de estar tragando agua.

A continuación, el oncólogo le detalló el programa previsto, el tratamiento, que adaptaría junto a los distintos especialistas, y las sesiones de quimioterapia, cada quince días, con posibilidad de ir y venir en taxi.

—¡Qué nivel! ¡Eso sí que es un servicio posventa! —exclamó Béa, sin abandonar el sarcasmo.

El oncólogo le sonrió. Aprovechó para añadir:

—Ya verá, no va a ser ningún lujo. Los días después de la quimioterapia, con toda probabilidad, tendrá náuseas, vértigos, mareos. Trataremos esos síntomas lo mejor posible.

Después de la ola, el mareo, pensó Béa.

—Y a eso hay que añadir la aplasia.

—¿La qué? ¡Genial! ¡Palabras nuevas para el Scrabble!

—La quimioterapia bloquea la actividad de la médula ósea —prosiguió el oncólogo sin perder la seriedad—, que fabrica normalmente las células de la sangre. La bajada de glóbulos rojos conlleva cansancio; y la de glóbulos blancos, defensa inmunitaria debilitada. Es lo que se conoce como aplasia. Procure no atrapar los microbios de su alrededor y llevar mascarilla.

Béa frunce el ceño.

—Lo del taxi me gusta; lo de la mascarilla, no tanto.

—Es así. Hoy empieza una nueva vida para usted, señora Louvain.

«Hoy empieza una nueva vida para usted.» Una llamada de teléfono interrumpe los pensamientos de Béa, que, en un acto reflejo, echa mano de su agenda. Debajo de la agenda, un gran cuaderno escolar verde, muy grueso, con sus líneas azules, su margen rojo a la izquierda, colocado allí, de forma notable, como si la estuviera esperando. Béatrice recuerda perfectamente haberlo dejado ahí para anotar las peticiones de sus clientes: planta, número de habitaciones, barrio, con o sin ascensor, distancia de la escuela, gastos de comunidad, etcétera. Es igual que numerosos cuadernos anteriores, pero este, ahora, la perturba. Se parece a los de su infancia, a aquel en el que practicaba la caligrafía. Al escribir en su cuaderno verde, Béa vuelve a verse como una niña de repente. Tiene la impresión de haber vivido ya este instante. Extraña sensación. Escribe con atención las exigencias del cliente al teléfono, como la niñita aplicada que fue. Béa tranquiliza a su interlocutor al otro lado de la línea. Claro que lo informará en cuanto le entre una propiedad que corresponda a todos sus criterios, tendrá sus datos a mano, por descontado, el tratamiento será privilegiado en la Inmobiliaria Louvain.

En cuanto cuelga el teléfono, arranca la primera página, en la que acaba de escribir todas las exigencias del cliente, y la desliza en el interior de su agenda. Contempla entonces el cuaderno verde con una nueva página en blanco, la acaricia y se entretiene retirándole uno a uno los pedacitos del papel arrancado que sobresalen del pliegue central/anilla. En busca de simetría, se preocupa incluso de retirar la última página del cuaderno, página huérfana que cede inmediatamente de un solo tirón. Perfecto, su cuaderno está listo. Su cuaderno verde.

En la primera página, Béa escribe ahora su apellido, su nombre, su número de teléfono y su dirección. Luego, «Personas a las que avisar», lo subraya dos veces en rojo y anota el nombre, apellido y datos de contacto de su hija. Nunca se sabe, se dice. Dibuja un retrato en miniatura de Héléne, como si fuera una foto de carnet. Parece guiñarle el ojo.

Al escribir estas palabras, Béatrice experimenta por primera vez la sensación de peligro que le despierta la enfermedad. Siempre ha cogido el toro por los cuernos, pero, por vez primera, o casi, la asaltan las dudas. Incluso contempla lo peor. El cuaderno es como un salvavidas.

Así que, sin pensarlo siquiera, como si tuviera que dejar constancia de todo lo que conforma su vida, se pone a hacer listas. Una por página.

«Personas a las que avisar en caso de fallecimiento.»

Bajo «Administrativo», anota los nombres de sus antiguos empleadores —útil para la jubilación o la pensión de viudedad—, los préstamos, toda la información práctica del día a día,

la del banco, la del seguro, etcétera. No hay que molestar a su hija con todos esos procedimientos penosos, intenta convencerse. Todo el mundo debería llevar a cabo este ejercicio, enfermo o no, se dice.

Redacta también sus «Últimas voluntades». No quiere que la incineren, sino que la entierren cerca del mar. También quiere que planten hortensias. Un recuerdo de la infancia en casa de su abuela en Paimpol, Bretaña, donde esas flores de tonos pastel invadían el jardín como la mala hierba. Béa imagina las raíces de las hortensias alcanzando su ataúd y entrelazándose con él. Para sus exequias, le gustaría escuchar aquella canción de Johnny Hallyday, *J'ai oublié de vivre*. Le parece bastante apropiada. Y *Madame rêve*, de Alain Bashung. También le encanta el Aria de Bach para violoncelo. Desde que la oyó en una competición de patinaje artístico en Bercy a la que la arrastró Arnaud, la pone a menudo. Está igualmente aquella melodía de Poulenc, *L'invitation au château*, que su padre le ponía de pequeña. No es el tipo de música que le gusta a priori, pero ha llorado escuchándola, Béa se acuerda muy bien en este momento. «Hablarlo con Hélène», enmarca en un recuadro junto a sus recomendaciones.

Al escribir estas palabras, a medida que rellena las páginas con frenesí, Béatrice siente que la tristeza disminuye. Ponerlo en negro sobre blanco, plasmar sus últimas voluntades, la apacigua. No es que sea una maniática, pero ordenar su cabeza, su vida, todo lo que ha amado, le sube la moral. Una manera original de olvidar, o de pensar en otra cosa en todo caso.

En una página nueva escribe: «Todo lo que me gustaría que dijeran de mí: obstinada, jovial, vividora, disponible, sonriente, puñetera, perfeccionista, madre». Añade «¿abuela?». Comienza a escribir «preguntar a Hélène», pero lo tacha.

Confeciona también una lista de los amigos a los que dar las gracias por haber estado ahí, a su lado, tanto en los buenos como en los malos momentos. ¡Otra ocasión para hacer una selección! Apunta «Escribir notas» para entregarlas después de su muerte. Por si acaso. Adora la idea de una pequeña sorpresa, de un último mensaje para los amigos queridos, incluso esos a los que hace años que no ve. Comienza a garabatear unas palabras para Hélène, Philippe, Victor, pero es con Arnaud con quien se siente más inspirada. La vida invadiendo la muerte, esa sensación la entusiasma.

En una doble página, Béa vuelve a dibujar otro recuadro y, con su escritura clara y concisa, escribe: «Sueños que cumplir antes de morir».

Levanta la cabeza, mordisquea el bolígrafo, le da vueltas al reloj de muñeca para relajarse. Desde hace más de una hora, Béa esboza, tacha, corrige y subraya en su cuaderno verde. En la calle, los transeúntes se detienen delante del escaparate de la agencia para echar una ojeada, pero es como si se hallara en otra parte, hipnotizada por esta nueva tarea urgente que debe llevar a cabo. Vuelve



a ser una jovencita, una adolescente ahora. Se confía a su diario como antaño. Recupera aquellas ganas de hablar de sí misma. ¿Ha conseguido cumplir todos sus sueños? ¡No! Todavía no ha terminado de recorrer los centros de talasoterapia más hermosos de Francia. También le gustaría volver a ver a Johnny, el ídolo de su juventud, en concierto, ¡antes de que estire la pata como ella! La última vez fue en 1993. Todavía tiembla cuando lo recuerda. «Informarme conciertos Johnny», añade al margen, con tinta fluorescente rosa. También le habría gustado mucho escribir una novela, pero ella misma reconoce que no tiene la capacidad. Sin embargo, no ha perdido la costumbre de anotar palabras, frases escuchadas en la radio, citas de las revistas, de los libros que lee, en pequeños trozos de papel, en tíquets de aparcamiento o en entradas de cine. Los va dejando por ahí, en casa, sobre la mesilla de noche, en cajas, en el trabajo, en libros a modo de marcapáginas, en los bolsillos de las chaquetas. Tendría que volver a copiarlas en este cuaderno verde para hacer una especie de librito de ideas, se dice entonces, feliz con el descubrimiento. Piensa en su hija, en cuyas manos tal vez caigan algún día. ¿Qué discernirá de su madre a través de todas esas frases, de esos fragmentos de recuerdos? Descubrirá una especie de mosaico de ella en mil pedazos. Un puzzle. No una obra maestra, sino pedacitos desperdigados de ella. Tendrá que triar sola, «reconstruir» a su madre. La idea la entusiasma cada vez más. Incluso se estremece. Parece revitalizada. La motiva una extraña impresión. Debe darse prisa.

La puerta de la agencia inmobiliaria se abre. Béa da un respingo. Es solo un cliente que desea información sobre uno de los anuncios del escaparate. Béa cierra el cuaderno verde de golpe sintiéndose como si la hubieran pillado con las manos en la masa. Se retoca el pelo, se concentra y vuelve en sí. Piensa en la expresión que esa misma mañana ha oído en la radio y que acaba de anotar en el cuaderno bajo la rúbrica «Pequeños pensamientos positivos»: «Todos vamos hacia el mismo lugar, de modo que hagamos agradable el camino».

Muestra entonces su sonrisa más hermosa a este cliente, quien de seguro la toma por una perfecta iluminada. Con el cuaderno verde debajo de las manos, siente el poder increíble que este le confiere a partir de ahora.

Auvours,  
23 de agosto de 1975

Amor mío:

No hace ni dos días que te he escrito y ya te echo de menos. Mis compañeros de cuarto dicen lo mismo. Debe de ser típico del ejército. Todos tienen una foto de la novia pegada encima de la mesilla de noche de metal. Habría sido ridículo no hacer lo mismo. He puesto esa en la que llevas el vestido de flores amarillas. Los compañeros están celosos. Salvo que, en su caso, por lo general, están comprometidos DE VERDAD. No como nosotros.

No sé si nosotros lo estaremos algún día. Por Dios, pero ¿qué tendrán tus padres en contra de lo nuestro? Tu padre parece nuestro presidente, con esa forma rara de articular que tiene. Pero es gracioso. Tú no. ¿Tú te esfuerzas, cariño, para no hablar como él?

Me gusta mucho tu voz. Mañana iré a la cabina del pueblo —solo hay una, y tengo que caminar por lo menos diez kilómetros, pero ¡por tí, no me cuesta nada!— y te llamaré. Tengo ganas de oírte. Te echo muchísimo de menos. ¿Será así como uno SABE que quiere a alguien de verdad? Qué raro, ¿no?, que sea cuando el otro no está cuando sabemos que le queremos. No sé si me entiendes. Yo no escribo frases elocuentes como tu padre, pero soy sincero. Tú lo sabes. Espero que consigas descifrar mi letra ilegible. No tengo más espacio, así que te beso esos ojitos de gacela. Te quiero, mi vida.

Piensa en mí cuando estés en la biblioteca empollando Derecho.

Todavía te retengo un poco más. Siento tus ojos sobre mis palabras.

Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Tengo que apagar la luz.

Te quiero.

Tu amor.

P.D.: esta vez no es una postal. No tengo espacio suficiente para escribirte en esas tarjetas. No, ¿puedes creerlo? ¡Yo quejándome de no tener espacio suficiente para escribir!

## Regla 5

### El mundo es de los optimistas

Ya está. Ursule se ha ido. Alice lo ha estrechado con fuerza en sus brazos. Le ha murmurado un último «adiós» al oído. ¿Cómo se las apañará en esa estructura especializada sin ella, sin sus puntos de referencia...? Alice trata de entrar en razón. Los educadores especializados son mejores para él. Con ese último abrazo ha sentido que era Ursule quien le daba fuerzas a ella y, justo entonces, ha comprendido por qué hacía este trabajo. Sí, le gustan los niños, sí, le gusta verlos progresar, jugar con ellos, levantarlos cuando se caen, regañarles cuando se escapan de las zonas vigiladas, pero sobre todo busca en ellos el frescor y el candor que ya no encuentra en los adultos. Algunos se lo dan, de inmediato. Como Ursule. Y Alice lo ha aceptado todo, todo lo que este le ofrecía.

—Tenemos que irnos ahora.

Alice le ha dado un último beso en la frente. Ha cerrado los ojos. Ursule ha sonreído y ha emitido unos ruiditos que a ella le han sonado a «besito», cuando el niño nunca ha conseguido decir una palabra. Alice ha vuelto la espalda para enjugarse una lágrima. La señora Lesfiguières ha sentido la tristeza de la joven. Su dulzura también. ¿Por qué? ¿Por quién llora en realidad? ¿Por ella misma quizá? ¿Por Ursule? No está segura.

A continuación, Alice se ha despedido de la madre de Ursule, que le ha prometido hacerle llegar noticias de su hijo y le ha dado las gracias por sus cuidados.

—Es completamente normal —ha respondido la señora Lesfiguières delante de Alice, que rebuscaba con desesperación en la manga de su jersey.

Y luego ha sido Alice quien ha prometido dar noticias a la directora. «Es solo la primera quimio, una semana, sí, no más, luego vuelvo.» Le ha acariciado la cara a Ursule por última vez. Echa un vistazo a la sección Caramelo. Sus compañeras están todas en fila detrás del cristal, despidiéndose de ella con la mano. Alice se sorprende dirigiéndoles un gesto y luego se precipita hacia el vestuario.

En las puertas metálicas de las taquillas, las demás trabajadoras tienen fotos de sus hijos, de sus cantantes favoritos, mensajes, peluches de colores. En la de Alice, nada. Solo conserva una tarjeta postal de una playa que le envió su madre. Es la playa junto al camping al que iban cuando

era pequeña. Alice hacía el delfín entrando y saliendo una y otra vez del agua con sus amigas del verano. Todavía se acuerda. Sentir la sal en la piel después del baño, en la toalla, sigue siendo un recuerdo grabado en su memoria. Ahora sueña con ello. Sueña con la arena escurriéndosele entre las manos...

Con un solo movimiento se introduce los auriculares. Una astucia, para volver a su burbuja.

Metódica, se pone el abrigo, una larga gabardina negra, siempre la misma, tanto en verano como en invierno. Es su forma particular de pasar desapercibida. Se ata en un segundo sus Dr. Martens. Gestos precisos pero rápidos.

Alice siente de repente que se asfixia.

Los olores de la guardería, el del comedor, el de los pañales sucios, todo se mezcla. Quiere salir de inmediato a tomar el aire, con una sensación de asco en lo más profundo de la garganta.

Es una sensación nueva que la envuelve, que se apodera de ella cada vez más últimamente. Coge ahora su mochila y baja las escaleras de cuatro en cuatro. Acelera y enseguida, fuera, empieza a aspirar grandes bocanadas de aire como si acabara de subir a la superficie tras batir un récord en apnea. Las ganas de vomitar se han multiplicado por diez. Le da el tiempo justo de franquear la barrera de seguridad y, con todas las ganas, echar el contenido del estómago en el arroyo. Esperemos que no lo hayan visto, piensa, atrapando el pañuelo que lleva en la manga a la primera. La madre de Ursule debe de estar todavía dentro con la directora, pero podría salir alguna compañera. Se limpia rápidamente los labios, a conciencia, con la boca pastosa. Saca una botellita de agua de la mochila y bebe un trago. Un último vistazo alrededor. No ha debido de verla nadie. Menos mal. Siente tanta vergüenza de sí misma... Ahora solo sueña con estar en brazos de su chico. A toda velocidad, se dirige al metro para encontrarse con Simon. Su Simon. Estrecharlo en sus brazos.

## Regla 6

### ¡Cuantos más optimistas, mejor!

Son las ocho de la mañana. En los altavoces del sedán de Philippe resuenan grandes éxitos de la canción francesa cuando el vehículo franquea la entrada del hospital de la Pitié-Salpêtrière. El guarda de la garita inspecciona el interior del coche. Hélène va sentada en el asiento del pasajero, junto a su padre. Detrás va Béa, flanqueada por Arnaud y Victor. Con una inclinación de cabeza, el guarda les indica que pasen. Philippe conduce despacio. La locutora interrumpe entonces el programa para anunciar la previsión meteorológica. Prosigue con el horóscopo del día. Béa se pone a bromear.

—¡Acabo de caer en que encima soy Cáncer! ¿Podéis creéroslo?

La locutora anuncia: «Cáncer: un día soleado. Salud: estarás radiante».

—Con lo que estoy a punto de tragarme, ya te digo si voy a estar radiante. ¡Voy a brillar hasta en la oscuridad!

La risa de Béa se intensifica.

—Bah, venga, ya hemos llegado —exclama para relajar el ambiente.

Pasan por delante de unos edificios de ladrillo rojo y metal gris para terminar al final de un callejón, ante un gran pabellón blanco.

—No pongáis esa cara. Si habéis venido para deprimirme, ¡dejadme que siga a pie! ¡Sonreíd, por Dios! A ver, escuchad, esta mañana he anotado esta frase de Confucio en mi cuaderno: «Nuestra mayor gloria no reside en no caer nunca, sino en levantarnos tras cada caída». Venga, ¡arriba, arriba! Vamos, amigos míos. ¿No querréis que os suba yo la moral también?

Béa hace como si se sintiera indignada, pero se siente bien. Está preparada. Desde que el oncólogo le comunicó lo del cáncer y avisó a todo el mundo, pero sobre todo desde que empezó a escribir sin cesar en su cuadernito verde, se siente aliviada.

—Pabellón de gastroenterología. ¡Ahí está, ahí está!

Le da un golpecito en el hombro a Philippe, delante de ella.

El edificio, un gran bloque de ladrillo blanco, da a un jardín con árboles centenarios, esculturas y arbustos.

—Qué mono. Mirad, hay hasta ardillas.

Alrededor de unas grandes mesas de madera, sin duda pensadas para comer fuera, fuman hombres y mujeres de bata blanca, con el anorak sobre los hombros. Las ardillas, casi domesticadas, permanecen a su lado, esperando una posible avellana.

—Una verdadera ciudad dentro de la ciudad, ¡ya lo creo! ¿Lo oís? Apenas hay ruido. ¡Me entran ganas de venirme aquí de vacaciones!

Béa trata de hacer sonreír a sus acompañantes. En vano.

—Gracias por venir, en cualquier caso —les confía mientras salen los cinco del coche—. Habéis sido muy amables. Bueno, os había dicho «no todos a la vez». Pero para la primera quimioterapia está bien que estemos todos juntos, lo reconozco.

Arnaud saca una peluca negra de una gran bolsa y tiende otra a cada uno. Los cuatro se vuelven hacia Béa, que observa el espectáculo improvisado.

Béa se echa a reír.

—Como tienes miedo de llevar peluca, nos hemos adelantado. Todos vamos a ponernos una.

—Mejor no te lo cuento —confiesa Hélène con una sonrisa—. Ha sido papá el que nos llevó a elegir las a un sex-shop. ¡Qué vergüenza he pasado...!

—¡Sois extraordinarios! Y debo añadir que os sientan muy bien —constata Béa—. Como recompensa, ¡os obligo a llevarlas durante toda mi quimio!

—¿Quién dijo miedo?

Philippe se acerca a Béa con la peluca mal puesta, consciente de lo ridículo de su aspecto con la melenita negra y el traje de corbata. La abraza y, a continuación, con un «bip-bip» estridente, cierra el coche con el control remoto. Béa se engancha entonces del brazo de su hija, que está paralizada, y Philippe y Arnaud aprovechan para fumarse un último cigarrillo.

—¿Tendríaís uno para mí? —pregunta Béa.

—¿Ahora fumas, mamá? —se extraña Hélène sorprendida.

—Siempre hay un comienzo para todo, cielo. Me recuerda a mi juventud...

—Los Vogue mentolados —la interrumpe Philippe.

—¿Te acuerdas?

—Un poco. Te compraba los cartones en el aeropuerto. Me reñías cuando se me olvidaba —remarca Philippe.

—A mí también me lo hacías —se burla Arnaud, jugando a balancear de un lado y a otro el falso pelo de su peluca.

Cada persona que pasa observa entre asombrada y divertida al curioso grupito.

—¡Y a mí! —prosigue Victor.

—Al menos soy constante en el amor. Nunca he fumado salvo con mis amantes.

Béa da una calada a su cigarrillo con deleite. Arnaud y Victor parecen hipnotizados por las idas y venidas del personal del hospital. Las ambulancias descargan a sus pasajeros, en mejor o peor forma, a pie, en silla de ruedas o en camilla.

—Os lo digo desde ya: yo no quiero terminar así...

Béa señala a una mujer de unos sesenta años, débil, en silla de ruedas, con el cabello cano y la tez amarillenta, que sale del edificio de gastroenterología para meterse rápidamente en un taxi.

—Antes me matáis.

Otra mujer, envuelta en una especie de capa amarillo mostaza y con el pelo bicolor, pasa delante del grupo sin fijarse en él. Avanza con paso rápido, como intentando dejar atrás al hombre que parece ser su marido y que se esfuerza por seguirla.

—¡Eh, pero esa nos gana a todos, esa de ahí del pelo de dos colores!

Por un camino secundario, aparece en silla de ruedas un joven más bien sexy, empujado por otro hombre igual de atractivo. Parecen acostumbrados al lugar. El joven de la silla de ruedas lleva un pijama blanco de hospital que deja entrever la parte alta de sus nalgas. Todos se dirigen hacia los ascensores. Mientras esperan a que llegue uno de los dos, la señora de amarillo mostaza baja la cabeza; su marido parece en guardia. El hombre que empuja la silla de ruedas acaricia el hombro de su enfermo, al que envuelve con la mirada. Se abre una de las puertas y todos se apretujan en el ascensor. Béa pregunta a qué planta van. Casi al unísono, todos responden que a la tercera. «Hospital de día: Gastroenterología», indica el cartel junto a los botones.

—Pues marchando a la tercera —anuncia Béa.

Cuando las puertas del ascensor están a punto de cerrarse, las retiene una joven con gabardina y Dr. Martens negras, piernas esqueléticas y auriculares. Se cuelga como puede entre las ruedas de la silla del apuesto joven y la pared del ascensor.

—Señorita —pregunta Béa—, ¿a qué planta va?

—¿Perdón? —Alice se quita los auriculares.

—¿A qué planta? —pregunta Béa con algo de esa exasperación que le provocan los que están siempre en las nubes con los auriculares.

Alice lo comprueba de nuevo, de puntillas, por encima del hombro del marido de la señora del pelo bicolor. Apenas se atreve a posar la vista en los tres hombres y las dos mujeres de las pelucas negras. Parecen casi normales. Seguro que querían gastar una broma, celebrar la ocasión. Alice sería incapaz de hacer algo parecido.

—Tercera. Gracias —susurra.

A Béa, la joven le recuerda a Charlotte Gainsbourg. Le resulta frágil. Podría caerse o romperse en mil pedazos, se dice, de sacudirla o apretarla demasiado.

Allá que van todos apretujados en el ascensor que asciende penosamente, ahogándose en cada planta. El joven atractivo de pie tras la silla de ruedas rodea ahora literalmente con los brazos al

otro joven que va sentado. Nadie osaría molestarlos. Ambos responden de forma educada, al unísono, lo cual acentúa su complicidad. Una vez abierta la puerta de la tercera planta, todos se dirigen al mostrador de admisiones.

Élodie, la enfermera coordinadora, reconoce al paciente en silla de ruedas. Por lo visto, no es su primera visita.

—¡Sam! ¡Greg! ¡Ay, mis Romeos preferidos! Otra vez nos vemos...

El grupo entero observa a la bonita pareja en silencio.

—¡Buenos días! Vienen todos para la primera quimio, ¿verdad? —Élodie parece gritar con su voz chirriante.

Todos asienten.

—Un momento, pero ¿cuántos son? ¡Solo esperaba a cuatro personas!

Béa se siente en la obligación de dar algunas explicaciones sobre su curioso cortejo.

—Han venido a acompañarme, por la primera sesión.

—Pues, si están buscando el club de fans de Louise Brooks, creo que se han equivocado de sitio.

—Sí, me han gastado una broma. Perdónelos. No quiero que se me caiga el pelo. Me aterra. Es por eso. —Béa se pasa la mano por su corte a lo *flapper*.

—Prohibido quitarse la peluca entonces, mucho cuidado —advierte la enfermera con una sonrisa de complicidad.

—Eso mismo les he dicho yo —confirma Béa.

—A mí me acompaña mi marido —añade Élisabeth de Belœuvre, que se hace a un lado. La silueta corpulenta de Bernard, tieso como una estaca, se revela justo detrás de ella. Parece un cascarrabias, perdido en los pasillos de este hospital, tan diferente del universo al que está acostumbrado.

—Yo he venido sola —murmura Alice con un hilo de voz apenas audible, como de disculpa.

—Muy bien, muy bien, no hay reglas. Solo o acompañado, ningún problema. Venga, voy a acomodarlas en la sala de tratamiento. A usted, sin embargo, voy a tener que sentarlo con ellas —dice inclinándose sobre Samuel con las hojas de admisión de los pacientes apretadas contra el pecho—; no tengo más salas libres aparte de esa. Normalmente no son mixtas, pero hemos cerrado salas arriba, salas abajo, así que estamos reagrupando. Señoras, no tienen inconveniente, ¿verdad?

Élodie se vuelve hacia Sam, luego hacia Béa, Élisabeth y Alice, que asienten todas en señal de aprobación.

—Entonces, estupendo, ¡ya puedo hacerles el tour! Bienvenidos a todos. Sé que les gustaría estar al borde de una piscina al sol atiborrándose de cacahuets y bebiendo mojitos. Bueno, pues yo les propongo justo lo contrario. Disculpen, he olvidado presentarme, soy Élodie, su enfermera coordinadora. Algunos ya me conocen.



Élodie mira a sus dos Romeos.

—Si tienen cualquier problema, es sencillo, me llaman. Les voy a dar mi teléfono. Creo que vamos a estar en contacto a menudo. Seré su niñera todo el tiempo que dure su hospitalización. Antes, durante y después. Su G.O., eso es —repite Élodie en voz alta al oír susurrar a Sam.

—Salvo que el Club Med queda a años luz de esto —remarca Béa con una mirada de complicidad a Sam, quien sonríe tras su reflexión.

Élodie se detiene de repente, concentrada en la visita del lugar.

—Aquí, detrás de mí, se encuentra el mostrador de admisiones. Es donde les harán los pases de entrada y salida, donde les pedirán los taxis o las ambulancias, si lo necesitan. Y es también donde me encontrarán a mí. Por lo general, porque la mayor parte del tiempo estoy corriendo, volando, trepando... A veces, incluso, andando de lado, como los cangrejos...

La enfermera inicia una especie de baile, a medio camino entre el paso *chassé* y la giga, con los brazos en alto; una serie de movimientos incongruentes que recuerdan más a Michael Jackson haciendo el *moonwalk* que a un cangrejo en la orilla del agua. Da igual, Élodie obtiene lo que quería: una gran sonrisa de la mayoría de sus pacientes de hoy. Nunca falla.

—Veinte años de danza clásica para llegar a esto —se troncha—. Para la próxima, ya verán, también me salen muy bien el unicornio y el *split*. Pero todavía no nos conocemos lo suficiente. Y aquí tienen, pues, su palacio de *Las mil y una noches*.

Invita a entrar a los pacientes de uno en uno, con sus maletas. Todos se han acordado de traer una muda completa y un neceser, comprueba de paso la enfermera. La sala, rectangular, es lúgubre y carece de decoración, salvo por una vieja reproducción de Chagall en la pared. Hay una ventana batiente que da a la entrada del edificio y al jardín del hospital. En el centro, cuatro sillones reclinables recubiertos de papel protector blanco y una mesita junto a cada uno, con una jarra de agua y un vaso de Durablex.

—Qué curioso, no era esta la idea que tenía yo de un palacio de *Las mil y una noches* —observa de nuevo Béa, definitivamente muy en forma a pesar de las circunstancias.

Élodie sonríe a su vez.

—Sí, lo siento. El decorador tenía que venir, pero hace treinta años que lo estamos esperando. De todas formas, les juro que al principio era un palacio...

Élisabeth de Belœuvre esboza una sonrisa. Su marido permanece impassible a su lado.

—¿Nos sentamos como queramos? —pregunta Sam, buscando el numerito que le ha tocado en el fondo de su vaso.

—Como quieran —responde Élodie—. Vendrán enfermeros y enfermeras a administrarles los distintos medicamentos según el protocolo que les hayan asignado a cada uno. Cada protocolo es único, están preparados exclusivamente para ustedes. Les ruego que no falten a ninguna sesión. Si

no, es una fortuna lo que se tira a la basura... Los dejo para que se pongan cómodos. Si lo desean, también tengo música. Pero veo que algunos ya han traído lo necesario.

Élodie se refiere a Alice, que mantiene uno de sus auriculares en el hueco de la oreja de forma permanente.

—Vuelvo en un segundo. Hasta ahora. Pónganse cómodos, a sus anchas. Estaré aquí al lado.

—A mis anchas —dice Béa divertida, ya instalada en un sillón y probando el acolchado del cuero, todo desgastado—. Si de verdad tuviera que ponerme a mis anchas estaría a mil leguas de aquí. —Se gira hacia su vecino, el joven de la silla de ruedas—. Encantada, Béatrice Louvain. — Le tiende la mano como si se tratara de un nuevo cliente—. Y esta de aquí es mi hija Héléne, y allí... mis amantes.

Sam, el joven de la silla de ruedas, observa a la familia reestructurada de su vecina, con las pelucas en la cabeza.

—Encantado. Samuel Dillon, treinta y dos años. ¡Desde hace dos días! Estoy un poco confundido —prosigue—. No me habían dicho nada de la peluca, he olvidado la mía.

Béa le devuelve la sonrisa.

—Grégoire Bender —añade el acompañante de Sam, con la mano tendida a su vez hacia Béa—. Soy su guardaespaldas. Su alma gemela. Su sombra —precisa con una cadencia de metralleta y la mano sobre el mango de la silla de ruedas.

—Vaya, ¡qué suerte la suya! Mis guardaespaldas no tienen tantos músculos como usted.

—Pero llevan peluca. ¡No se puede tener todo! —observa Sam.

Béa mira a sus antiguas parejas y a Victor con las pelucas negras.

—Tiene razón. Y tampoco me puedo quejar... son muy buenos conmigo.

Sam, Béa y Greg sonríen de mutuo acuerdo.

Béa se inclina por encima de Samuel para saludar a su otra vecina.

—Hola, ¿y usted es...?

La joven se retira los auriculares.

—Ay, perdón. Me llamo Alice.

—Hola, Alice —dicen Béa y Sam al unísono.

—¿Y usted?

Béa se contorsiona encima del sillón, esta vez hacia Élisabeth, la más próxima a la ventana y la más alejada de ella.

—Élisabeth de Belœuvre.

—Bernard de Belœuvre. Su marido. —Bernard se inclina hacia delante con dificultad.

Béa se acurrucaría con gusto contra su torso macizo. Élisabeth parece haber dejado de conceder importancia al físico de su marido. Lo ningunea, literalmente.

Todos se inclinan ahora para saludarse.

—Pues muy bien, ya están hechas las presentaciones. Aquí estamos —resume Béa—. ¿Están todos aquí por un cáncer? ¿Hígado? ¿Colon? ¿Páncreas? ¿Los tres, quizá?

Sam es el primero en responder.

—Cáncer de hígado.

—Colon, en mi caso —continúa Alice.

—Hígado y colon por mi parte —prosigue Élisabeth.

—¡Yo gano! Los gano a todos, colon, hígado y páncreas. —Béa levanta las manos como en la meta de un maratón—. Pero, bueno, el oncólogo me ha dejado muy tranquila. Me ha dicho que tengo un 25 por ciento de probabilidades de curarme, así que vamos a creérmolo...

Béa se reclina del todo en su asiento.

—¡Usted ya tiene la ropa y todo! —observa Béa en dirección a Sam con su pijama de papel azul.

—Ayer me hospitalizaron. Estaba celebrando mi cumpleaños y... no volví a casa.

—Me ha dado el tiempo justo de ir a buscarle algunas cosas al piso —interviene Greg.

—Prefirieron que me quedara —añade Sam—. ¡Ya estamos hechos a esto!

—Cama y comida, ay, ay, ay, eso es trato de favor. Voy a quejarme a la dirección.

## Regla 7

### Optimista precavido vale por dos

—¡Cumpleaaaños feliiz, cumpleaaaños feliiz, te deseemos toodos, cumpleaaaños feliiz!

Un pastel enorme de cumpleaños cruza la sala del Petit Petit, un restaurante del Marais, en París, con grandes mesas de madera clara y juegos de espejos y luces, todas apagadas para la pausa. Un ejército de camareros en fila india trae champán, la tarta y cucharitas a bombo y platillo. En la mesa de al lado, Lucien, de siete años, come con sus padres y observa la escena cautivado por la vela crepitante.

—Mamá, ¿por qué solo hay una vela en la tarta? ¿El señor cumple un año?

Samuel lo escucha y le responde divertido:

—No cumplo un año, hombrecito, sino treinta y dos, pero ahora, con lo viejo que soy, ¡las velas salen más caras que la tarta!

—¡Qué decir para la ocasión! —pronuncia entonces Greg levantándose y dándole, de paso, un sonoro beso en los labios a Samuel—. ¡Feliz cumpleaños, amor mío!

Greg tiende a Samuel una cajita de cartón con un lazo rojo. Sam la abre con delicadeza. Le recuerda su infancia, cuando, por Navidad, se tomaba todo su tiempo en abrir los paquetes uno a uno, retirando el celo con precaución y doblando los envoltorios, regalo tras regalo.

—¡Venga, date prisa! —le regaña Fred, un amigo de la pareja.

Son ocho alrededor de la mesa. «Como los ocho dedos de la mano», bromea Florian escondiendo ambos pulgares. Siempre los mismos amigos, Greg y Samuel, Natacha y Lucie, Fred y Florian, Luc y Armand. Ocho amigos que han sabido tejerse unos sólidos lazos encaramados a los taburetes del Marronniers, su cuartel general de la rue des Archives, o enfrente, en el Cox, protegido por un control las noches de gran afluencia. Saben que pueden pedirse lo que haga falta unos a otros. Aliados, unidos hasta la muerte. Esta noche han elegido el Petit Petit, al norte del Marais, por el marco «gastronómico pero no demasiado», como dice la web del restaurante. Ha sido Natacha quien lo ha escogido para Sam, su compañero de aventuras en el banco. Natacha es su mejor

amiga. Más que eso, incluso. Ambos comenzaron en la caja de jóvenes y han ido ascendiendo juntos. Ya hace diez años de aquello. Él venía de Saint-Malo; ella, de Montpellier.

Un día se tomaron una copa mientras esperaban a sus parejas. Hasta entonces nunca habían hablado de su vida privada, de sus preferencias. Lucie llegó, besó a Natacha en la boca. En aquella época, Sam todavía no conocía a Greg, tenía otro novio, y, cuando llegó, los cuatro se rieron de aquella coincidencia, de aquel *quid pro quo* amoroso, y de su amistad, que no ha dejado de fortalecerse con el tiempo. Todo fue de lo más natural. No hizo falta explicación alguna para entenderse.

Natacha, delgada como un alambre —«la chica de hierro», como Sam la llama de broma—, y Lucie, más golosa, rolliza, forman una pareja completamente dispar, por eso se quieren. Más de una vez lo han consolado y, también más de una vez, le han cocinado su famosa receta de pasta a la trufa de los domingos por la noche. Delgado y fibroso por naturaleza, Sam vigila la línea, pero se permite algunas concesiones.

—Eso es porque pasa todo su tiempo libre en el Club Med Gym —señala Lucie cuando se habla del cuerpo de ensueño de su amigo.

Sam no es de los que abusan del parmesano y nunca come tiramisú, mientras que Lucie lo devora con deleite.

Un domingo por la noche, hace más de un año, Sam apareció con una botella de champán.

—Chicas, creo que he encontrado al hombre de mi vida.

Lucie se había puesto toda nerviosa y había sacado las copas.

Natacha le pidió un informe detallado. Dónde, cuándo, cómo, altura, peso y tamaño del paquete.

Lucie le dio un golpecito en el costado.

—Oh, venga ya, si es mi colega y, además, no seas celosa, cariño, que yo nunca exploraría la acera de enfrente. Es solo curiosidad.

Unos días antes, Sam atendía a un cliente tras otro en la sucursal: peticiones de aplazamiento de deudas, de escalonamiento de facturas, trucos o artimañas para evitar los impuestos, renegociaciones de préstamos... Estaba molido y empezaba a mirar la hora en el reloj de péndulo de su impecable mesa. Su última cita de la mañana era un tipo alto, con la cabeza rapada, atlético y musculoso, vestido con un polo Fred Perry azul marino y una chaqueta igual de oscura a juego, sobre un vaquero ceñido, lo suficiente, sin ser vulgar, que le marcaba unos muslos musculosos y firmes. Sam tuvo la impresión de estar mirándose en el espejo, pero mejorado, cien veces, mil veces más guapo. Se enamoró al instante.

En la mano, aquel último cliente llevaba un ramo de flores: lilas, ciclámenes, hortensias, fresias y gypsophilas de colores resplandecientes.

Cuando se presentó, Greg le tendió el ramo a su futuro banquero. Iba a abrir una cuenta y a pedir un préstamo para montar su negocio.

—Un florista en la rue des Rosiers ya tocaba, ¿no? —preguntó Greg a Sam. Su voz era tranquila, bastante ronca, sin afectación, propia de una persona que sabe lo que quiere, pero con clase, además de repleta de bondad.

Sam enseguida cayó rendido ante sus encantos. Unas aureolas comenzaron a formarse bajo sus axilas; le sudaban las manos, no paraba de dar vueltas a la pluma Montblanc entre los dedos. Pero Greg se sintió cómodo y se lo contó todo: la muerte de su padre siendo muy joven, su empeño por proteger a su hermana y a su madre, el padrastro adorable, su mudanza de Tours a París, cómo había aprendido de la mano de distintos floristas de renombre, su puesto en un Palace —el Meurice o el Bristol, Sam no se acordaba muy bien— y su traslado a Nueva York. Por amor, pero también porque era una buena oportunidad para aprender otro tipo de composiciones florales. Sam aguardaba con admiración, en silencio. Escuchó a Greg hablarle de su *success story*, su primera *boutique* cerca de la Quinta Avenida de Nueva York, con clientes como Jessica Parker, que un día le había regalado una de sus creaciones a Anna Wintour, que a su vez había quedado encantada. Wintour lo había convocado a continuación para una sesión de fotos y le había encargado más de quinientos ramos... La víspera, Greg no había pegado ojo de lo nervioso y contento que estaba.

—¡Quinientos! —exclamó Sam.

Las cifras siempre lo hacen volver en sí.

—¿Y por qué volver a París?

—Por amor siempre, siempre trabajo por amor —le respondió Greg—. Al que era mi novio lo destinaron a París. Yo estaba encantado, aunque triste. No se puede negar que Nueva York es mágico... Pero lo seguí. Cuando llegamos a Francia, me anunció que me dejaba. Así, sin más.

—¿Y eso cuándo fue?

—La semana pasada. Pero he decidido volver a ponerme en pie. Una amiga me habló de usted como el mejor banquero de París y me dijo que le gustaban las flores. Así que pensé que nos teníamos que conocer. A lo mejor podríamos tomar una copa, ¿no?

Ante el movimiento completamente nervioso de las manos de Sam con la pluma, Greg bajó la vista. Pero no hubo ni una pizca de turbación en su voz; estaba seguro de sí mismo.

—Con mucho gusto —respondió Sam, reparando al mismo tiempo en un tatuaje en latín a la altura de la muñeca de su cliente.

*Sapere aude*. «Atrévete a saber.» Extrañamente y aunque lo detestaba, ¡todas las clases de latín de su juventud le vinieron a la cabeza de golpe! Aquello lo excitó: sí, quería atreverse, saber más.

—¿Esta noche? —le preguntó Greg.

—O ahora mismo, si prefiere. —Sam no podía creerse su atrevimiento.

Greg, sin embargo, había sonreído.

—Y salí del banco con Greg —sigue contando Sam a sus amigas impacientes y nerviosas—. Se llama Grégorie, en realidad, pero prefiere que lo llamen Greg. Es así desde que era pequeño.

—Vaya, sabía que eras un banquero rápido, pero no pensaba que concedieses los préstamos tan rápido a tus clientes —observa Lucie.

Sam sonríe. Natacha se acerca a él, le acaricia el hombro.

—¿Y luego? —le pregunta.

—¡Secreto bancario!

—¡Oh, venga ya, a nosotras nos lo puedes contar!

—Me llevó al Musée de l'Orangerie, ¿lo conocéis?

Las chicas asienten con la cabeza.

—¡Yo nunca había entrado! Me quedé completamente extasiado con sus historias de ninfas, de nenúfares y todo eso... Caí rendido a sus pies. ¡Un flechazo! Me enseñó el Jardín de las Tullerías como nadie me lo había mostrado nunca. La historia de los maceteros, de los naranjos, de las palmeras, de los olivos, de Luis XIV, de Le Nôtre... Nos quedamos cerca del estanque, sentados cómodamente, tan a gusto... ¡Qué bien me sentó! ¿Sabéis que para cortar el césped de las Tullerías utilizan cabras? Es una locura, ¿no? Luego nos fuimos a tomar una copa al café Marly, enfrente de la pirámide del Louvre.

—¿Y no viste a Macron?

Sam sonríe.

—Vaya, tiró la casa por la ventana —lo interrumpe Lucie, impresionada.

—Tú nunca me has llevado allí —observa Natacha.

—Tú a mí tampoco —replica Lucie al instante.

—A mí me ha encantado —prosigue Sam, perdido todavía en sus pensamientos—. Era precioso, con todas las columnas de piedra... Nos sentamos en la terraza, justo enfrente de la pirámide, como en una comedia romántica.

—¡Venga, confiesa que lo que más te gustó fueron los camareros con sus delantales blancos!

—Para... ¡Ahora creo en el amor!

—Claro, claro, y yo me lo creo.

—Sí, sí, te lo juro. Se me pone la piel de gallina. —Sam muestra los brazos antes de continuar—. Podría haber sido un pelmazo, habérsele visto el plumero, pero yo sentí que estaba completamente en su salsa y que me invitaba a entrar en su universo. No trataba de venderme nada; era él, era su mundo. Me he tirado de cabeza.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y dos.

—No está mal.

—Y, entonces, ¿le concediste el préstamo?

—Mejor aún: le encontré un local. Mi amiga Ingrid, la que tiene la tienda de zapatos en la rue des Rosiers, ya sabes, los zapatos hechos a mano... Pues bien, su vecino, un viejo sastre judío, le había dicho que quería vender. Sin hijos, sin comprador. De modo que le presentamos a Greg. Cuando el abuelete supo que quería poner una floristería, nos abrazó, visiblemente emocionado. «Era el trabajo de mi madre en Jerusalén.» Vamos, que en una semana el asunto estuvo cerrado. Y me las he arreglado para que tenga unos intereses estupendos.

—No te fastidia, ¿te has cobrado la comisión en carne!

Samuel sonrío, un poco incómodo.

—Estás colado de verdad. —Natacha apunta con el dedo a su mejor amigo.

—Es el hombre de mi vida. Estoy seguro.

Mientras tanto, en el restaurante, Sam todavía no ha abierto la caja roja. Lee en el envoltorio: «Cartier».

Se vuelve hacia Greg. «¡Pero estás loco!», le dice con la mirada.

En el estuche descubre un brazalete de oro gris, con cuatro diamantes engarzados. Colección «Love», nacida en los años setenta en Nueva York, indica el folletito que lo acompaña.

Sam no ha recibido un regalo más bonito en su vida.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

E hipo. Sin duda por la sorpresa.

Se abrocha el brazalete en la muñeca fina, y todos exclaman admirados. Greg continúa muy derecho en su asiento, con la sonrisa en los labios, entusiasmado, orgulloso y feliz de ver a su enamorado tan satisfecho y contento a su vez.

Sam se levanta rebotando de emoción, se desliza entre su mesa y la de sus vecinos y besa a Greg en la boca.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Que no estáis solos! ¡Esperad un poco! —les grita Armand—. ¡Idos a un hotel!

Lucien, el niño de la mesa de al lado, se queda con la boca abierta delante del espectáculo de dos hombres besándose, y su madre, que se da cuenta, se inclina hacia él y le explica que todo el mundo puede besarse, dos hombres, dos mujeres o un hombre y una mujer. El pequeño no dice nada, contempla a Sam. Es su nuevo héroe.

Todos quieren ver el brazalete en la muñeca de Samuel. Natacha le entrega su regalo igualmente. Sam lo desenvuelve con calma. Es un libro de recetas italianas. Muy voluminoso, con el lomo dorado y la imagen de un puñado de pasta en la cubierta.

—Para que cocines pasta a la trufa tú mismo los domingos por la noche. ¡Ahora ya no nos necesitas!



Sam suelta una gran carcajada.

—¡Ahora yo! ¡Ahora yo!

Armand le pasa su regalo deslizándolo por encima de la mesa desde el otro extremo. Unos corazoncitos rojos adornan el papel. Cuando descubre el contenido, Sam se ríe todavía más fuerte y alza unas esposas de felpa por encima de los comensales.

—Siempre pueden ser útiles después de un plato de pasta —declara Armand con picardía, mientras sujeta la mano de Luc—. Fijaos en el detalle de la felpa, por favor, para no hacerse daño en las muñecas. Sería una pena que se estropeará ese brazalete tan bonito...

Todo el mundo se ríe con franqueza alrededor de la mesa. Armand comienza a servir el champán. Sam sigue con el hipo, que no se le va.

Armand se burla de él, diciéndole «¡bu!» cada treinta segundos.

Florian y Fred aprovechan este momento para sacar su regalo. Un paquete fino, plano y muy grande, que tenían oculto entre dos mesas.

Sam retira el gran lazo de satén y abre delicadamente el plástico de burbujas.

Aparece una foto magnífica de unos cuerpos desnudos, bajo una sábana, iluminados por una vela. A menos que... Cada uno lo interpreta como quiere. Algunos ven en ella la forma de unos cuerpos; otros, fantasmas y, al darle la vuelta, es una montaña misteriosa y cubierta por un velo.

—Es mi primer tiraje de esta serie —aclara Fred—. Para ver las demás, tendréis que venir a la galería de Anne-Sophie Métayer el mes que viene. ¡Voy a exponer por primera vez!

Anne-Sophie Métayer regenta la galería de fotos del Marais más de moda en este momento. Fred posee un talento increíble, pero hasta ahora no había conseguido abrirse camino vendiendo o exponiendo. Se subestima sin cesar. La noticia los llena de alegría.

—¡Por el cumpleaños de Sam! —exclama Greg con el vaso en alto.

—¡Por la expo de Fred, las esposas y la pasta a la trufa! —declara Sam—. Y por el amor también —añade con una mirada al brazalete y a su novio, que lo devora con los ojos.

Lucien, el niño pequeño, se inclina hacia Sam.

—Yo también tengo unas esposas como esas —le dice por lo bajini—. Las encontré en un cajón de la habitación de mis padres, en la mesilla de papá.

Sam se inclina a su vez hacia él, le dice algo al oído y el niño suelta una carcajada.

Samuel se siente aliviado, no ha traumatizado a un crío para el resto de su vida y, para celebrarlo, le pregunta si le sacaría una foto junto a sus amigos, a lo cual el niño accede con visible placer. Todos están resplandecientes. Lucien está encantado de unirse al grupo. Sam le pide que se haga un *selfie* con ellos. Sus padres aceptan de buen grado, absortos como están en la conversación con sus amigos, sin mirarlos siquiera. Todos degustan la tarta de cumpleaños, un pastel ópera, incluso Lucien, y vuelven a brindar.

—¿Vamos al Banana? —propone Armand.

La noche no ha hecho más que comenzar, una noche muy larga, negra, muy negra, que se convierte en una verdadera pesadilla.

*Auvours,  
16 de febrero de 1976*

*No te voy a mentir: me aburro. Para empezar, te echo de menos. Desde Navidad sueño con tocarte, verte, olerte, meterme en ese rinconcito de ahí, entre tus orejas y tu cuello.*

*Además, aquí me aburro. No tengo nada que hacer. Hago el guripa, me arrastro, pelo mi lote de patatas y continúo con el entrenamiento. Eso es quizá lo único bueno de todo esto: cuando vuelva tendré un cuerpo increíble. Te va a encantar, mi amor, ya empiezan a vérseme los abdominales en la tripa; tengo los brazos musculosos. Voy a tratar de llamarte otra vez desde la cabina. Qué raro que no recibas mis cartas.*

*Te quiero.*

*Tu amor.*

## Regla 8

### Detrás de un optimista puede ocultarse otro

—En una escala del uno al diez, ¿en cuánto cifraría su dolor? —pregunta el interno.

—Pues... ¿diecisiete se puede?

Samuel está tumbado en una camilla y ya no sabe cómo ponerse. Acaban de ingresarlo en urgencias de la Salpêtrière.

—Me duele mucho —balbucea.

El interno trata de palparle el vientre. Los dolores de Samuel se intensifican y lanza un grito gutural.

—Ya paro, ya paro. En efecto, tiene el vientre duro. Ni siquiera consigo detectar sus órganos. ¿Hubo excesos anoche?

Sam está sometido a tal dolor que es incapaz de responder. Hace un gesto a Greg para que conteste por él.

—Estábamos celebrando su cumpleaños con unos amigos.

Con la mirada interroga a Sam, a quien le sujeta la mano.

—Se tomó un vitello tonnato, un poco de vino tinto, champán y su pastel de cumpleaños, una ópera. Sin pasarse, tampoco.

—Felicidades —dice entonces el interno, sin inmutarse, con la nariz pegada al formulario de atención médica.

Sam y Greg esbozan una ligera sonrisa algo forzada. Llevan tres horas esperando su turno en la sala de espera.

Después de la cena, fueron todos al Banana, su cuartel general del fin de semana, para bailar, divertirse y encontrarse con otros amigos. Hacia las dos de la mañana, Sam había empezado a tener sofocos y le había pedido a Greg que salieran al exterior para terminar desplomándose en la acera. Greg había llamado a los bomberos como mandaba el protocolo. Por teléfono, el operador casi piensa que era una broma: enviar a los bomberos a la puerta de una discoteca gay, ¡le hacen la misma jugada prácticamente todos los fines de semana! Pero, al otro lado de la línea, Greg no

bromeaba. Sin renunciar a su tono neutro, insistió. Al cabo de quince minutos, estaban en la Salpêtrière. Natacha, Lucie, Fred, Florian, Luc y Armand rodearon a Sam hasta la llegada de la unidad móvil, atentos a su rostro, para observar después cómo se alejaba el camión rojo con la cabeza de Greg asomando por la ventanilla trasera.

—Mantemos al corriente.

Ya no había ánimos de fiesta.

—Sus constantes son buenas; su saturación, también. Vamos a hacerle un escáner —dice el interno—. Solo hay que esperar a que abran a las ocho.

—¿Cierra por la noche? —se atreve a preguntar Greg.

Mira el reloj. Las seis de la mañana.

—Sí... —se lamenta el interno—. La persona responsable está indispuesta. Pero luego todo irá rápido, se lo aseguro.

—Ojalá tenga razón —contesta Greg esperanzado.

Durante ese tiempo, acaricia los hombros a su novio y sujeta la bolsa de agua caliente que le han prestado para aliviarle un poco el dolor del vientre. No abandona su puesto, de pie, junto a la camilla, en esta sala de urgencias en la que todo el mundo corre en busca de un especialista o del ecógrafo portátil, o llama a radiología para pedir cita para el escáner (Sam es el tercero de la lista). Todos esos hombres y mujeres parecen concentrados cada uno en lo suyo y arrastrados, al mismo tiempo, por un gigantesco oleaje. Greg apenas se atreve a moverse por miedo a perturbar este flujo. Se mantiene derecho, estoico, aferrado a Sam como una lapa a su roca.

—Tiene usted un magnífico guardaespaldas.

Una mujercita rubia se acerca a Greg y a Sam.

—Soy Élodie, la enfermera coordinadora.

Les tiende una mano enérgica que Greg estrecha, cogido por sorpresa.

—Me voy a ocupar de ustedes, señores. Hummm... dos hombretones... para mí sola. Voy a acomodarlos en una habitación, voy a prepararlo y a cogerle la vía. Le va a doler, se lo digo ya.

—Se les acerca un poco más y susurra—: Bueno, duele con el resto de las enfermeras, conmigo, no. —Élodie suelta una carcajada franca y generosa.

Greg la observa circunspecto todavía y luego entra en el juego por completo.

—Lo dejo en sus manos. Es el hombre de mi vida. Lo necesito como a la niña de mis ojos.

La enfermera hace una mueca de fascinación.

—¡Qué mono! De todas formas, ya no pueden echarse atrás, y no tiene usted elección. —Se ríe con todas sus ganas—. Sin embargo, ¡me lo va a tener que prestar un rato, si no quiere que se lo devuelva por partes...! —Élodie le indica que se aleje de la camilla para tomarle la tensión a Sam, tirando del instrumental hacia ella.

Se pone manos a la obra. Mientras llegan los resultados, la máquina cloquea, el brazalete se

hincha y los bips se espacian. Élodie parece sumida en una intensa ensoñación. Observa a la pareja con su mirada azul pacífica, como si por fin se concediera una bienvenida pausa. Encuentra que se parecen. Mismo porte, misma corpulencia o casi, Samuel tal vez menos musculoso que su compañero. Casi se siente incómoda por inmiscuirse entre ellos, se los ve tan compenetrados... Hay pacientes con los que el contacto no funciona, otros con los que la conexión es inmediata. Ese es uno de los placeres de su trabajo, piensa Élodie, mientras retira el tensiómetro. Estos dos, en cualquier caso, le dan buena espina.

—Sois hermosos los dos juntos —les suelta a bocajarro, mientras se afana, sin darles tiempo de responder—. Walid, ¿me ayudas? Debo llevar a este apuesto príncipe encantado y a su guardaespaldas a una habitación. Voy a necesitar una radiografía y el ecógrafo. ¿Puedes conseguirme eso también?

Walid obedece en silencio, concentrado.

Élodie se inclina sobre Sam, le coge la mano, se la masajea con suma suavidad, girándole las venas bajo sus dedos y le explica:

—Voy a cogerle la vía para el escáner. Es un poco desagradable, pero no hay razón para que no lo consigamos.

Comprueba el estado de las venas de la otra mano.

—¡Tiene usted unas venas de competición!

Una vez en la habitación, procede a realizar las pruebas descritas con precisión. Sam cierra los ojos, aprieta los dientes y vuelve la cabeza.

—Ya está —dice Élodie al tiempo que retira el torniquete—. Estamos conectados.

Desliza unas bolsas de líquido transparente por encima de la vía.

—Lo dejo en espera todavía un poco más. Usted —señala a Greg—, no se mueva ni un centímetro. Lo quiero aquí hasta que vayamos al escáner. ¡NO SE MUEVA!

Élodie se marcha a ocuparse de otros pacientes.

De nuevo solos, en esa habitación no muy acogedora, Sam y Greg se observan el uno al otro. Ninguno dice nada. Luego Sam, en un acceso de clarividencia, concluye:

—Está chiflada, pero es divertida. Mejor que nos llevemos bien con ella si va a ser quien se ocupe de nosotros aquí. Ay, devuélveme mi bolsa de agua caliente.

Greg se la coloca entre las manos. Se ha enfriado.

—Espera, voy a que me la calienten.

—No me dejes. No me dejes...

—Joder, para, que me vas a hacer llorar —declara Greg firme y obediente.

Se queda junto a su novio, le acaricia la cabeza y llama a la enfermera para que le calienten el agua de la bolsa.

## Regla 9

### Más sabe el optimista por viejo que por diablo

—Deja de tocar todos los botones así, me estás estresando.

Sam está acostado en posición fetal en la cama del hospital.

—No puedo esperar más.

—No te preocupes. Empiezas mañana. Te han puesto aquí para controlar que todo vaya bien. Todo irá bien... Ya es suficiente, ten un poco de paciencia. Cuidado, se te ve el culo.

—Esto no cubre nada, esta cosa —asiente Sam, que trata como puede de volver a taparse con el trozo de tela azul sintética.

Greg se siente mal por haberlo regañado. Pero, al mismo tiempo, no quiere encasillarlo en este nuevo rol de enfermo. El médico se ha mostrado confiado. Han detectado el cáncer a tiempo. Estadio 1. A priori, debería curarse.

—Al menos me acordaré de mis treinta y dos.

Greg sonrío.

—Es verdad que menudo *after*. Lo hemos dado todo.

Sam sonrío a su vez. Greg comprueba su teléfono móvil, que carga en la pared detrás de la cama de Sam.

—Todos me han dejado mensajes. Quieren saber cómo estás. ¿Qué quieres que les diga?

—La verdad. Que todo va bien y que empiezo la quimioterapia de urgencia mañana.

—¿Quieres que avise a tus padres?

—Hace catorce años que no se interesan por mí, no voy a contactar con ellos ahora.

—Pero, hombre, esto no es cualquier cosa. Lo comprenderán.

—No lo han comprendido nunca. No me han comprendido nunca.

—Estoy seguro de que exageras.

—No, Greg, te lo juro.

Samuel se fue de casa de sus padres el día de su decimoctavo cumpleaños. Hace justo catorce años. Su padre nunca soportó su homosexualidad. Le hacía comentarios, le pegaba, incluso, y le resoplaba a la cara: «Me avergüenzo de ti». Una noche se encontró la puerta cerrada y una bolsa de basura con sus pertenencias delante de la casa. Samuel nunca les había mentado. Aunque al

principio no comprendía exactamente lo que le estaba pasando, mostró sus preferencias sin esconderse. Tuvo sus primeras aventuras con tipos con los que se cruzaba en el puerto, hombres mayores que él. Su franqueza, sin duda, irritó a su padre. Que su hijo se atreviera a decir que le gustaban los chicos seguramente lo hirió en lo más profundo. Samuel no sabe lo que piensa con exactitud. Su padre nunca le dijo nada, solo se lo insinuó. Pero, en el fondo, Samuel sabía que estaba en su derecho, que se trataba de su decisión y su vida. No mentía, eso era lo único que le importaba entonces. Ahora, postrado en este hospital, un día después de su cumpleaños, calcula el tiempo que ha pasado con la pena de no haber vuelto a ver a su familia. Ni su madre ni su hermana, ni su hermano pequeño siquiera, han intentado nunca ponerse en contacto con él. Sam tampoco les dijo nunca adónde se marchaba, lo que deseaba hacer o dónde estaba viviendo.

A su llegada a París, enseguida se inscribió en la diplomatura de Técnico Superior en Gestión de Clientes en Nanterre, contactó con asociaciones de apoyo a los homosexuales, hizo nuevos amigos. Lo ayudaron a encontrar un piso y lo invitaron a múltiples reuniones para que se sintiera menos solo. No hay nada peor que la soledad. No todo fue un camino de rosas para Samuel, pero sabía por qué hacía aquellos esfuerzos, por qué daba aquellos pasos: por él, solo por él. Al principio vivió en una residencia de estudiantes, en el extrarradio. No tardó en acostumbrarse con gusto a los platos precocinados compartidos sobre un hule de cerezas con los compañeros en la cocina —bueno... la cocinita, con microondas, nevera y un montón de comensales—, al robo de cereales de la despensa, a los yogures caducados y a la fruta podrida. Y al especialista en aprovechar la comida de los que cocinan para diez y a esas largas veladas con las primeras botellas de rosado degustadas en vasos de plástico. Los fines de semana, Samuel cogía el RER. Le gustaba pasearse por Neuilly-sur-Seine, lo hacía soñar. Los barrios ricos, los edificios imponentes... En cada paseo se prometía a sí mismo que aprobaría los exámenes, entraría a trabajar en alguno de aquellos bancos y viviría en una buhardilla allí, aunque tuviera que dejar a sus nuevos amigos. Él quería triunfar en París. Sus resultados académicos eran excelentes. Los bancos acudían a su escuela para captar a los mejores estudiantes, y Sam enseguida comprendió que podía sacar el mejor partido a aquella situación. Puso todo de su parte. Comenzó a vestir traje, con sobrias camisas blancas que planchaba a la perfección —quería estar impecable— y corbatas de todos los colores, a menudo azules, lisas, exentas de motivos, para que combinaran con sus ojos. Se miraba en el espejo y, francamente, se encontraba guapo. Un día un banco contactó con él para una entrevista. Cuando vio que la sucursal estaba en Neuilly, lo apostó todo por aquella cita. Natural, lleno de ganas, Samuel se los metió en el bolsillo. Entre los convocados a la entrevista, se fijó en una joven tan convincente como él, minifalda negra, jersey negro y collar rosa translúcido. Era Natacha. Sintió que aquella joven lo comprendería. Al final la sucursal los retuvo a los dos. Unas semanas después, comenzaban en la caja. Se ayudaban, reían y comían juntos, hasta que se presentaron a sus parejas respectivas. Por aquel entonces, Sam frecuentaba a



un hombre mayor. Este se lo enseñó todo, pero pronto se volvió celoso. Natacha le aconsejó que mariposeara, que viera lo que se cocía en otra parte, que probara, que contemplara otras aventuras. Siguió sus instrucciones al pie de la letra. Al cabo de unos meses, Sam se instaló en un estudio cerca del parque Monceau. Todos los fines de semana se paseaba por el parque, parándose delante de cada estatua —artista, músico, poeta— y, sin conocer en realidad la historia de aquellos hombres, imitaba su pose. ¡Si alguien lo hubiera visto, lo habría tomado por un loco! A Sam le daba completamente igual. Encontraba aquel lugar, el barrio y sus habitantes, hermosos, elegantes y siempre atentos. El ascenso profesional, los nuevos compañeros, el deslumbramiento parisino... Sam se decía que había hecho bien en afirmarse, en alejarse de su familia para vivir la vida que soñaba. Cada día se repetía que tenía mucha suerte, pero que también había puesto los medios para lograrlo. Sin mayor problema, iba ascendiendo en el trabajo, pero su vida sentimental y amorosa se estancaba de forma indolente. Tenía sus aventuras, aunque nada extraordinario. La mañana en que se cruzó con la mirada de Greg, ramo de flores en mano, supo que por fin podía marcar todas las casillas de la felicidad. Hasta la cena de cumpleaños, estos dolores y esta nueva desgracia...

¿Habrá sido demasiado feliz? Samuel piensa que la vida se equilibra de manera natural. Es por su lado budista, seguro; el yin y el yang, el negro y el blanco... Hay que experimentar la desgracia para conocer la felicidad, y viceversa. Sam tiene la sensación de ir encadenando ciclos. Este nuevo ciclo, está convencido, terminará con una alegría. ¿Cuál? Observa, escucha, se deja llevar. Con la edad, ha aprendido a no forzar el curso de las cosas. Vive cada momento positivo o negativo con plenitud, de esta manera. ¡Y funciona! Escucha a Greg sermoneándolo, con razón, y cambia por completo de actitud. Está dispuesto al cien por cien a vivir este cáncer, con el mismo entusiasmo que pone en desarrollar cada proyecto.

Greg se le acerca, le acaricia la mejilla. Sam se aferra a su mano y, de un tirón, lo atrae tambaleante hacia sí. La cabeza de Greg sobre la bolsa de agua caliente, Sam lo besa fogoso.

—Te quiero. ¿Lo sabes?

Greg ríe.

—Te quiero más de lo que puedas imaginar. ¿Sabes eso también?

Sam se deleita en las mandíbulas marcadas de su novio, mal afeitado y terriblemente sexy.

—Bueno... si pudieras quitarme la bolsa de agua caliente de debajo de la cabeza... ¡No sé si lo que se me está subiendo al cerebro es el amor o el calor de la bolsa!

—Los dos, cariño, los dos.

Sam besa de nuevo a Greg con ternura. Una enfermera entra sin llamar.

—¡Ay, perdón! —exclama un poco incómoda.

Los dos enamorados se encuentran apretados uno contra el otro. Forman uno solo.

Greg se levanta veloz, también incómodo, recolocándose la camiseta, que le marca los

músculos.

—No pasa nada, señorita. Solo nos estábamos besando.

*Auvours,  
21 de agosto de 1976*

*Caríño mío, mi amor, mi bienamada, mi ternura:  
Solo unos meses y habré acabado con el dichoso servicio militar.  
No comprendí bien tus palabras la última vez que hablamos por teléfono.  
¿Has conocido a alguien? ¿Ya no vas a esperarme? ¿Ya no crees en nosotros?*

*No veo por qué aguardas una decisión de tu padre. ¡Tú y solo tú eres la que cuenta! No es tu padre quien decide tu vida, ¿no? Te lo suplico, no hagas ninguna tontería. ¿Quién es ese chico? ¿Cómo lo conociste? Cuéntamelo todo. Escíbeme. Llámame.*

*Tu caríño, tu amor, tu bien amado, tu ternura.*

## Regla 10

### Más vale optimista solo que mal acompañado

En la sala de la Salpêtrière, este primer día de quimioterapia, Sam se dice que las bromas de Béa lo ayudan un poco a sobrellevar la desgracia. O el estrés. O ambas cosas a la vez. Como una fachada. Llevan casi una hora esperando a que los conecten a un pequeño tubo transparente del cual fluirá el líquido encargado de destruir las células malignas. Tienen para toda la mañana. Arrellanados en sus sillones, se toman el mal con paciencia. Por otro lado, no tienen más remedio.

Alice vuelve a ponerse los auriculares. Habría preferido realmente una habitación individual. No consigue entablar conversación, abrirse. Para algunos parece tan sencillo... No es su caso.

Bernard de Belœuvre, por su parte, contempla el horizonte a través de la ventana, con las manos a la espalda. Desde que se han despertado esta mañana, Élisabeth no le dirige la palabra, ni buenos días, ni gracias por los cruasanes que le ha llevado ni por la caracola con pasas que tanto le gusta.

Greg observa la singular asamblea. Analiza a cada persona. Trata de adivinar quién es quién de los tres hombres que rodean a esta señora, Béatrice. Tres amantes, ha dicho. Se nota el cariño que sienten por ella. Ignora qué tipo de relación ha podido tener con cada uno, pero está claro que ninguno le guarda rencor. No le extraña. Béa parece encantadora. Uno de ellos le acaricia la mano, el más mayor, el del traje de chaqueta, listo para irse a la oficina justo después. Parece muy cercano a la joven, Hélène, si no recuerda mal. Debe de ser su padre. A Hélène se la ve mucho más angustiada que a su madre. Camina sin cesar de la puerta de entrada al asiento de Béa. Se ha quitado el abrigo, se ha servido agua dos veces. Si sigue así, va a acabar mareándose, piensa Greg, que lee la misma sensación en los ojos de su novio. El más joven de los tres no parece mucho mayor que la hija. ¡Esta Béa no se corta un pelo!

Pasea la mirada por el resto de los enfermos que rodean a su Sam. Cada uno está concentrado en su caso; menos mal que Béa ha relajado la atmósfera al llegar. Es graciosa, con su cabello negro, muy negro, cortado a lo *flapper*. Se parece a Chantal Thomass, se dice Greg. Lo raro es que, si tuviera que ser una flor, se la imagina como un girasol. Es radiante, cegadora, incluso. La más joven del grupo, con sus auriculares, bajo esas quince capas de jerséis, sería un bonito iris, todo replegado y a punto de abrirse. La mujer del fondo, muy erguida en el sillón, sin pinta de

querer sentarse de verdad, con el pelo de dos colores, sería un brezo, firme, colorido y resistente a la intemperie. Y luego está su Sam, que sería una adormidera o una amapola. Frágil y cautivadora. Preciosa.

Un hermoso ramo, piensa Greg.

El silencio se instala.

—¿Para ustedes también es la primera vez? —pregunta Béa para llenar el hueco.

Todos responden con un gesto afirmativo de la cabeza.

—¡Menuda putada en cualquier caso!

—¡Mamá! —exclama Hélène, molesta por la falta de pudor de su madre.

—Tampoco voy a decir que estoy contenta de estar aquí, ¿no?

—No, pero, bueno, tus estados de ánimo...

—Mis estados de ánimo, mis estados de ánimo, como tú dices, si tú supieras, querida...

—Perdón, perdón, mamá.

Hélène se acerca para besar a su madre.

—Vamos a dar una vuelta —propone Philippe.

—Eso, eso. Tampoco hace falta que os quedéis. ¿Sabéis qué? Marchaos, que yo os doy un toque por teléfono cuando haya terminado para que vengáis a buscarme, ¿vale? Y no tenéis que venir en cortejo. Con uno solo me basta, queridos. Gracias por haberme acompañado.

Béa se vuelve hacia sus nuevos compañeros de quimioterapia.

—Se preocupan por mí. Es muy agradable, ¿no?

Todos asienten.

Hélène besa a su madre, coge su bolso y obedece, seguida de su padre y de los amantes de su madre. Apenas ha salido cuando Hélène vuelve sobre sus pasos. Le tiende la peluca negra a Béa.

—Nunca se sabe, puede que te sirva.

Los tres hombres la imitan.

—¡Así tienes de repuesto!

—Claro, claro, venga, ¡fuera! —bromea Béa.

Los cuatro se alejan, esta vez de verdad.

—Los adoro. No podría vivir sin ellos. Hoy los necesitaba a mi lado. Soy yo la que los ha reclamado y, curiosamente, con la enfermedad... Pues bien... tengo la impresión de que también necesito un poco de soledad. ¿Ustedes no? —pregunta Béa.

—¡Cómo la comprendo! —responde Élisabeth, la señora del pelo bicolor observando a su marido, Bernard, que está sentado con las piernas cruzadas sumido en la lectura de la revista *Capital*—. ¿Querría usted decirle a mi marido que ya soy mayorcita, que todavía puedo levantarme, que puedo comer, peinarme y vestirme sola? Es sencillo: tengo la impresión de que ya no puedo hacer nada sola. ¡Y lo peor es que cada vez es más cierto!

## Regla 11

### El que juega con el optimista se quema

—Antoinette, ¿sabe usted cómo funciona esta cosa?

Élisabeth de Belœuvre está gritando desde su cocina immaculada delante de una máquina de café último modelo, con unas cápsulas de metal de colores en la mano.

—Ni siquiera sé por dónde hay que meter el café —constata—. ¿Ya está encendida?

Antoinette surge por detrás de ella, le toma las cápsulas de la mano, introduce una en una ranura y aprieta el botón verde. Élisabeth la observa atónita. Antoinette podría haber encontrado oro en el fondo de un armario de la cocina y le habría causado el mismo efecto. La máquina de café de la encimera de mármol comienza a rugir.

—Gracias, Antoinette. Es usted un ángel. Dígame, ¿podría limpiar los cristales del salón? El jardinero ha vuelto a mancharlos todos. Es el tractor nuevo. La hierba sale disparada hacia todos lados y acaba pegada a los ventanales. Gracias, querida Antoinette. Y, además, me mata a todos los topitos con ese artefacto enorme...

Antoinette la escucha educadamente.

—¿Y en la habitación de Bernard? ¿Está limpio?

Élisabeth de Belœuvre es consciente de que viene de buena familia y de que, con toda lógica, se casó bien, como suele decirse. Nunca le ha faltado de nada. Incluso ha tenido siempre más bien de sobra: casas suntuosas, coches de alta gama (sobre todo alemanes, a veces ingleses), joyas y hermosos vestidos, bonitos conjuntos (con una pequeña debilidad por los diseñadores japoneses). Sin embargo, no considera llevar una vida feliz. Ciertamente, siempre puede contar con un marido que la quiere, incluso un poco demasiado pegado a ella para su gusto, sobre todo desde que se jubiló de PowerOil, una gran compañía petrolera internacional. Pero ella se aburre. Es una sensación que no puede ni expresar, de tanto como todos a su alrededor la envidian. Rayaría en la indecencia.

Durante toda la carrera de Bernard, ella ha visto mundo. En ese sentido no está frustrada. Estados Unidos —su mejor recuerdo, con el gran 4 × 4 que condujo a escondidas de Bernard—, Arabia Saudita, Egipto, África del Sur, Ghana, Dubái, Escocia, Canadá... ¡Una verdadera Guía Trotamundos Routard para ella sola! Pero siempre, en paralelo, aquella soledad que debía

compensar con las mujeres de los expatriados —todas iguales en los cuatro rincones del mundo: bien peinadas, con la manicura hecha, las clases de yoga, las actividades benéficas, el té de las cinco, el cuidado de la línea...—, saludar al señor embajador, pasear a su mujer, halagarla y hablarle de su cuerpo de ensueño, invitarla al club de mujeres francesas de la ciudad... «¡Tienes una vida de ensueño, cariño!» ¡Venga ya!

Durante todos estos años, su sueño, el de Élisabeth, era volver a Francia, dedicarse a su jardín del valle de Chevreuse, donde acuden a pacer las ciervas. Se trata de una gran propiedad heredada de sus padres, con sus rincones y recovecos, que nunca termina de arreglar por falta siempre de tiempo, con un jardín inmenso, tan inmenso que ni se distinguen los setos del vecino. Quería recorrerse los mercadillos y reencontrarse con sus amigas, Annick y Sylvie, y con sus amiguitos, los topos del jardín, a los que persigue durante el día con el jardinero para correr a alimentarlos a escondidas por la noche... ¡Típico de Élisabeth! Proteger a los más débiles. Había estado a punto de ser abogada. Pero Bernard nunca quiso que ejerciera. «¿Por qué ibas a molestarte con eso?» Eso, es decir, el pueblo, la plebe, todo lo que él detesta. El título, sin embargo, lo obtuvo. Podría haber ejercido, pero él la «preservó», como nunca se cansa de decir. «Tienes todo lo que siempre quisiste. ¿Qué te aportaría?», repetía todo el tiempo desde la cima de su brillante carrera personal, mientras ella se aburría en las terrazas de los salones de té del mundo entero dudando entre un lapsang souchong o un rooibos. Siempre una criada, una asistenta, una Antoniette, una Marie-Jo, una Mercedes, «una gobernanta», que diría Bernard. Y aquella impresión de no servir para nada, de no haber demostrado nada, de no haber construido nada por ella misma. Una vida echada a perder, sí, Élisabeth no tiene dudas. Y los halagos de su esposo no han conseguido adormecerla, no. Al contrario, con la edad, lo que siente es que se ha ido alzando en ella, día tras día, un aire de rebelión.

—Eres una mujer modelo, Élisabeth. No me arrepiento de haberme casado contigo.

—Di más bien que lo que te gusta de mí es que siempre he dicho «amén» a todo, ¿no?

Así pues, durante cuarenta años, Élisabeth ha cumplido con su papel de mujer perfecta de la mejor de las maneras, sin rechistar.

Ahora, con sesenta y siete años, su vida va a cambiar.

## Regla 12

### Lo que no mata al optimista lo engorda

Unos días antes de acudir a las urgencias de la Salpêtrière para comenzar con la quimioterapia, el médico de Élisabeth le prescribe un pequeño supositorio. Sin efecto. El vientre de Élisabeth está como una piedra. Pero, a la vista de su físico, alto, esbelto y enjuto, bajo las amplias túnicas, nada parece anormal a priori. El especialista de SOS Médecins, sin embargo, tiene una opinión muy distinta. Rápido, debe acudir inmediatamente al hospital. Envuelta en la larga capa color amarillo mostaza Issey Miyake de la que no se separa nunca, con el cabello decolorado de puntas violetas, más bien atrevido, pero perfectamente asumido, y las gafas cuadradas oscuras Emmanuèle Khan enmarcándole los ojos, Élisabeth se instala en un asiento de plástico perforado. El contraste entre esta mujer rebosante de estilo, proveniente de otro mundo, y un lugar tan triste, con este decorado insípido, no deja de llamar la atención de los otros enfermos. En urgencias, Bernard se queja a las enfermeras y a los internos del hospital, y exige que se ocupen más rápido de su esposa. Es el estereotipo del hombre de negocios al que nunca le han negado nada, que descubre una vez jubilado el final de las ventajas que le daban su cargo. Y la dura realidad.

Élisabeth permanece impasible, arrebujada en su abrigo, en su silla coja. Deja que su marido refunfuñe, se cuenta, y vuelve a contarse, las manchas de la edad de las manos, da vueltas a sus anillos mil veces y lee un viejo número de *Voici* que rememora el divorcio de una famosa en traje de baño de la que Élisabeth no ha oído hablar nunca. Bernard no deja de ir a lavarse las manos con una solución hidroalcohólica. Y, cuanto más tiempo pasa, más se acentúa el dolor de Élisabeth. Al cabo de cuatro horas de espera, Bernard está fuera de sí. El jefe de servicio, que tiene su misma edad, lo mira por encima de sus gafas y, en el mismo tono que él, lleno de suficiencia, lo reprende.

—Caballero, aquí se atiende a todos los pacientes por igual, no se enfade. A su mujer, igual que a los demás. No hay pacientes más importantes que otros. Todos somos iguales, sobre todo ante la enfermedad.

El sermón del médico parece bien engrasado.

—Será tratada —prosigue con el mismo tono lacónico y firme— y curada con profesionalidad, esté usted seguro. Ahora le voy a pedir que vuelva a su sitio. En cuanto haya terminado con el



paciente al que estoy tratando, procederé a un reconocimiento exhaustivo de su esposa. Usted hará el favor de aguardar en la sala de espera, porque el examen es confidencial, por supuesto.

A Élisabeth, por su parte, le da exactamente igual esperar. Sufre, pero en paz, escondida detrás de sus grandes gafas. El dolor se ha convertido en una fuerza. Élisabeth deja su ejemplar de *Voici*, casi encantada. Si pudiera, besaría en las dos mejillas a ese señor, al cual decide erigir desde este instante en dios viviente de su liberación programada. Por fin. Por fin se ocupan de ella. Élisabeth se ha vuelto un poco más importante que su marido. Siente que no está siendo justa por pensar así, pero lo piensa de todos modos.

Cuando le llega el turno, Élisabeth sigue al jefe de servicio hasta una pequeña sala cerrada con una simple cortina de plástico. Se oyen todos los problemas intestinales del vecino.

—No te preocupes, Bernard —le susurra al oído a su marido no sin cierta ironía.

Bernard está que trina. ¿Cómo no se va a preocupar por esta mujer a la que, a pesar de todo, siempre ha querido? Verla sufrir le rompe el corazón. Soportar que sufra la humillación de verse mezclada con la plebe, en esta intimidad palpable, es superior a sus fuerzas.

Después de examinarla, a Élisabeth la hospitalizan de inmediato. Las sospechas están ahí. Hay que comprobarlo. Le han vaciado el estómago, revuelto las tripas y, junto a ella, hay una bolsa suspendida, a lo largo de los barrotes de su cama, de la cual fluye un líquido de color indefinible. Tampoco esto la preocupa mucho. «Vamos a mantenerla en observación esta noche... y quizá algunos días.» Escucha lo que le dicen con los ojos muy abiertos, confiados y atentos, bromea con los auxiliares de enfermería, sonrío al gastroenterólogo. Le parece que la pequeña Yasmine, que le masajea las piernas entre dos cambios de sábanas, con sus ojos negros y brillantes, tiene dedos de hada. Mientras Hervé, el alto, larguirucho, que se encarga del turno de noche a continuación le habla con una voz aterciopelada de su Camboya natal, Élisabeth se sumerge en un estado de estupor. Sin duda por las medicinas, piensa ella. Sea como sea, aprecia esa pequeña evasión.

Bernard, por su parte, la vela, apostado junto a ella, como un marido entregado. Cuando se despierta por la mañana, todo replegado y dolorido debido a la noche pasada en un sillón, Élisabeth le confiesa algo.

—Cariño, no me vas a creer. Pero es ahora cuando tengo la impresión de vivir.

—Para, no puedes decir eso. Estoy preocupado, es indecente, Élisabeth.

Debe de ser la angustia, que la lleva a decir cualquier cosa, piensa Bernard. Pero Élisabeth no parece haber perdido la cabeza en absoluto.

—¿Y sabes qué es lo que me haría feliz? No volver a verte. Verte la cara, ahí, así, al despertarme, me estresa. Creo, incluso, que hace más de cuarenta años que me estresa. Así que deja de preocuparte por mí. Ya soy mayorcita. Tengo sesenta y siete años, y estoy muy bien. Hasta creo que no he estado tan bien en la vida. Voy a escuchar con atención todo lo que me digan que haga y voy a seguir al pie de la letra las indicaciones de los médicos, no te hagas mala sangre por

mí. De todas formas, visto lo que vale ahora mi sangre... —suelta tratando a duras penas de levantarse para señalar a su marido la bolsa que cuelga de su cama...

La risita de Élisabeth parece fingida.

Cuando el oncólogo, con su aire contrito en bandolera, pero la mirada ardiente, viene a verla a su habitación por la mañana, Élisabeth lo adivina enseguida.

—Tengo cáncer, es eso, ¿verdad, doctor? No se ande con rodeos, se lo ruego.

—Disculpe, señor, le voy a pedir que salga un instante.

Bernard sabe que no le queda otra, pero, aun así, duda de si obedecer. Está tan poco acostumbrado a que lo echen... Y él también quiere saber.

—Te prometo que te lo contaré todo, Bernard —le asegura Élisabeth.

Bernard sonríe un poco, con tristeza, y acaba saliendo de la habitación. Una vez a solas con el médico, Élisabeth lo mira fijamente con una sonrisa algo forzada.

—Entonces ¿qué? ¿He acertado?

El oncólogo asiente.

—Va a tener que ser fuerte —pronuncia como un mantra.

Élisabeth se acuerda de los años de clases de yoga, con mantras, mandalas y toda la parafernalia. ¡Después de todo, no fueron en vano aquellas sesiones semanales del gimnasio!, ironiza para sí. En el fondo, es como si se hubiera estado preparando sin saberlo para la prueba que la esperaba. Solo sueña con eso, con ser fuerte.

Prestando toda la atención de la que es capaz, escucha al médico explicarle el protocolo que ha de seguir «cuanto antes mejor». Élisabeth sabe muy bien leer entre líneas.

—¿Puede decirle a mi marido que entre, por favor?

Toma aire y, cuando Bernard asoma la cabeza, le muestra la más hermosa de sus sonrisas.

—Bernard, no me has dado la razón muy a menudo, pero esta vez vas a tener que aceptarlo. Tengo cáncer.

Bernard se pone pálido, se vuelve hacia el oncólogo.

—¿Cáncer de qué?

—Afecta al colon. Parece que al hígado también. Tenemos que hacer algunas pruebas más para comprobarlo. Vamos a dejarla ingresada algunos días. Le he explicado a su esposa que es urgente empezar con el protocolo. Necesitamos su autorización.

—¿Dónde tengo que firmar? Bernard... Te lo suplico, tengo que ser fuerte, así que trata de serlo tú también. ¡Soy yo la que está enferma! ¡No tú!

—Después de estos días de hospitalización, solo tendrá que volver para las sesiones de quimioterapia. El resto del tiempo podrá quedarse en casa.

—¿Qué pena!

—¿Pena? —El oncólogo parece sorprendido.

—No me apetece nada tener a mi marido encima. Me gustaría estar tranquila, doctor.

Bernard la mira completamente desconcertado.

—Pero, cariño...

—Ya te lo he dicho, Bernard, pero no quieres escucharlo. Me cansas. Creo, doctor, que su presencia será nefasta para mi tratamiento.

—No puedo pedirle a su marido que no la acompañe durante la enfermedad. ¡Lo normal suele ser justo lo contrario! —El oncólogo esboza una sonrisa mientras teclea algo.

—Sí, pero, compréndame. Es la primera vez que se ocupan de mí. Por fin. Tengo ganas de aprovecharlo al cien por cien...

—¿Aprovecharlo? —Ahora es el oncólogo el que parece completamente desconcertado. Para de escribir en la ficha de su paciente.

—No la escuche, doctor, está divagando.

—¡Por supuesto que no estoy divagando! Estoy en mi derecho de querer vivir este momento como a mí me parezca, MI momento.

—Élisabeth...

—No me toques.

Tras cuarenta años de vida en común, ahora, con su marido jubilado, Élisabeth constata con dureza que nunca han tenido nada realmente en común. Constatación espantosa que le hieló la sangre. Nunca le han gustado sus colecciones de soldaditos de plomo, y todavía menos su pasión por las grandes cilindradas. Nunca ha comprendido nada de las perforaciones, los barriles, los desafíos diplomáticos que debía afrontar. Élisabeth descubre hoy con amargura que no tiene nada que ver con este hombre ahora jubilado al que todavía llama su «marido», o «Bernard», por guardar las formas. En este momento solo quiere pensar en sí misma, en ella sola, en lo que quedará de ella después. Este cáncer es una ocasión única y debe aprovecharla.

—Señora de Belœuvre, creo que debe asimilar toda esta información. Es muy violento, lo comprendo. No hay que precipitarse. Cada cosa a su tiempo.

Élisabeth continúa sentada en la cama escuchando al oncólogo pacientemente.

—Llevo cuarenta años obedeciendo, doctor. Cuarenta años esperando para dejar de hacerlo. Creo que este cáncer por fin me permite descubrirme tal y como soy. Nunca pensé que diría esto un día, pero, bendito sea, doctor. Esperaba una señal, y creo que usted acaba de dármela.

Élisabeth busca entonces el mando de la cama y vuelve a ponerla en posición horizontal.

—Bernard, no se te ocurra pagar el abono de la tele, no me traigas revistas ni bombones, lo único que me apetece es estar sola. Como mucho, díselo a Annick y a Sylvie, que pueden venir a verme. Eso, en cambio, sí que me gustaría. Pero tú, cariño, quédate tranquilito en casa, ¿quieres?

Tira de las sábanas hasta el mentón, cierra los ojos y se tiende por completo.

El oncólogo y Bernard de Belœuvre se miran asombrados. Con la más absoluta decepción,

Bernard baja la vista y, en señal de apoyo, el médico lo toma por el hombro. El recién jubilado de PowerOil, antiguo director de Europa, América, Oriente Próximo y Oriente Medio, resignado, decide salir.

—Ánimo —le susurra el oncólogo—, su mujer está muy afectada. Es algo muy violento y totalmente normal. Hay sin duda una parte de negación, pero las cosas se arreglarán, estoy seguro. Va a tener que ser fuerte usted también, señor Belœuvre. Venga, lo acompaño a la salida.

Bernard sigue al doctor por el pasillo del hospital. Todo es confusión en su cabeza. Sin embargo, solo tiene un objetivo y para él está claro: salvar a su mujer. Protegerla. Y punto. ¿No es eso lo que ha querido hacer, tal vez mal, pero lo que ha tratado de hacer en cualquier caso, a su manera, con los importantes medios de los que disponía? Nunca se le han dado bien las mujeres; todavía menos la suya. En los negocios, Bernard de Belœuvre siempre ha sido duro, inflexible, incluso. Sin duda su vida profesional se fue apropiando de su vida privada. Sin duda Élisabeth no siempre ha conocido al Bernard tierno y cariñoso que le hubiera gustado ser. Durante mucho tiempo se estuvo diciendo que, con la jubilación, cambiaría, que se mostraría más atento.

Después, siempre después... Siempre se deja lo esencial para después. Bernard se da cuenta hoy con amargura. Hace repaso de su pasado, lleno de arrepentimientos. Está perdido por completo. El cáncer de Élisabeth es también su cáncer. El cáncer de sus vidas. Finalmente Bernard se pregunta si no será que no se han comprendido nunca, ni siquiera al principio. Hay que decir también que el padre de Élisabeth los presionó para que se casaran lo antes posible. Una comida en su hermosa residencia, una conversación sobre el futuro alrededor de un vaso de whisky y de un purito, ganas de una caterva de niños en aquel bonito jardín del valle de Chevreuse y un apretón de manos para sellar la unión. Su suegro había hecho lo imposible para impresionarlo el día que se conocieron. Pero ¿de verdad estaba preparado para casarse? ¿Tenía ganas al menos? Así lo creyó, a menudo... Diga lo que diga Élisabeth, Bernard está hoy muy decidido a permanecer a su lado y pelear junto a ella. Por deber, por amor, sobre todo. A pesar de todo.

En la habitación de la Salpêtrière, junto a sus nuevos compañeros de infortunio, a Élisabeth le falta el aire.

—Es muy tierno que su marido quiera cuidarla así, ¿no? —dice Sam.

—Sí, lo sé, pero llevo esperando esto tanto tiempo... Estar un poco sola, respirar, dejar de correr de un lado a otro por los cuatro rincones del mundo, y ahora va y, ¡pum!, se nos viene encima esta enfermedad. ¡Que ni pintado! Otra excusa ideal para retenerme en casa...

Bernard de Belœuvre baja la revista.

—Élisabeth, no digas tonterías, por favor.

—Es verdad, Bernard. Reconoce que...

—Discúlpenla... Desde que nos dijeron que tenía cáncer, está divagando. —Hace un gesto a su mujer para que se calme.

—¡No he parado de decirle al médico que soñaba con quedarme en el hospital y no volver a verlo! Está conmocionado. —Élisabeth se ríe tontamente.

—Bueno... es comprensible, al mismo tiempo —replica Béa con aire docto y divertido.

—A mí me habría encantado que mi novio estuviera conmigo —prosigue Alice.

Todos se vuelven hacia Alice con un mismo movimiento espontáneo, como si acabaran de descubrir la presencia de la joven en la habitación.

## Regla 13

### Ningún optimista es un cero a la izquierda

Al salir del despacho del oncólogo, Alice toma el metro en dirección a Montreuil, línea 9, estación Croix-de-Chavaux. Ver a Simon. Tocar a Simon. Oler a Simon. Es todo lo que cuenta para ella, todo a lo que todavía puede agarrarse. Cuando este percibe a Alice con los auriculares puestos a través del escaparate de su tienda de discos, suelta una gran bocanada de aire como para librarse de un peso. O darse ánimos. O ambas cosas a la vez.

—Étienne, ¿puedes encargarte de la señora? —pregunta a su empleado, no mucho mayor que él.

Simon, con su barbita de chivo canosa y su gorra encasquetada en la cabeza, aparenta treinta y tantos años. Sin embargo, cumplió los veinticinco el mes pasado.

—La señora busca un Marinero de 1964. Tiene que haber uno en la sección «Argentina».

Étienne, el joven vendedor, se dirige de inmediato hacia la clienta de Simon, y este aprovecha para deslizarse entre las estanterías y alcanzar a Alice, que lo espera en el umbral de la puerta. La chica parece observar un punto borroso en el pequeño callejón oscuro en el que se encuentra la tienda, una calle peatonal de Montreuil.

—Ya está. Tengo los resultados —le anuncia sin besarle siquiera.

Simon se inclina hacia ella, tratando de adivinar antes de que se los dé. Se acerca como si quisiera abrazarla, tiende la mano, cambia de opinión, algo lo retiene. Se limita a apartarle un mechón de cabello y sujetárselo detrás de la oreja. Le pellizca la mejilla para reconfortarla. Alice no sonríe. Decepcionada, baja la cabeza. Simon comprende.

—Tengo los gamma-GT por los suelos.

Simon hace una mueca de incompreensión.

—Eso es lo que permite ver si la cosa va bien o no —simplifica Alice—. Me ha llamado el tipo del hospital. Me ha dicho: «Es usted joven, señorita Nusse, no se preocupe. El tratamiento la aliviará. Vamos a curarla, tranquila». No te digo.

Alice se derrumba en los brazos de Simon. Él no la estrecha contra sí como debería, incluso mantiene un poco las distancias.

—Todo va a ir bien —dice, con una voz, sin embargo, poco convincente.

Le acaricia la espalda sin entusiasmo.

Alice no presta atención a la caricia. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Vuelve a ponerse derecha. Se las seca con el dorso de la manga. Simon se saca con dificultad un kleenex de los vaqueros negros ajustados y se lo tiende. Un par de clones, los dos. Es tan delgado como ella. Se le adivinan las costillas y el nacimiento de un tatuaje bajo el cuello de la camiseta negra, muy pegada al cuerpo.

Alice tiritita bajo la gabardina negra.

El débil rayo de sol que hasta ahora los alcanzaba entre los edificios desaparece. Un viento frío se abate sobre el callejón.

—Me voy a morir, Simon.

—Anda ya, deja de decir eso. El tipo del hospital no te haría pasar por todo eso si no creyera que va a funcionar. Dará con el tratamiento adecuado, te lo ha dicho.

Alice y Simon permanecen en el umbral de la puerta de la tienda.

Simon se aparta. La clienta que buscaba un 33 revoluciones de Marinero sale triunfante con su bolsa en alto, contenta a todas luces de haber encontrado el regalo que deseaba hacerle a su marido, tal vez por su cumpleaños o por el próximo día del Padre.

—Alice...

Ahora Alice mira a Simon a los ojos. Tiembla. Experimenta la misma sensación de pánico que la invadió en la guardería. Cada vez la asalta con más frecuencia el mismo malestar, la impresión de haber dejado de controlar su cuerpo. No quiere llorar, otra vez no. Está harta de ser tan débil. Simon tampoco tiene buen aspecto. No sabe lo que va a decirle, pero, en el fondo, sueña con que la estreche muy fuerte entre sus brazos, contra su torso, contra esa gran mariposa tatuada en el pecho que a ella le gusta acariciar.

No llevan mucho juntos, apenas año y medio, pero ella se siente más fuerte cuando está en sus brazos. Con él. Nada puede ocurrirle cuando él la atrae contra sí. Desde que supo de la enfermedad, es el único lugar en el que se encuentra bien. Los primeros síntomas aparecieron después de una fiesta con unos amigos. Habían tomado un aperitivo, una copa, dos copas, jugado a las cartas, al Jungle Speed, tomado otra copa. Al salir de la casa, Alice empezó a vomitar. Se había bebido algunas cervezas, pero no lo suficiente como para estar ebria, y las ganas de vomitar no se atenuaron durante los días siguientes. Fue al médico, que le mandó unos análisis. La llamó al día siguiente. Sonaba preocupado al otro lado de la línea. A ella le extrañó que la llamara directamente al móvil. Ni siquiera era consciente de que tuviera su número o de habérselo dado. Hacía tres años que vivía en Montreuil e iba a verlo una o dos veces al año, por unas anginas, una gripe, cosas así. Pero aquello, por lo visto, era más grave. Quería volver a verla enseguida.

—Tengo que hablar con usted, señorita Nusse.

«Hay sospechas de un mal funcionamiento del hígado —fue lo que tenía que decirle en la consulta—. Se trata sin duda de cáncer», añadió en un tono más bajo. Palabras sin un significado real para Alice. Le pareció tan surrealista... Lo escuchó explicarle el procedimiento: la cita con un especialista conocido suyo de la Pitié-Salpêtrière, los análisis de sangre que tenía que volver a hacerse, las numerosas pruebas de nombres extraños, PET-TC, TEP-TC... no lo entendió del todo. En cualquier caso, aquello ayudaría a decidir el tratamiento, y tendría que empezarlo enseguida. A Alice le parecía increíble que aquel señor estuviera más al corriente de su futuro que ella misma. Obediente, acudió al especialista. No estaba acostumbrada a los hospitales ni nada de eso, pero el oncólogo fue categórico, con una voz neutra pero firme, mecánica. Alice retuvo fragmentos de algunas frases. «Empezar muy rápido el tratamiento», «hacer lo necesario», «colocar el catéter». La voz del oncólogo todavía resuena en su cabeza. Bla, bla, bla. Como un martilleo. Hace ahora diez días; pasa tan rápido el tiempo... Sensación de vértigo acentuada. Alice ya no tiene tiempo de pensar en sí misma, en realidad, solo la impresión de depender de una agenda que no le pertenece. Ya no controla nada. Su vida está ahora en manos de los médicos.

Una vez fuera, delante de la consulta del médico de familia, Alice se sentó en los escalones. De repente sintió mucho calor, y después, enseguida, mucho frío. No sabía muy bien adónde ir, qué hacer, estaba completamente aturdida. Cerró los ojos. Desde muy pequeña, en los momentos difíciles, se hace un ovillo. Por lo general, la calma. Sentada todavía en la escalinata de la consulta del médico, encogió las piernas y lloró con la cabeza entre las rodillas. Una mujer le preguntó si estaba bien. Ella asintió con la cabeza en respuesta: todo iba bien. No era cierto, Alice lo sabía. Hay que poner buena cara. Sus padres siempre le han dicho que no se haga notar, que sea discreta. Se levantó, se secó las lágrimas y llamó a su madre. La madre, que no entendió nada por teléfono, había querido ir a verla. Alice se negó. La mujer lloraba al otro lado de la línea. Alice le mintió para no preocuparla demasiado, le juró que la avisaría. «Te queremos, Alice.» Su madre siempre terminaba así las conversaciones. Le gustaría tanto que su hija confiara más en ellos... ¿Por qué no les cuenta nada? «¿No somos lo bastante buenos para ti? ¿Es eso?» El padre es dependiente en un supermercado; la madre trabaja como secretaria de un médico. Están orgullosos de su hija. Podría haber seguido viviendo con ellos, estudiar en París y volver a casa por las noches, pero Alice se asfixiaba, y dejar el hogar la calmó. Un poco. Sus padres no saben nada de su vida. Ya de pequeña, cuando volvía del colegio y le preguntaban qué había hecho ese día, respondía: «Nada». No la cambiaremos, se conforma la madre. En cuanto se le hace una pregunta algo más personal, Alice se cierra en banda. «No te preocupes por mí», le pidió a su madre.

Sin embargo, ese día, de camino al metro, Alice se sentía a la vez resignada e indignada. ¿Por qué esto? ¿Por qué a ella? Solo sueña con una ducha que le lave toda esa inmundicia, con



quedarse durante horas bajo el chorro de agua caliente, luego fría. Dejar de estar ahí. Escurrirse por el sumidero. Esa era la pesadilla que tenía de pequeña. Cualquiera que se cruce con ella por la calle en este instante no verá sino un zombi avanzando de modo automático. «¿Por qué?» Eso es lo único que sale de sus labios. ¿Por qué yo? ¿Acaso existe una respuesta? Se siente vulnerable. Un tipo ha pasado rozándola con la bici, y ella se ha sobresaltado, asustada. Un claxon a lo lejos la ha hecho temblar. Todos sus esfuerzos por estudiar, por salir adelante... Y pensar que iba a comenzar a vivir un poco su vida, en pareja, con su chico... Alice siente que es una pena inmensa.

Le gustaría mucho acurrucarse contra Simon. Muy cerca de él.

—Alice, tengo que decirte algo...

Una sombra en la mirada de Simon. Alice ya solo ve eso en los ojos de su chico, del hombre de su vida, con el que se reía hace justo un año, bebiendo cervezas en el balcón de Montreuil, justo al lado de su casa, mientras escuchaban a Miles Davis o a un viejo Chet Baker en su tocadiscos, y ella se divertía intercalando a Arcade Fire o The Cure para chincharlo. Él era el hombre de su vida, se decía entonces, y no Robert Smith.

Simon la mira y, con un agudo hilo de voz, como para desembarazarse de aquello de una vez por todas, le suelta:

—Alice, creo que necesitamos un paréntesis. No sabía cuándo ni cómo decírtelo, pero ya está. Lo he pensado bien. Tengo veinticinco años, tengo que disfrutar de la vida, tengo que avanzar. Y no estoy preparado para vivir con la muerte, así. Todavía necesito pensarlo. No te estoy dejando, ¿eh?, pero necesito pensarlo.

Tiene los ojos clavados en ella. Ella es la muerte. Alice no ve más que dos agujeros negros. Ha dejado de temblar. Le dan ganas de pegarle, pero no tiene fuerzas. Sería darle demasiado. Ni siquiera consigue llorar. Simon se pregunta qué le pasa por la cabeza en ese momento. Sabe que es un cobarde por abandonarla así, pero no puede hacerlo de otra manera. Ella lo mira para recordar ese momento. «Un paréntesis.» ¿Acaso le ha preguntado a ella si quería un paréntesis? Ella ya no puede echarse atrás, ya no puede. Se encuentra sobre unos raíles, presa de este proceso: la enfermedad, el tratamiento y, quizá, la recuperación. O la muerte. Alice decide marcharse sin volver la vista atrás. Reúne las fuerzas. Todo se mezcla. Las ganas de un gesto de cariño, el odio y, una vez más, ese asco en las comisuras de la boca. ¿Cómo ha podido soñar con una vida junto a este hombre, este hijo de su madre, este cabrón? Camina con el piloto automático puesto, sueña con abrazar a Ursule. Él lo borraría todo, el pequeño Ursule, él sí sería capaz. Haciendo acopio de fuerzas, prefiere volver a casa, con su compañera de piso, y acostarse. Apagar el móvil. Hacerse la muerta. Algún día había que empezar, se dice. Dejar de oír. Meterse bajo el edredón.

*Auvours,  
16 de octubre de 1976*

*Me retuerce las tripas haber dejado de leerte.*

*Lo he adivinado yo solo. No hace falta que me hagan un esquema. Tu padre ha aprovechado que estoy en el servicio militar para ponerte en las garras de otro tío, un intelectual, y le ha pedido que se case contigo rápidamente.*

*Creo que ha ganado.*

*Ya no me respondes, pero sabes que te quiero. De verdad.*

*Hagas lo que hagas, estaré ahí. Siempre te he querido y todavía te querré por mucho tiempo.*

*Trata de no olvidarme demasiado.*

*Tu retuerce tripas*

*P.D.: ¿Tu traje de novia era bonito, al menos?*

## Regla 14

### A palabras necias, optimistas sordos

Primer reflejo: Alice enciende el móvil. Comprueba su muro de Facebook. Dos amigas suyas han colgado fotos de salidas nocturnas, una de ellas en una discoteca, en brazos de un tipo al que besa con glotonería; la otra tomando algo con los amigos. Todos tienen un posit en la frente y deben adivinar qué animales son imitándolos. Parecen contentos. Un bonito ramillete de amor, piensa ella. Hay cervezas, aperitivos y vino tinto en la mesa. En Instagram, las mismas fotos o casi.

Alice no suele subir fotos a las redes sociales, no completa su estado. Observa lo que hacen los demás, se siente un poco mirona, un poco como todo el mundo también.

Consulta los mensajes del teléfono.

Un SMS de su madre. No, cinco. Siempre el mismo. «Cariño, estoy preocupada. Papá y yo estamos preocupados. Queremos ir a verte, de verdad. Dinos algo.»

Desde que se fue de casa con dieciocho años, sus padres, sobre todo su madre, no consiguen superarlo. Su madre insiste en pagarle el teléfono. Todavía. Así tiene una excusa para enviarle mensajes tanto de día como de noche. Desde que encontró el trabajo de puericultora, sus padres se sienten aliviados. Los profesores la habían animado a continuar los estudios, algunos la veían ya en Medicina, pero ella prefirió tomar otra salida. El miedo al fracaso, sin duda. Quería agradar a sus padres y, al mismo tiempo, librarse de ellos.

Alice responde inmediatamente a su madre. «Todo va bien, mamá. Si lo necesito, te llamo. Un beso a papá.»

Ya está, así está bien. Tranquila para el resto del día.

Entre el correo, Alice encuentra un mensaje de Simon. Se le acelera la respiración. Está a punto de salirse el corazón del pecho.

Fecha: 8 de junio de 2017 01:07

De: Simon Ménoret

Para: Alice Nusse

Asunto: Viaje

Colibrí,

No tengo valor. No tengo valor para llamarte y decirte que soy un cabrón asqueroso. Que me avergüenzo de mí mismo.

Que cargaré con esto el resto de mi vida. Pero no puedo. No lo consigo. Estoy en la vida, no puedo volverme hacia la muerte. Tú eres la mujer de mi vida, no la mujer de mi muerte.

Sueño con tener hijos contigo y quererte todavía más, pero en esto estoy bloqueado. Tu enfermedad me ha hecho flipar. Me he comportado como un capullo. Y lo peor es que no cambiaría nada de lo que he hecho.

Dejé el curro justo después de que te fueras. Me fui a casa e hice la maleta. Étienne va a mudarse a mi piso, estaba harto de compartir y le viene bien. Me compré un billete de avión y me voy a Asia, a cambiar de aires. Lo necesito para pensar en lo que acabo de hacer. Me avergüenzo, pero te quiero. No espero ninguna respuesta de tu parte, solo deseo que te mejores.

Que te cures. Aunque sé que eres fuerte.

Simon

En adjunto, Simon ha incluido un fragmento de Miles Davis, *Love Me or Leave Me*. Una especialidad de Simon: siempre envía sus correos con la banda sonora correspondiente.

Alice pincha encima. El piano, el saxofón... La música irrumpe bajo el edredón. Tirita a pesar de la vieja camiseta de su padre que utiliza de pijama y de los calcetines Hello Kitty que su compañera de piso le regaló por su último cumpleaños. Alice aprieta un poco más el teléfono contra sí. Se aferra a su peluche, todo deshilachado. Se hace un ovillo. Parece un bebé. Piensa en Simon, que debe de estar en el avión. Por la ventana vislumbra las estelas de keroseno, que se cruzan y se separan. Una señal, piensa. ¿Qué va a ser de ella?

Su madre le ha propuesto que vuelva a casa después de cada quimio, pero no. Tendría la impresión de regresar a la infancia. Inimaginable. Prefiere mantener las distancias con ellos. Es como una crisis de adolescencia que no termina nunca. Hay quien vería en ello desconfianza; otros, una forma de respeto.

El oncólogo le ha explicado bien el tratamiento y el protocolo. Ella ha tratado de saber también si se podría seguir un tratamiento distinto, pero no. Toda la documentación reposa en su mesilla de noche, entre Salinger, Maxime Chattam y Boris Vian. Colocación de un catéter a la altura del hombro. «No duele, se lo aseguro, se introduce con anestesia local. Será más práctico. Es un pequeño compartimento que permite administrarle los fármacos de la quimioterapia por una gran vena central directamente, en lugar de utilizar las pequeñas venas del brazo. Será su “pack”.»

Durante la consulta, en una sala lúgubre de la Salpêtrière, Alice lo ha anotado todo en el teléfono. Análisis de sangre un par de días antes para determinar la posible quimioterapia; dos o tres horas en el hospital, si todo va bien, para una primera inyección de corticoides y antieméticos; tratamiento propiamente dicho; vigilancia y, luego, vuelta a casa para cuarenta y seis horas de quimioterapia con su «baxter». Cuando el oncólogo le enseñó el objeto, Alice enseguida pensó en un discman de los noventa, como el que tenían sus padres. «Tendrá que mantenerlo

enganchado a la cintura y la desconectarán cuarenta y ocho horas después. No se olvide de venir con un neceser y una muda completa en caso de hospitalización de último minuto. Nunca se sabe, puede ocurrir.»

Alice se vuelve en la cama y de repente lanza un grito.

—¡Ay, qué susto me has dado! —exclama.

Se le ha caído el móvil al suelo junto con el peluche.

Es Elvis, el gato de Emmanuelle, su compañera de piso, que la observa tieso como una vela, sentado y apoyado en las patas delanteras.

—Pero ¿qué haces ahí?

Elvis maúlla. Una gorda bola de pelo gris en la que apenas se distinguen los penetrantes ojos. Elvis posee un don, Emmanuelle está segura. Cuando la mira, casi le da miedo. Tiene la extraña sensación de que ve a través de ella, de que le lee el pensamiento. Era el gato de su vecina, una señora mayor a la que la compañera de piso de Alice hacía algunas compras a veces. Todo el tiempo que la vecina estuvo enferma, Elvis permaneció a su lado, cerca de su cuerpo débil. Cuando murió su dueña, Elvis eligió el piso de Emmanuelle, y la joven no lo ha echado nunca. Si Alice está en casa, el animal da varias vueltas delante de la puerta de su habitación y luego se acomoda a los pies de su cama. Al menos él no sale huyendo, juzga Alice. Al principio no le agradaba mucho la idea de la presencia de un gato. Los pelos y todo eso. Además, encariñarse con un gato y tener que despedirse un día de él habría sido demasiado duro. Alice conoce demasiado bien su fragilidad. Pero se han ido ganando el uno al otro. Ella lo acaricia suavemente, con el brazo estirado, invitándolo con un gesto a que se suba a su cama; él no espera más. Se acerca a acurrucarse contra ella. Alice lo acaricia un poco más, el animal ronronea, el saxo de Miles Davis todavía resuena en su habitación.

Emmanuelle llama a la puerta ya entreabierta por el gato. Alice le dice que pase.

Su compañera de piso asoma la cabeza.

—¿Estás bien? ¡Elvis! Ven aquí. Lo siento. Sé que no quieres que entre en tu cuarto. Perdona.

—No pasa nada. No, déjalo. Al contrario. Ahora puede entrar. Por fin un hombre que me comprende —susurra Alice como para sus adentros con los ojos clavados en los del gato.

Emmanuelle mira a Alice sin comprender la alusión. Alice se lo cuenta todo: Ursule, Simon, el paréntesis, el viaje a Asia, su miedo a la quimio...

Emmanuelle la abraza. Es raro que Alice se confie tan fácilmente, piensa. No se puede decir que sea de las que invaden el espacio. Es más bien misteriosa. Pero precisamente por eso le propuso que fuera su compañera de piso. Todo lo que Alice tiene de tímida, lo tiene Emmanuelle de extrovertida, de atrevida. Se conocieron en casa de unos amigos. A Alice enseguida le cayó muy bien. Cuando Emmanuelle le sugirió que compartieran piso, ella aceptó de inmediato, casi feliz de que una chica como Emmanuelle se interesara por ella. Emmanuelle apreció enseguida a

aquella chica tímida, hasta arriba de complejos y rebosante de atenciones. Al día siguiente de conocerse, Alice le había enviado un SMS. «Encantada de haberte conocido.» Aquello le llegó al alma. Por eso cuando su compañera de entonces dejó el piso, Emmanuelle enseguida pensó en Alice. No se arrepiente.

Emmanuelle aprecia su presencia. A fin de cuentas, se llevan bastante bien. Elvis protesta, cambia de postura y se va al salón.

—¡Qué capullo! ¡Un verdadero cabrón! A mí no me va mucho mejor. David me ha dejado... Alice-Emmanuelle, *ex aequo*. Vente, vamos a drogarnos con Nutella.

Alice se incorpora en la cama.

—Además con Miles Davis no te vas a curar, preciosa. Venga, ven, he hecho chocolate con miel. Nos vamos a poner un viejo disco de Dalida para llorar en paz. Y sigo teniendo *El diario de Bridget Jones* en DVD, ya lo sabes. A menos que prefieras una sobredosis de Chocapic con *Notting Hill*. Tú decides.

Emmanuelle y Alice sonríen, con los calcetines rosas gruesos y las camisetas demasiado largas. Elvis las está esperando ya en el umbral.

## Regla 15

### Se atrapan más optimistas con miel que con hiel

«Espero que estés bien.»

Alice está acurrucada en el sofá rojo y ajado, con los calcetines de Hello Kitty y el pijama amorfo todavía, un libro junto a ella y los auriculares del teléfono enchufados a M.I.A., con *Paper Planes* de fondo, tan fuerte que se oye el ruido de los disparos. No para de moverse. Pero no se debe a la música, sino al mensaje que acaba de recibir.

—¿Qué pasa? —pregunta Emmanuelle, con una toalla en la mano, mientras se seca el pelo.

—Es Simon. Quiere saber si estoy bien.

—No me lo puedo creer... ¿Qué se piensa? ¿Que te presentas a Miss Francia o qué?

Alice se quita un auricular. Se queda postrada en el sofá. Emmanuelle se anuda la toalla alrededor de la cabeza con una mano y con la otra unta mantequilla en una rebanada de pan que espolvorea meticulosamente con Nesquik.

—Me encanta esto. Me recuerda un montón a mi infancia. ¿Quieres?

Alice dice que no con la cabeza. Prosigue con la lectura del último mensaje de Simon en el móvil.

—¿Y qué más dice?

—Que ha perdido el avión para Asia —continúa Alice.

—A ver.

Emmanuelle insiste y le lee la pantalla del móvil.

—¡Mentira cochina! No se compró ningún billete nunca. Te lo dice solo para que te dé pena, el pobrecito, y blablablá... «*Et j'ai crié, criééé... Alliiicce, pour qu'elle revienne...*»

Emmanuelle, en albornoz y con el cabello recogido en la toalla, imita a una diva echando la cabeza hacia atrás y el cepillo del pelo en la mano.

Alice esboza una sonrisa tímida. Su compañera, de pie junto al sofá, engulle la tostada como un cocodrilo que devora a su presa.

—¿Tú crees? —pregunta Alice, crédula, levantando la cabeza para mirarla.

—Pues claro. La típica jugada. Solo que ahora, querida, ya no estamos jugando. Tú te tienes que cuidar. Olvídalo. Que no te contamine la mente ese tipo. Concéntrate en la próxima etapa. Tu

quimio, guapa, es mucho más importante que un capullo que no sabe quererte y que se niega a ayudarte cuando lo necesitas...

Emmanuelle se sienta. Alice se quita los auriculares. Ahora suena *La Bohème*, de Aznavour. «*Ça voulait dire... qu'on est hhheeeuuurrreux.*» Emmanuelle se levanta y va a sentarse junto a su compañera.

—Yo voy a estar aquí, ya lo sabes.

Le acaricia la cara. Y luego la abraza. Alice parece casi incómoda con el abrazo. Se deja hacer.

—Y, a todo esto, ¿cuándo es la primera quimio? —pregunta Emmanuelle retirando el libro de Alice sobre el que se ha sentado.

—El lunes. Estoy muerta de miedo —confiesa.

—¡Mierda! ¡El lunes es cuando me voy de vacaciones con Louise y Anne! ¡Hemos reservado toda la semana! Ay, no, me habría gustado tanto ir contigo a la primera sesión...

La decepción de Emmanuelle parece sincera.

—No te preocupes. Ya vendrás. Y mi madre ha insistido tanto en que vuelva a casa... No creo que vaya a poder librarme.

Alice hace una mueca de resignación.

—¿Podrás cuidar de Elvis?

—Sin problema.

—¿Estás segura?

Alice tranquiliza a Emmanuelle con un gesto de la cabeza.

Emmanuelle la abraza de nuevo. Alice todavía tiene el móvil en la mano. El mensaje de Simon queda bien a la vista. Emmanuelle besa a Alice en la mejilla por sorpresa. Alice respira el olor de los cabellos rizados de su amiga, un olor azucarado y dulce a la vez, el de Mixa Bébé, el champú de su infancia. Alice encuentra en ese abrazo, en ese perfume, una energía insospechada, como la de un chute. Aprovecha el instante, cierra los ojos y lo guarda para ella. Es una bocanada de oxígeno. Deja el móvil el tiempo de un último abrazo antes de liberarse.

—Gracias —susurra Alice con los ojos fijos en la sonrisa de Emmanuelle—. Gracias por la Nutella, por Bridget Jones y por el cariño-que-sienta-bien.

—De nada, preciosa. De nada.

Emmanuelle se levanta del sofá, se pasa la mano por el cabello enredado. Observa el móvil de Alice, el mensaje de Simon con *La Bohème*, de Aznavour, adjunta.

—¿Está bien el libro? —pregunta para distraerla.

—Hummm.

—¿Y ahora te gusta Aznavour? ¡A mi abuela le encantaba eso!

—Es mi móvil, creo que empieza a fallar, me pone cosas en aleatorio, así. De verdad que voy a tener que cambiarlo —miente Alice.



Emmanuelle no dice nada y se come otra tostada.

—Coge fuerrzas, deberrías hacerr como yo... ¿Cómo te ha dicho el tío del hospital? ¿«Habrá que ser fuerte, señorita»?

Emmanuelle agarra el secador y empieza a desenredarse el pelo a tirones.

## Regla 16

### Las apariencias del optimista engañan

—Es verdad, ¡qué cabrón ese Simon! Así que por eso has venido sola —retoma Béa en la Salpêtrière dirigiéndose a Alice.

—Mi madre deseaba acompañarme. Mi compi, también. Pero yo solo deseaba que viniera Simon.

—Su ¿qué? —pregunta Élisabeth girándose hacia Alice, como sumida en sus pensamientos—. ¿Ha dicho usted Simon, su madre y su quién?

—Mi compi. Mi compañera de piso, si lo prefiere —rectifica la benjamina del grupo ante la mueca de incomprensión de Élisabeth—. Vivimos juntas en Montreuil.

—¿Está en paro?

Ahora es Alice la que no termina de comprender.

El interés de Élisabeth por su vecina acaba de multiplicarse por dos.

—No, no estoy en paro. Soy puericultora en una guardería de París. Espero volver pronto, me encantan mis peques.

—¿Tiene usted un trabajo y no tiene su propio piso? ¿No le da para pagar el alquiler de su propio piso?

Élisabeth parece caerse del guindo.

Alice asiente con la cabeza y precisa:

—Al igual que mucha gente. Somos muchos los jóvenes de mi edad en la misma situación...

Élisabeth lo asimila.

—Al principio era por el dinero —precisa Alice con voz tranquila y pausada—. De todas formas, no podíamos vivir en París, los alquileres son demasiado caros. Y luego, después, se volvió directamente necesario. Es más fácil instalarse, comenzar a trabajar... Y compartir piso es, de verdad... de verdad... —Alice busca las palabras—. Guay.

—¿No sería eso lo que deberíamos hacer en casa, Bernard? —pregunta Élisabeth—. ¿Compartirla con un montón de gente? Nos aburriríamos menos, ¿no?

Bernard de Belœuvre se recoloca al fondo de su asiento de cuero sintético. Está a punto de estallar. O de marcharse. Ya no soporta que su mujer lo reprenda sin cesar.

—Eres verdaderamente imposible, Élisabeth —la regaña con su voz grave.

El frío se instala en la habitación. Nadie se atreve a decir nada. Élisabeth parece haber dado en el blanco. Sonríe.

—Yo comparto piso con mi marido desde hace cuarenta años —declara—. Pero no es «guay», al contrario que en su caso, fijese.

—Ya está bien, Élisabeth. Deja ya eso, ¿quieres? No puedo más con tus jeremiadas y tus humillaciones en público. —Bernard se levanta.

—Ay, cariño, ¿ya te vas? —implora Élisabeth, que junta las manos con impostura.

—No les estoy haciendo ningún regalo —continúa Bernard dirigiéndose a Béa, Sam y Alice—. Se lo juro, es odiosa. Piensa que la he reprimido toda su vida mientras que lo único que he hecho ha sido quererla, simple y llanamente. Pero está claro que hoy estoy de más.

—¡No se preocupe, caballero, se la enviaremos de nuevo en cuanto todo esto termine! —intenta bromear Béa para relajar el ambiente.

Élisabeth se inclina hacia Béa, con el pulgar levantado. Aprecia mucho a su nueva cómplice del otro extremo de la fila.

Bernard trata de bromear a su vez:

—Al contrario, ¡se la dejo con mucho gusto!

—No te doy ni cuarenta y ocho horas solo en la casa —asesta Élisabeth con voz clara, creciéndose por momentos.

—Élisabeth, me exasperas, y delante de estas personas voy a ser educado. Me voy, una vez más. A decir verdad, ni siquiera sé por qué he venido. Ya me habías dicho que me fuera la primera vez. Soy demasiado bueno. Peor para ti. Te las apañará sola para volver.

—Eso es, eso es... ¡Adiós, muy buenas! Cuanto menos te vea...

Su marido se dirige a la puerta, recupera el abrigo, el maletín y, con la revista bajo el brazo, se despide de Alice, Greg, Sam y Béa. Ni una mirada a su mujer.

Apenas ha franqueado la puerta de la sala cuando Élisabeth suspira.

—Ay, ¡por fin! Ya no sabía cómo quitármelo de encima. Se lo juro, no puedo más —confiesa a la hilera de compañeros de quimioterapia.

—En cualquier caso, no se ha andado usted con chiquitas.

—Más de cuarenta años de casados...

Élisabeth agarra el brazo de Alice, sentada junto a ella. Lo aprieta con fuerza.

—Jovencita, se lo suplico, piénseselo bien antes de comprometerse. Tal vez no sea tan malo que su novio la haya dejado.

—Míreme a mí. Mi relación va muy bien —añade Béa—. ¿Mi secreto? Estoy soltera.

Alice sonríe. Pero el recuerdo de Simon todavía taladra el corazón de la joven puericultora. Esta mañana, antes de acudir a la sesión de quimioterapia, Simon le ha enviado un nuevo correo,

sin una palabra, solo tres canciones adjuntas. Una, aquella con la que hicieron el amor por primera vez: *Tiny Tears*, de los Tindersticks. La segunda, de Lhasa, *El Desierto* y su «colibrí», el apodo que él le puso. Y *A Sunday Kind of Love*, de Etta James, la banda sonora de la película que ella le impuso la primera vez que quedaron, *La felicidad nunca viene sola*, con Sophie Marceau y Gad Elmaleh. «¡Socorro!», había estado diciendo Simon de broma durante toda la película, mientras que Alice no paraba de llorar como una Magdalena.

—Piénseselo bien —repite Élisabeth a Alice, que agacha la cabeza y se echa a llorar—. ¡Ay, no! Perdón, perdón...

Élisabeth agarra su bolso Goyard malva decorado con motivos gráficos negros y le tiende un paquete de pañuelos de papel.

—Ay, lo siento, no quería hacerla llorar.

—No es culpa suya. Es... Es... todo esto —dice la joven señalando la habitación en la que se encuentran.

Con naturalidad, Béa, Sam, Greg y Élisabeth acercan sus sillones al de Alice.

Béa le toma la otra mano.

—Todo va a salir bien, todo va a salir bien —le dice para tranquilizarla, con la mano en la suya—. ¿Alice? ¿Es así?

Con un sorbido poco elegante, la joven confirma con la cabeza.

—¿Cómo dice nuestro nuevo amigo? «¡Habrás que ser fuerte!»

Béa trata de imitar al oncólogo tirándose de una bata blanca imaginaria y apretando ligeramente los labios. Al mismo tiempo, estrecha todavía más la mano de Alice, a quien arranca una risa nerviosa.

—¡Ah! ¿A usted también le dijo eso? Así que le dice lo mismo a todo el mundo, ¿no? —observa Élisabeth.

Todos asienten con complicidad.

—No se come mucho la cabeza con eso.

—Al mismo tiempo, ¿qué quieres que diga? Se pasa el día viendo casos desesperados como los nuestros. Estaría cometiendo un error si dijera cosas bonitas. Al menos habla y se le entiende. ¿Cuántas veces he oído historias de médicos que te dicen «Tiene usted cáncer» y basta? O de otros que explican cosas que no se entienden... Y luego, cuando ves la decoración de esta sala, solo puedes llorar —prosigue Béa, claramente en plena forma, que empieza a tutearlos—. ¿Nos queda mucho tiempo aquí?

Élisabeth suelta una risa sonora y calurosa que se contagia a los demás.

—La enfermera no tardará, espero. Empiezo a tener sueño. —Después, volviéndose hacia Alice, añade en un tono de fingida autoridad—: ¡Venga, a secarse las lágrimas, señorita, por favor!

—Todos vamos hacia el mismo lugar, de modo que hagamos agradable el camino —sentencia Béa con una mano en el corazón, como una actriz trágica sobreactuando—. Ayer anoté eso en mi cuaderno mágico.

Trata de sacarlo del bolso, que tiene a los pies.

—Hombre, esto nos saca un poco de las frases de nuestro oncólogo...

—¡Tengo un montón como esas! ¡Cuidado! ¡Si no os portáis bien, os voy a soltar unas cuantas al día! «Aunque no recuperemos el tiempo perdido, podemos decidir no seguir perdiéndolo.» También anoté esta: «La felicidad te mantiene amable, las pruebas te mantienen fuerte, las penas te mantienen humano, los fracasos te mantienen humilde, pero solo la esperanza te hace avanzar, ¡eres tan especial!».

—Va a tener que darle algunas clases a nuestro amigo el oncólogo, de verdad —bromea Elisabeth.

—Escuchad, escuchad...

Béa está de pie ante ellos. Igual de seria que antes. Se concentra, calienta la voz. A Alice le cuesta mostrar entusiasmo, todavía sacudida por los sollozos. Se dice que menos mal que ha caído con estas personas. Sola se habría deprimido aún más. Aquí, con ellos, al menos, sonríe entre dos crisis de lágrimas.

—«Cantad al asno y se tirará pedos.»

—Muy elegante —dice Greg con una sonrisa en los labios.

—¡Un viejo proverbio francés de verdad, sí señor!

—Sí que está bien su cuaderno mágico, vaya —constata Sam.

—Venga, los penúltimos: «Por mucho que cambie el mundo, los gatos no pondrán huevos». O bien, «A reconciliarse no se va con un cuchillo que corte, sino con una aguja que cosa». Me encanta la sabiduría popular africana.

Todo el mundo se queda pensativo.

—Bueno, también anoté «comprar cristales de sosa cáustica, eficaz para desatascar el fregadero», «vaporizar con agua oxigenada las uñas para desinfectar, dejar actuar treinta segundos y enjuagar», pero no creo que eso cuente como citas.

—¡Es verdad que hay de todo en su cuaderno mágico! —ríe Elisabeth.

—¿Qué es exactamente ese cuaderno mágico? —pregunta Greg—. Me interesa...

—En realidad me topé con este cuaderno en mi mesa de trabajo. Soy agente inmobiliaria, tengo mi propia agencia, y suelo anotar todo lo que quieren los clientes que me llaman en unos cuadernos grandes. Tengo un montón. El otro día, estaba esperando a un cliente y me dije: «Mira, escribe sobre lo que te ocurre también, todo lo que se te pase por la cabeza...». Aquello me recordó mi juventud, a cuando llevaba un diario. Es mi diario de vieja colegiala.

Béa les muestra el cuaderno, con sus gruesas líneas azules y rojas.

—Anoto también un montón de cositas, de recuerdos, de recetas de cocina... A mi hija le chifla mi foie gras de Navidad, pero ¿sabrá hacérselo a mis nietos cuando yo ya no esté? He pegado fotos también, con pies de foto; creo que soy la única que queda de la familia capaz de reconocer a una vieja tía o a un primo segundo. No quería que eso se perdiera. También he anotado lo que me gustaría en caso de que ocurriera una desgracia, la gente a la que avisar, etcétera. No quiero ser una carga para mi familia. ¡Y menos para mi hija! Y, además, será un recuerdo para ella cuando ya no esté.

—¡Es una idea genial! —exclama Greg—. Deberíamos hacerlo todos.

Béa de repente parece estar lejos, muy lejos.

No les ha contado todo. No les ha dicho que le gustaría que la enterrasen con el sombrero que heredó de su abuela, un sombrero de campana negro, muy años veinte; que quiere marcharse con un mechón de cabello de su hija y el peluche del niño que tuvo con dieciocho años, antes de Hélène, pero nadie lo sabe. Ni siquiera su hija. Béa nunca se ha atrevido a decírselo. Prefiere escribirlo todo en su cuaderno verde.

—Y ustedes, señores, ¿no dicen nada?

Alice se ha enjugado las lágrimas, teclea en su teléfono a diestro y siniestro. Béa ha adelantado su sillón para formar un círculo. Élisabeth ha hecho lo mismo, ayudada por Greg.

—Ay... pues nosotros... —farfulla Sam—. Aquí el señor quería un préstamo —dice mirando a Greg con mucha atención—, ¡y me tomó en usufructo! No, fuera broma, soy banquero, él es florista. Y nos queremos. Le he prometido que, si salgo de esta, nos casaremos. Así de sencillo.

—¡Jolín, con eso sí que subís el nivel! —exclama Béa con una carcajada.

Greg se acerca al sillón y se pone de rodillas.

—¿Quieres casarte conmigo? —pregunta solemne y teatral.

—¡Ay, venga ya, para! —bromea Sam.

Alice vuelve a coger el pañuelo de Élisabeth, que anda rebuscando en su bolso.

Béa no mueve una pestaña.

Sam continúa.

—Todos los días me monta el numerito —confiesa con hastío—. ¡No os preocupéis! Yo no quería casarme, y mucho menos hacerme pareja de hecho, pero Greg SUEÑA con una gran boda... Es su lado ñoño. Así que desde que nos enteramos de mi enfermedad y le prometí que lo haríamos, me pide la mano todos los días. Se está convirtiendo casi en una rutina.

Sam trata de acariciar la cabeza de Greg, que esquivo su gesto.

—Pues qué rutina más bonita —observa Béa.

—No hemos encontrado una mejor manera de declararnos nuestro amor a diario —confirma Greg.

—¿Cómo supiste que era el amor de tu vida? —pregunta Alice sin pensar, tuteando a Sam al

mismo tiempo, sin darse cuenta.

Sam no parece molesto por las confianzas de Alice, más bien al contrario.

—Es una locura —reanuda—. Ocurrió en el preciso momento en que entró en mi despacho. Vi su silueta en el marco de la puerta y supe que era él. Es de locos, ¿no?

—Yo tuve un presentimiento aquella misma mañana antes de que nos conociéramos —precisa Greg—. Incluso le había hecho un ramo... No me digáis que no es raro llegar al banco con un ramo de flores.

—Llegó a mi despacho y se plantó allí, tieso como un palo, guapo como un dios, con el ramo de flores en la mano y sus tirantes de rayas azules y blancas. Caí rendido. En el acto. Bueno, no os voy a mentir, al mismo tiempo estaba preocupadísimo: «¡Vaya! ¡Espero no haberme vestido de cualquier forma, ir bien peinado, no tener alguna mancha en el cuello de la camisa!».

—Entonces ¿lo supiste enseguida? —le tutea Alice.

—Enseguida —exclaman al unísono Sam y Greg, lo que provoca una sonrisita en Alice.

La primera vez que se ríe desde que estamos aquí, piensa Sam.

Qué bonito, siempre dicen lo mismo y al mismo tiempo, constata Alice divertida.

—A mí me pasó igual con Simon —exclama ella con voz soñadora.

Élisabeth observa a Alice. Dan ganas de abrazarla, de reconfortarla. No entiende cómo su novio ha podido abandonar a una chica tan guapa como ella. La nariz fina y las pestañas tupidas dan profundidad a su mirada. Parece preocupada, pero puede dejarse engatusar con facilidad, como el gato que da vueltas varias antes de saltar sobre unas rodillas desconocidas. Miedosa, pero no rebelde. Élisabeth siente de inmediato una gran afinidad con la benjamina del equipo y ganas de estrecharla en sus brazos, de protegerla.

—Hay que dejarlo marinar un poco a tu Simon —aconseja Béa.

Béa suelta una carcajada. Los presentes la observan divertidos.

—Déjalo que vuelva a ti. No sirve de nada adularlo ahora. Déjalo, ya verás... Volverá. Estoy segura. Todos son iguales, ya sabes. Al principio piensan que ahí fuera encontrarán algo mejor y luego se acuerdan de hasta qué punto era mejor contigo. Es inevitable. Así que, sobre todo, un consejo, NO HAGAS NADA. Siempre he actuado así con mis parejas. Y mira el resultado.

Béa se pasa la mano con un movimiento admirativo a lo largo del cuerpo.

—Totalmente de acuerdo con usted —la apoya Élisabeth—. Yo debería haber seguido sus consejos hace tiempo, Béa. Dígame... Es gracioso, pero tengo la sensación de que nos conocemos desde hace siglos y por fin nos encontramos.

—¿Y si nos tuteamos todos? —se pavonea Béa, feliz por este acercamiento.

—Buena idea —concluye Sam—. Qué graciosos estamos, así, todos juntos en círculo en nuestros sillones reclinables, con las piernas en alto sin hacer nada, hablando del amor, con estos vasos de comedor de colegio en la mano. Me recuerda a mi infancia. En el puerto había siempre

unas abuelitas sentadas en un banco arreglando el mundo... Se quedaban allí durante horas. Por la mañana, al mediodía, por la tarde, ¡tenía la sensación de verlas todo el tiempo!

—Pues bien, ahora te toca a ti, cariño —lanza irónico Greg.

—Es verdad que somos un auténtico ramillete de... —Sam busca las palabras— ¡de optimistas!  
—exclama de pronto.

—Sí, ¡eso es! ¡Declaro oficialmente abierto el «club de los optimistas»! —anuncia Béa.

Béatrice se acerca y hace como si fuera a chocar sin ruido su vaso contra el de Sam. Greg, Élisabeth y Alice se aproximan para hacer lo mismo.

—¡Por el club de los optimistas! —declaran al unísono levantando sus vasos.

—Yo iría más lejos aún —añade Béa brindando de nuevo—: «Todos para uno y uno para todos. Si de cáncer he de morir, ¡como prócer habré de vivir!».



## Regla 17

### Optimista un día, optimista toda la vida

—Parece que estemos junto al mar. Tienes razón —reflexiona Béa, tumbada en su sillón con los ojos cerrados.

—Pero sin el mar —responde Sam al instante—. Abre los ojos Béa, ¡ya verás!

Béatrice suelta una risotada.

Alice ha vuelto a ponerse los auriculares y se ha acurrucado a un lado del sillón. Siguen en la misma sala de hospital esperando a que empiece la primera sesión de quimioterapia, con los sillones en círculo.

—Puedo imitar las gaviotas si queréis —propone Greg.

—¿Vamos a esperar mucho tiempo todavía este tratamiento? —se impacienta Élisabeth con los pies cruzados y las manos detrás de la nuca, cuando Élodie, la enfermera coordinadora, entra en la habitación.

—Vaya, vaya, ¿qué pasa aquí? ¿Qué es esta secta? —bromea.

Sam y Greg están haciendo el tonto con las pelucas de Béa, pero muy serios, con el corte *flapper* negro jade de Béa en la cabeza.

—¡No es una secta! ¡Es un club! El club de los optimistas, señorita —declara Béa solemne—. Precio de la entrada: un cáncer mínimo. A excepción del señor —Béa señala a Greg—, que tiene enchufe. Parece que se ha acostado con alguien —susurra con la mano delante de la boca, en sordina.

Élodie, la enfermera, se parte de risa.

—¡Esté tranquila, joven! ¡Puede crearse un «club de los optimistas» en cualquier ocasión! No importa dónde ni cuándo. Es sobre todo un estado mental: tomarse la vida a la ligera cuando las cosas no pueden ir peor. Anda, me están dando ganas de lanzar una «Asociación del Club de los Optimistas» de todo el mundo —precisa Béa, envalentonada.

—Ay, ¡qué gusto ver a gente como ustedes! Mantengan la moral. Es esencial. No es fácil, lo sé... Pero inténtenlo de todos modos.

La enfermera hace una pausa y los observa con expresión afectuosa.

—Parece que estuvieran en una playa, en sus tumbonas, mirando al mar.

—Pero sin el mar —responde de nuevo Sam, imperturbable, los ojos medio cerrados ahora.

—Si pudiera decirnos, joven —pide Béa—, cuándo empieza exactamente el tratamiento, la haríamos miembro honorario de nuestro club.

—He venido justo por eso —responde ella con la voz grave de nuevo—. Les falta un fármaco a cada uno. La farmacia central no ha podido entregárnoslos. No deberían tardar, pero Dios sabe cuánto queda. La penuria en los hospitales no es por desgracia ninguna leyenda.

—¡Ay! —exclama Élisabeth circunspecta.

Alice, que estaba en posición fetal en su asiento, se levanta. Béa pregunta:

—¿Tenemos que quedarnos aquí a esperar?

—No, pueden salir. No creo que nos sea posible empezar antes de la comida. Estén localizables y no se vayan muy lejos.

—Sueño con una Vichy Célestins bien fría. No será como en un centro de talasoterapia, pero es un buen comienzo. ¡Venga, invito a una ronda! ¿Quién se viene? ¿Vamos a tomar algo justo enfrente del hospital? —propone Béa.

—Por qué no. También dan de comer. Al pasar he visto que ponen puré de patata con queso — replica Greg.

—Decidido: aligot-Vichy —resuelve Béa—. ¿Todos de acuerdo?

El entusiasmo comunicativo de Béa parece tener sus límites. Sam sondea a Greg con la mirada. Las ojeras le marcan el rostro. Sam solo desea una cosa: volver a casa, acostarse y esperar la próxima cita que le fije el hospital. Tiene la sensación de arrastrar su cuerpo como un grillete. Greg le dirige una sonrisa tímida. A dondequiera que vaya, haga lo que haga, Greg sigue ahora a su novio como una sombra, entregado a un cometido que tiene la esperanza de lograr junto a él. Élisabeth, por su parte, solo escucha a medias. Está absorta tratando —en vano— de enviar un mensaje a su marido desde el móvil último modelo que todavía no ha conseguido hacer funcionar.

—Yo no quiero molestar. Voy a dar un paseo —continúa Alice.

—Ah, no, no vamos a dejarte sola —exclama Béa—. Tienes que recuperarte. ¿Has visto lo delgaducha que estás? No, no, no, tú te vienes con nosotros y punto. Dar un paseo... Pero ¿eres una verdadera optimista o no?

Alice esboza una sonrisa tímida.

—Vale, de acuerdo, aunque no quiero molestar —decide Alice.

—¡No molestas! ¿A quién molestas? Todos estamos aquí para lo mismo.

Béa se acerca a ella y le susurra algo al oído, luego la zarandea por los hombros. Alice sonrío de oreja a oreja.

—Eres una chica guapa, con un montón de vida por delante, vas a salir de esta. ¡Atrévete a todo, bonita! No hay que tirar la toalla. Venga, venga, venga. Vamos. Hasta luego, joven. Si nos busca, estamos justo enfrente.

Béa se despide de la enfermera y dirige a su peculiar tropa por los pasillos del hospital. En otra vida, Béa podría haber sido jefa de tropa de los scouts. Nada ni nadie se le resiste.

## Regla 18

### El deseo del optimista todo lo vence

Alice, Sam, Greg, Élisabeth y Béatrice están sentadas al fondo de La Marinette, un café restaurante situado justo delante del hospital.

—Era el nombre de la prometida del dueño. Lo dejó por otro, por no ser lo bastante elegante para ella. Así que el patrón, para vengarse, cuando compró este local, se juró no hacer nada más que platos consistentes, tripoux, pieds paquets, aligot, trufada, callos... «Vas a ver si soy elegante para ti», dijo. Y, desde entonces, La Marinette solo sirve platos de lo más... calóricos —explica encantado el camarero.

—Creo que ella recibió un buen castigo —concluye Greg distraído, sumido en la lectura de la revista *Voici*.

Élisabeth se fija en que se trata del mismo ejemplar que había estado ojeando ella unos días antes en Urgencias.

—Pero tendrán ustedes al menos Vichy Célestins, ¿verdad? —se inquieta Béa, comedida, dirigiéndose al camarero.

—¡Por supuesto! ¡La digestión es importante, señora mía! —responde este con un guiño de regalo.

—Magnífico. Un aligot, un entrecot poco hecho y una Vichy Célestins para mí, entonces —pide Béa.

—Para mí lo mismo —prosigue Sam.

—¿Qué es el aligot? —osa preguntar Alice

—¿Cómo explicarlo...? —Béa se lo piensa.

—No preguntes. Pídelo —responde Sam categórico.

—No soy de mucho comer y como muy despacio, os aviso. ¿No hay problema?

—Está pensado justo para emplumar a los gorrioncillos como tú.

—Un aligot, pues. Pero ¿me juráis que me ayudaréis si no consigo terminarlo?

—No hay problema.

Greg pide pieds paquets, y Élisabeth, morro de cerdo a la vinagreta.

—No me imaginaba que todavía existieran restaurantes así.

Élisabeth observa todo a su alrededor. Es tan diferente de su mundo, de esos salones de té asépticos con precios desorbitados y porciones miserables... Se siente como si estuviera en el extranjero.

—¡Me encanta! —concluye—. Y me ha entrado el gusanillo con su Vichy. Póngame una a mí también.

—Tres —añade Sam.

—Cuatro —continúa Greg.

—Bueno, pues cinco —termina Alice.

—Desde luego, con eso no nos vamos a emborrachar. Al menos estaremos más fresquitos para la puñetera quimio. Y no lo olvides, Élisabeth: ¡TU Vichy!

—Lo conseguiré. —Élisabeth sonríe.

—Pero ¿de dónde te viene ese interés por la Vichy Célestins, Béa? —pregunta Sam apenas se marcha el camarero—. Tienes que explicárnoslo.

—Me encanta la talasoterapia. Es mi placer oculto, y el de mi hija, Hélène, la que habéis conocido: marcharnos un fin de semana, una semana, a embadurnamos de barro y que nos soben por todas partes, ¡me encanta! Bueno, también fue en Vichy donde...

—¿Donde qué?

—Que fue en un centro de talasoterapia donde no solo conocí al padre de mi hija, sino que también concebí a Hélène. ¡Todo de golpe! ¡Llegar y matar! ¡Pum! ¿Me juráis que me guardáis el secreto? No lo sabe ni Hélène. Por eso cada vez que me tomo una Vichy Célestins me acuerdo de aquel momento especial... Prometido, ¿eh?

Todos asienten con la cabeza con aire de connivencia. Parece que acabaran de confiarles el código nuclear. El camarero trae las Vichy Célestins.

—Os he contado un secreto. Venga, ahora vosotros. Será el pacto de nuestro club.

—Buena idea —continúa Sam—. Venga, yo me lanzo. Yo no he vuelto a ver a mis padres desde que vivo en París. Ni siquiera conocen a Greg. Los echo muchísimo de menos.

Greg le coge la mano.

Nadie dice nada ni lo juzga. La conversación se ha vuelto seria de golpe. Los cinco se escuchan religiosamente. Solo se oye la pajita de Béa, que araña el fondo de su vaso.

La emoción entre ellos es palpable.

—¿Te gustaría volver a verlos? —se aventura Béa.

—Muchísimo. Pero no sé si ellos quieren. Podrían haberme llamado, escrito... Ni siquiera mi hermano, ni mi hermana... He intentado llamarlos, pero cada vez que digo: «Hola, soy Samuel», me cuelgan en las narices.

Élisabeth meneaba la cabeza y se desespera al oír los detalles.

—¿Y siguen viviendo en el mismo sitio? ¿Dónde vivías tú?

—En Saint-Malo. Creo que siguen allí, sí.

Sam se vuelve hacia Alice como si le dijera «te toca».

Sentada en medio de los comensales, Alice mira a derecha e izquierda y toma una gran bocanada de aire.

—Yo no tengo secretos —declara—. Pero sé que sueño con tener un hijo con Simon. Y todavía lo quiero, aunque mi compi Emmanuelle me diga que es un cabrón por haberme dejado. —Los ojos se le llenan de nuevo de lágrimas.

Élisabeth le pasa el brazo por la espalda y la estrecha fuerte contra sí.

—Pues bien, yo no he tenido hijos con mi marido —anuncia Élisabeth con tono seco—. Bernard no podía, y yo, tampoco. Se mató a trabajar para llenar ese vacío, para ofrecerme todo lo que yo quería, pero nada ha podido compensar eso nunca.

La voz de Élisabeth está presa de la emoción. Su rostro permanece inalterable. Se nota que se concentra para no dejarse llevar por los sentimientos.

—Me gustaría mucho tener una hija o un hijo al que abrazar así. —Intensifica el abrazo a Alice, que le devuelve el gesto con ternura—. Es duro llegar al final de tu vida y decirte a ti misma que a lo mejor te lo has perdido todo. ¿Amé a Bernard? No lo sé. Hoy ya no estoy segura. Es este cáncer lo que me ha abierto los ojos. Me pregunto si me equivoqué al quedarme con él de joven. Y no tener hijos en una sociedad como la nuestra puede ser duro a veces. Muy duro.

—A quién se lo vas a decir —replican Sam y Greg al mismo tiempo con una sonrisa cómplice.

—¡No sabía que la Vichy Célestins tuviera este efecto! ¡Deberías habernos avisado, Béa! —bromea Greg con el vaso en la mano—. ¡Ya no sé si beber!

Los cinco miembros del club se ríen alegremente.

—¿Por qué piensas que te equivocaste? —pregunta Sam a Élisabeth.

—Yo quería a otra persona. Un hombre magnífico, fuerte, valiente, divertido... Pero su familia no estaba a la altura, según mis padres. Además, era más joven que yo. Casi ocho años de diferencia. Aquello en mi casa no lo aceptaban. Cuando se marchó para hacer el servicio militar, me llamaba, me decía que me quería, pero mi padre aprovechó para presentarme a Bernard: me... obligó a casarme con él. Sí, se puede decir así. Y, de la noche a la mañana, mi enamorado no quiso volver a verme.

—¿Y tú no trataste de volver a verlo a él? —se aventura a decir Alice.

—No, yo conocía su carácter íntegro. No debió de aceptarlo. Se lo tomaría como un fracaso. Pero yo no tenía la culpa de nada. A Bernard enseguida lo trasladaron al extranjero, yo paré mis estudios de Derecho, lo seguí y lo dejé todo.

—¿Sabes dónde vive?, ¿si... vive todavía? —se atreve a preguntar Béa.

—No. No sé nada. Sí que me llegaron algunas cartas después de mi boda, por el nacimiento de su primera hija, de la segunda y de la tercera. También me anunció el deceso de su mujer, su

traslado al sur de Francia. Todas escritas a máquina. Como si se sintiera obligado a informarme. También me reconoció que con el tiempo había dejado de guardarme rencor. Yo me mordía los labios al leerlas: ¿guardarme rencor por qué? ¡Yo no había tenido nada que ver! ¡No era culpa mía! Conservo todas sus cartas con gran cariño en una caja en casa. Me ha acompañado todos estos años. Lo típico de las mudanzas es que se pierdan un montón de cosas, pero esa caja ha estado siempre conmigo. Como si fuera un talismán. Tú tienes tu cuaderno verde, Béa, y yo, mi «buzoncito». No sé cómo...

Élisabeth se interrumpe, recupera la respiración.

—Se llamaba Marc. —Titubea y luego prosigue—: Se llama, creo que sigue vivo, Marc Hautefeuille.

El rostro de Élisabeth se crispa al pronunciar el nombre de su enamorado.

—En cualquier caso, siempre daba con la dirección del país en el que vivíamos para escribirme. Era un hombre muy apuesto. Si lo hubierais visto... Un hombre guapo —continúa, sumida ahora en sus ensoñaciones—. Me sentía bien en sus brazos. Era musculoso, muy musculoso. Hacía mucho deporte. Un poco como tú, Greg.

—¡Para! ¡Vamos a arrepentirnos de no haberlo conocido antes! —ríe Sam.

—Es una locura, pensar que os estoy hablando así. Nunca le había contado todas estas intimidades a nadie. Es muy agradable que te escuchen sin que te juzguen, ¿sabéis? Gracias.

Su público le sonrío con indulgencia. Ella comprende que nunca se ha confiado de verdad a sus amigos. De hecho, ¿alguna vez ha tenido amigos de verdad?

—Yo nunca he formado parte de un club... ¡Sí! Cuando era pequeña. Un club de playa. Éramos unas niñas. Fue en Saint-Brévin-les-Pins. Debía de tener doce años. Pero no creo que me sintiera tan cómoda como con vosotros. —Élisabeth se relaja.

—¿Ya tenías el pelo de dos colores cuando salías con Marc? ¿El pelo de dos sabores? ¡Como esos chicles de siempre, los Malabar! Me encantan los Malabar...

—Búrlate, grosero. ¡Tenía el pelo largo! ¡Lo llevaba suelto! ¡Hasta las nalgas! ¡Era mayo del 68! Mi madre lo odiaba. Y a mí... a mí me encantaba que a ella no le gustara.

Élisabeth se detiene.

—Es raro, os tuteo a todos, yo que no tuteo a nadie; os cuento mis secretos, yo que nunca se los he contado a nadie. Me siento bien. En el lugar perfecto en el momento perfecto. No es lo normal cuando te acabas de enterar de que tienes cáncer. Me estoy descubriendo a mí misma. Me siento diferente. Y, para seros completamente sincera, creo que este club de los... optimistas, ¿es eso?, me va fenomenal —añade mostrándoles su tez—. ¿No creéis? Siento que rejuvenezco —insiste—. Que revive...

Empieza a sonar el teléfono de Béa. La mesa vibra con la voz de Johnny Hallyday.

—Lo siento, no he encontrado nada mejor para oír el timbre del móvil. —Béa se ríe sola y,

mientras coge el teléfono para contestar, se apresura especificar—: ¡Y me encanta Johnny! ¡Es mi ídolo! ¿No os lo he dicho?

A todo el mundo le hace gracia, y Béa, acostumbrada, escucha el teléfono con la mano izquierda por encima de la boca, cerca del micrófono, para evitar el alboroto del restaurante.

—No. ¿Está de broma? —exclama a su interlocutor—. ¡Ay, pero qué penosa es esta historia! ¿Una semana? ¿Me lo asegura? ¿Dice que una semana? ¿Me llamará? Vale.

Ahora los comensales están concentrados en la llamada de teléfono de Béa.

—Era la enfermera coordinadora. Los fármacos que habían encargado no los van a poder entregar antes de una semana. No quieren remplazarlos por otros, sería demasiado peligroso. Espero que no les pase esto con todo el mundo. Me ha jurado que es rarísimo. ¡Nos lo creeremos! Os va a llamar a todos para avisaros, imagino. De hecho, quizá no debería habérselo dicho.

En ese momento, empieza a sonar el teléfono de Sam. Este se levanta y se aleja antes de descolgar. Alrededor de la mesa, los semblantes se ensombrecen, las miradas se vuelven gachas; y los hombros caídos de unos y otros, salvo Alice, a la que Élisabeth abraza con más fuerza, revelan la decepción de todos.

—Nos van a dar analgésicos mientras tanto.

Sam vuelve a la mesa.

—¡Ea, pues, una semana de prórroga! ¡O de supervivencia! ¡A elegir!

Ante la expresión abatida de sus nuevos amigos, Béa coge su smartphone, teclea, observa, levanta la cabeza, pone cara de interrogarse, teclea de nuevo y luego, con dos dedos, amplía distintas imágenes sobre la pantalla ante la mirada atónita de Élisabeth. Greg y Sam la observan en silencio. Alice termina su plato. En la cara de Béa se refleja ahora la sonrisa triunfal de una mocosa que hubiera acabado de planear su próxima travesura.

—Dime, Sam, tus padres viven en Saint-Malo, ¿no?

Sam indica que sí con la cabeza.

—Y tú, Élisabeth, ¿dónde vives?

—En Yvelines, en el valle de Chevreuse.

Béa termina de construir el itinerario en su cabeza.

—Justo lo que yo pensaba. ¿Sabéis qué? Tengo una idea, aunque os parecerá una locura. Tenemos una semana de permiso. Pues bien, os invito a todos a un centro de talasoterapia en Saint-Malo. Solo se vive una vez, después de todo, así que hay que aprovechar. Yo nunca he ido a ese y parece que está genial. Recogemos el «buzoncito» de Élisabeth para que tenga algo que leer delante del mar (pilla de camino, ¿no?), y además tienes que avisar a tu marido, ¡el pobre! ¡No puedes dejarlo en ese estado sin una explicación! Tú le explicas tranquilamente que te han aplazado la quimio, que necesitas tomar el aire... Mira, ¡tengo una idea! Solo tienes que decirle que has estado pensando y que tiene razón. Que estás divagando desde que te anunciaron tu



enfermedad y que, por el bien de los dos, y blablablá, aprovechas la ocasión... Que te han invitado a una estancia en un centro de talasoterapia y que eso solo os puede sentar bien. Seguro que lo comprende.

—En eso, Béatrice, se nota que no conoce usted a mi marido. ¡Va a quitarle lo que más quiere!

—¡Deja de hablarme de usted!

—Perdón, es que es automático —se ríe Élisabeth, divertida a todas luces por la idea de la escapada y por el entusiasmo de su nueva amiga.

—¿Sabes?, a los tíos, ¡no hay que pedirles demasiado su opinión! ¡Tú lo haces, ellos protestan y luego te dan las gracias! Así podrás coger tus cosas para el centro de talasoterapia. De modo que, resumiendo, pasamos a por las cosas de todos. Yo ya tengo lo que necesito conmigo. Me había traído el neceser y algo con lo que sobrevivir varios días por si acaso. Soy siempre muy precavida. De camino a Saint-Malo, hacemos una visitilla a los padres de Sam (Greg, deja la *Voici*, te vienes con nosotros) y, ¡ya está!, a disfrutar del mar, los chorros de agua, los baños de algas... Hummm... Ya me estoy viendo. ¿Qué decís?

Béa tiembla en el asiento de los nervios que le produce la idea, mientras estira el aligot casero en el aire con el tenedor antes de zampárselo. Parece encantada con su propuesta tan súbita como insólita.

—¡Ya está! —bromea Sam imitándola—. ¿Y nosotros?, ¿no cogemos nuestras cosas?

Béa se frena, preocupada.

—¡Pues claro que sí! Alice, ¿dónde está tu Simon?

—No sé. Tenía que irse a Asia. Pero, según las últimas noticias, al parecer ya no se va.

—Mira, no vas a quedarte ahí deprimiéndote durante mil años. ¿Quieres darle una oportunidad? Mándale un mensaje: «Si eres hombre, reúnete conmigo en Saint-Malo», algo por el estilo.

—No va a entender nada.

—No importa. Al contrario. Y, no te preocupes, si te quiere, vendrá.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que estoy segura.

—Sin embargo, tenemos que pasar a buscar a Elvis —dice Alice.

—¿Y quién es ese?

—El gato de Emmanuelle, mi compi de piso. Tenía que cuidárselo porque se va de vacaciones esta semana.

—No hay problema. Nadie es alérgico a los gatos aquí, ¿no? —pregunta Béa dirigiéndose al foro—. De todas formas, cuantos más, mejor... ¡Ay, estoy impaciente por esta pequeña talasoterapia! ¡Nos va a sentar estupendamente!

Béa aplaude con frenesí.

—¿Alguien tiene coche?

Nadie se manifiesta.

—¡Unos verdaderos parisinos, vaya! Venga, reservo uno. ¿Cuántos somos? —Los cuenta rápidamente—: Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Somos cinco y el gato. Venga. Llamo.

Béa coge de nuevo el móvil, teclea y se explica:

—Hay una agencia de alquiler de coches justo enfrente. Con mi tarjeta de crédito tengo puntos de fidelidad y acceso a coches de lujo. ¿Nos cogemos un cabriolet, queridos? Me encantan los coupés Mercedes, pero ahí vamos a estar un poco apretados los cinco. El Audi TT cabriolet también me gusta. ¿Os apetece?

Todos la observan atónitos. Está desatada.

—Está claro que tengo que beber más Vichy Célestins —bromea Greg—. Se acabó la cocaína. Se lo voy a decir a mi camello.

Béa no parece oír los comentarios de Greg, completamente abstraída en su idea.

—Voy a preguntar qué coches tienen en reserva.

—Venga... ¡A que no os atrevéis! ¡Vámonos! —bromea Sam, y echa una mirada a Élisabeth y a Alice.

Élisabeth sonríe.

—Yo quería que ocurriera algo en mi vida. ¡Pero esto es demasiado, la verdad! —Reflexiona—. Después de todo, no puede ser peor que esos viajes con las mujeres de los embajadores y los téis interminables que tomábamos sin conocernos de nada. ¡Al menos nosotros tenemos un cáncer en común!

—¿Alice? —pregunta Sam.

—De acuerdo. Si nos llevamos a Elvis, sí. No he estado en un centro de talasoterapia en mi vida. No estoy segura de que sea lo mío, pero quedarme aquí, sin mi compi, sin Simon, en casa de mis padres...

Béa cuelga.

—Estupendo, ¡oigo buenas decisiones por aquí! ¡Qué alegría! Es que tengo oídos por todas partes. Todo listo. He hecho la reserva. La agencia está justo enfrente de la estación de Austerlitz. ¡Venga, en marcha! Vámonos. ¡Terminos el plato, que nos marchamos!

El camarero de La Martinette observa al alocado grupo salir de su restaurante a toda velocidad. Repasa la cuenta por si lo han timado. Béa los ha invitado a todos. Ha dejado una propina de diez euros. El camarero se promete contar más a menudo la historia del lugar, aunque se lo haya inventado de principio a fin. Siempre funciona.

## Regla 19

### El hábito no hace al optimista

—¿No habías dicho que reservabas un cabriolet? —pregunta Greg.

Todos han vuelto a pasar por el servicio de gastroenterología para recoger sus recetas y sus medicinas para el dolor, a falta de algo mejor, y ahora están delante de la agencia de alquiler de coches.

—Sí, ¿por qué?

—Pues porque creo que tenemos un problemita.

Béa mira a Sam, que sale a su vez de la agencia.

—Aquí tienes las llaves de tu bólido.

Sam se parte de risa.

Élisabeth trata de comprender; Alice, también.

—Pero... ¿qué es este despropósito? ¡Yo he pedido un Audi TT cabriolet!

—Tendremos que contentarnos con una furgoneta Kangoo modelo familiar, querida Béa. Y me parece que el amarillo pollo va muy bien con tu tez —declara Sam no sin ironía.

Élisabeth y Alice estallan de risa. Greg y Sam las imitan.

—Pero ¿eso funciona?

—Qué esnob eres, Béa —dice Sam divertido.

—Deja, Béa, yo fui conductor de un autobús escolar de joven. Esto me va a traer recuerdos. — Greg le quita las llaves a Sam y se introduce de un salto en la furgoneta. Parece un Playmobil atrapado en un coche Lego en miniatura. El cráneo afeitado le roza el techo; por la ventana solo se le ven la sonrisa blanca, el polo negro Fred Perry y los musculosos bíceps.

Sam, Alice y Élisabeth lloran de la risa. A Béa empieza a pasársele el disgusto.

—¡Venga, chicos, estamos locos, pero allá vamos! —exclama Greg por la ventana—. Primera parada: nuestro piso, si nos lo permitís, que yo no me había traído nada. Es el que está más cerca. A continuación, Montreuil. Y recogemos a Elvis.

Todos saltan adentro.

—Por favor —dice Sam cediendo su sitio al lado de Greg a Élisabeth.

—El asiento de la muerte, ¡lo que faltaba! —bromea esta, que se sube a pesar de todo.

Béa, detrás, no termina de relajarse.

—Vais a ver el formulario de satisfacción de la empresa de alquiler, ¡lo voy a dejar precioso!  
—masculla.

—Venga, Béa, no te preocupes, no pasa nada, ¡si es hasta gracioso! —dice Sam sentado en medio, entre ella y Alice. Las toma a las dos entre sus brazos y les planta a cada una un gran beso en lo alto de la frente.

Béa se queda perpleja. Eso mismo hacía su padre con su hermana y con ella cuando eran pequeñas. Murió cuando tenía nueve años. Se acuerda de aquel abrazo, de aquel beso, que no habían vuelto a darle hasta ahora, y de la canción de Poulenc. Soñadora, mira a Sam a los ojos. Es curioso que haya que esperar a encontrarse con unos perfectos desconocidos para reencontrarse con el pasado.

—¿Qué pasa? ¡Cualquiera diría que has visto una aparición!

—Nada, nada. —Enseguida se recupera—. ¿Tiene GPS por lo menos?

—No querrás que nos ponga un café también, ¿no?

Béa echa pestes.

—Pero no te preocupes, tengo todo lo necesario.

Sam tiende el móvil a Greg, que lo conecta a una especie de pinza enchufada al mechero del coche.

—¡Tachán! Ya tenemos un bonito GPS —anuncia Greg.

Introduce la dirección de Montreuil.

—Luego te indico por dónde pasar —dice Alice—. Conozco algunos atajos.

Treinta minutos más tarde, Alice, Greg, Sam, Béa y Élisabeth han hecho la primera parada en casa de Sam y de Greg y llegan a Montreuil. Salen algo aturdidos de la furgoneta.

—Digamos que tu conducción es... deportiva —declara Béa con la mano delante de la boca.

—Ah, sí, no os lo he contado. Además de conductor de un autobús escolar, también fui piloto de Fórmula 3.000. No solo me gustan las flores... También me gustan los boliditos.

—Sí, bueno, pero esto no deja de ser una Kangoo, cariño. —Sam lo coge por el hombro.

Observan la calle con edificios de gastadas piedras rojas a un lado y otro.

—Entonces ¿es aquí donde vives? —pregunta Élisabeth a Alice un poco sorprendida, con la cabeza pegada a la ventanilla de la furgoneta.

—Sí, ¿no te gusta?

—Cómo decirlo...

Élisabeth observa la tiendecita de alimentación del bajo del edificio de Alice, que vende unas frutas que no ha visto en su vida. Algunas se encuentran, incluso, en avanzado estado de

putrefacción. Delante de los estantes, una mujer con un caftán azul eléctrico y un niño enganchado a la espalda, elige entre los distintos montones.

—Es cuando menos... exótico.

—No, es Francia, Élisabeth —declara Béa acudiendo a su rescate—. Digamos que no debe de haber mucho de esto en el valle de Chevreuse.

—No, no realmente. Tienes razón.

A Béa le gusta el contraste entre Alice y Élisabeth, el encuentro de lo popular con lo burgués.

—Pero quiero conocerlo, ¿sabes? —trata de justificarse Élisabeth.

—Y eso que vivo en un barrio que no está mal. Al noroeste de la ciudad todavía queda gente viviendo en chabolas. En invierno colaboro con el Socorro Popular.

—¿Chabolas? ¿A veinte minutos de París?

—Exacto. Justo al lado de la A86, con techos de chapa y paneles de madera. Hacen fuego para calentarse. Solo tienen una toma de agua y cogen la electricidad de donde pueden... Es superpeligroso.

—¿Y nadie dice nada?

—¿A qué te refieres? Nos levantamos cada día para ir a trabajar, volvemos, estamos agotados, ganamos una miseria... Hay que tener tiempo y dinero para rebelarse.

—Tienes razón —reconoce Élisabeth, ya en el vestíbulo del edificio de Alice—. Te acompaño a por tu gato.

—Os esperamos aquí —dice Sam, abrazado por Greg, junto a Béa.

Alice y Élisabeth suben los escalones de dos en dos.

Alice entra la primera en el piso.

Élisabeth la sigue. Observa las distintas habitaciones, sin decorar, sin muebles, prácticamente sin nada, aparte de un gran sofá, un puf, una mesa y una alfombra en el salón. En el cuarto de Alice, pósters grandes en las paredes. Uno es el cartel de la película *El país de las maravillas*.

Alice se fija en la mirada insistente de Élisabeth sobre el cartel mientras busca a Elvis.

—¿Conoces la película?

—No, ni siquiera había oído hablar de ella.

—A mí me encanta. Obtuvo un premio en Cannes. Es la historia de un padre, de sus hijas, de la Toscana, de la vida autárquica con la miel que recolectan... y del sueño de una vida distinta para sus hijas. Me hizo pensar mucho tiempo. Me encantó. El sueño, la utopía, la realidad, todo se mezcla. Como tú dices, Élisabeth. Un poblado de chabolas a veinte minutos de París es posible. No es un sueño. Es la realidad.

Élisabeth tiene el corazón en un puño. Se acerca a Alice y la abraza con fuerza. No sabe qué le pasa. La invade una necesidad nueva de estrechar a la gente en sus brazos. Se sorprende a sí misma. La enfermedad le da alas. Se está liberando. Tiene la extraña sensación de haberse

retenido demasiado tiempo y, ahora, necesita salir. Deja exteriorizar sus sentimientos, corriendo el riesgo de ser torpe, pero a Élisabeth le da igual. Siente las cosas. ¡Por fin! Se separa de Alice y clava sus ojos en ella.

—Tengo casi tres veces tu edad, pero pareces mucho más madura que yo, Alice. Aunque esta mañana no te conocía, creo que tienes un alma hermosa. Me habría encantado tener una hija como tú.

—Para, ¡vas a hacerme llorar otra vez!

—Si hubiera tenido una hija, me habría encantado que fuera como tú.

Élisabeth siente un fuerte amor, un sentimiento generoso por esta joven, más que por los otros miembros del grupo heteróclito que forman.

—Gracias, Élisabeth. Tú también eres especial.

Alice coloca a Élisabeth un mechón de cabello en su sitio, resaltando así su rostro bronceado, sin maquillaje, lavado. Se permite este gesto de gran ternura hacia Élisabeth. También en ella se están rompiendo barreras. Ambas mujeres tienen los sentimientos a flor de piel, las lágrimas empañándoles los ojos. Élisabeth y Alice se abrazan fuerte, muy fuerte. No necesitan hablar más. A partir de ahora se comprenden con una simple mirada.

—Bueno, venga, tenemos que encontrar a tu gato. Si no, se van a preguntar qué estamos haciendo. Elvis, Elvis...

—Ya verás, Elvis tiene la capacidad de meterse siempre donde una menos se lo espera.

Alice atrapa al fin la bola de pelo bajo un mueble del salón y la introduce en una jaula de plástico; el pelaje asoma por todos los intersticios.

—Es solo para el transporte, luego te soltamos —lo tranquiliza Alice mientras coge unas latas de conserva de la cocina, amueblada de forma somera, como el resto del apartamento.

Élisabeth echa un vistazo a su alrededor. Las habitaciones ahora le resultan familiares. Una familia. Eso es lo que parece que la enfermedad le ofrece. Y lo que la vida siempre le ha negado.

## Regla 20

### Los optimistas no se andan con rodeos

Alice entra en la furgoneta, saca a Elvis de la jaula y se lo coloca en el regazo.

—Y aquí está el famoso Elvis... ¿De modo que vives con dos mujeres solo para ti? ¡Vaya con el polígamo! —suelta Sam acariciando al gato con vigor—. Bienvenido a bordo. Vas a tener que compartir, pequeño...

Elvis no responde siquiera a las caricias de Sam. Se echa acobardado sobre las piernas de Alice.

—Venga, a ponerse el cinturón, chicos, que nos vamos. ¡Ahora todos al valle de Chevreuse! —anuncia Greg desde delante.

—Sería muy triste que muriéramos en un accidente de tráfico ahora que vamos a terminar todos como conejos radioactivos —responde Élisabeth abrochándose el cinturón de manera concienzuda.

Greg le lanza una mirada cómplice.

—¿Me guías?

—¡Yo no sé por dónde hay que tirar! —confiesa Élisabeth—. Siempre me lleva Bernard.

—¿Estás de broma? —exclama Béa tras ella.

Greg no hace ningún comentario por miedo a herir los sentimientos de Élisabeth, a quien se la ve afectada por la situación. Ahí inmóvil, con su bonito bolso de cuero sobre las rodillas conjuntado con su cabello, la mujer se da cuenta de que nunca ha tenido el control de su vida. De repente se siente ridícula.

—No, por desgracia, no bromeo en absoluto. Nunca he conducido en París. Conduje un poco en Estados Unidos, pero, si no, siempre he tenido chófer.

—Pero ¿cómo te las apañas para hacer la compra y todo eso?

—Yo no hago la compra, pobre amigo.

—Ah, claro. Pues estamos apañados. Pero ¿sabe tu querido Bernard que las mujeres en el siglo XXI son libres, que puedes utilizar sola tu tarjeta de crédito? —pregunta Béa.

—No tengo tarjeta. Él me da dinero todas las semanas.

En la parte trasera del coche, Bea se subleva:

—¡Pero eres una esclava moderna! ¡Una esclava rica, pero una esclava de todos modos!

Élisabeth, sentada delante, mira al frente. Todo desfila a gran velocidad mientras van dejando atrás los muelles, los coches y las barcazas a lo largo del Sena, sin permitirle asimilar realmente la medida de las cosas. Un hermoso resumen de su vida.

Se encuentra con la espalda en la pared.

Vuelve a ver a su padre prohibiéndole jugar con la niña de turno porque no es de buena familia. Están sentados en el banco del fondo del jardín y él la sermonea. El padre de Élisabeth ejerce toda la autoridad en su familia.

Élisabeth piensa también en sus primeros flirteos, que de nuevo su padre enfriaría rápidamente. Una lección de moral al fondo del jardín, siempre en el mismo banco.

Allí, en aquel banco de piedra, es también donde le ordena que estudie Derecho.

Y donde le prohibirá volver a ver a su primer novio para imponerle a Bernard, un joven de «buena familia» (esas palabras en la boca de su padre sonaron como el punto final). Bernard iría una noche a tomar una copa en la biblioteca de su casa, para salir con una sonrisa en los labios y aspecto de estar satisfecho con el pacto.

Esos son los hombres que han decidido sobre su vida, sin contar con ella.

—¿Te sabes la dirección, por lo menos?

Élisabeth guarda silencio.

—Estoy alucinando —puntúa Sam, también atónito por la situación—. Es más grave de lo que pensaba.

—Sí, me sé mi dirección por lo menos —declara Élisabeth, claramente dolida.

En ese momento, Alice trata de reclinar el asiento, gira la manivela en todas las direcciones y de repente se encuentra en el maletero de la Kangoo, a cuatro patas, con Elvis en la cabeza.

—¡Alerta, alerta! ¡Alice trata de escaparse por el maletero con el gato! ¿Te ha enviado Simon un mensaje ya o qué? ¿Te marchas a escondidas para encontrarte con él? Te hemos pillado, guapa...

—¿Paro? —pregunta Greg.

Alice regresa como puede al asiento de atrás. Con el traqueteo de la Kangoo, de todo menos cómoda, al fin encuentra la posición inclinada.

—No, no, va todo bien —asegura.

Elvis, muerto de miedo, no se despega de ella. Ni siquiera asoma el morro, oculto bajo el jersey de la joven. Béa trata de tumbarse a su vez. Sam se queda solo, sentado bien derecho en medio.

—¿Todo bien? ¿Estáis bien así? ¿No queréis un masajito? ¿Un cóctel, quizá?

—Somos optimistas o no lo somos —lo interrumpe Alice con una gran sonrisa estirándose cuan larga es.



Béa se fija en el tonillo divertido de la joven. Por fin se ríe la pequeña...

Una vez que su Alice está bien instalada, Elvis asoma la punta de la nariz. Se levanta, olfatea hacia delante, luego hacia Élisabeth y finalmente decide acercarse a Sam.

—¡Un masaje! ¡Un cóctel! ¡Para! ¡Estoy soñando! —declara Béa—. Ese es mi problema con la talasoterapia, que después de chapotear todo el día en el agua, por la noche solo me apetece una cosa: ¡barra libre de mojitos! Es lo que más voy a echar de menos durante las sesiones de quimio, el alcohol... Me encanta mi copita de vino tinto por la noche. —Suspira.

»¿Qué pensáis del oncólogo? —pregunta como para sus adentros, bien instalada, con las manos detrás de la nuca.

—Es cortés —lanza Élisabeth.

—Reprimido —dice Sam.

—Tontito —suelta Greg concentrado en la carretera, con la torre Eiffel como telón de fondo.

—Cosquilloso —los sorprende Alice—. Cuando me examinó... no sé, pero mi mano rozó la suya y se sobresaltó. Me confesó que tenía cosquillas. Eso me gustó.

—Cosquilloso... vaya, vaya... esto se pone interesante. Es cierto que la batita no le queda mal —añade Sam—. Estaría bien que no llevara nada debajo. No me dio tiempo de mirar, la verdad.

Elvis se traslada a las piernas de Sam con la cola levantada, majestuoso, embutido en su mata de pelo gris plateado.

—¡Eh! ¡Oye, tú! A ver si nos calmamos ahí atrás —exclama Greg con un ojo en el retrovisor.

—A mí me gusta mucho ese tipo de hombres. Un poco tímidos, pero no demasiado —declara Béa con una mano sobre Elvis, aún de pie encima de Sam—. Tal vez le pregunte si está buscando un apartamentito. ¡Podría ocuparme de las visitas! Y los ojos, ¡los ojos que tiene, amigos míos! *Mamma mia*. No me habría importado que me propusiera otra cosa en lugar de la quimioterapia.

—Qué devoradora de hombres eres —observa Sam.

—Siempre me han gustado mucho los hombres —prosigue Béa—. ¡También es cierto que me las han hecho pasar canutas! Pero, la verdad, lo reconozco, yo tampoco me quedo corta.

Elvis se encuentra ahora sobre sus rodillas.

—Creo que siempre he buscado al hombre ideal —retoma— y nunca he podido elegir dónde posarme. En fin, lo que creo en realidad es que el hombre ideal no existe.

Béa parece anclada en su posición, determinada.

—Por eso es por lo que ando de flor en flor. No concibo que una pueda quedarse toda la vida con un solo hombre. «El hombre absurdo es el que no cambia nunca», decía Clemenceau. Y se aplica también a las mujeres.

Elvis se encuentra ahora bien acomodado en el regazo de Béa.

—Entonces ¿tienes tres hombres en tu vida? ¿Los tres que han ido contigo al hospital?

—No, juntos, no. Pero los he tenido a los tres en mi vida, sí. Cada uno en su momento. El primero me dio a mi hija, el segundo me dio placer y el tercero me hace sentir plena. Las tres edades de la vida de una mujer, en cierto modo. Sin contar las aventurillas ocasionales. Yo es que creo de verdad en el placer.

—Eres una mujer muy curiosa, ¿lo sabes? —lanza Sam.

—Gracias. Digamos que sé lo que quiero. Y el centro de talasoterapia de Saint-Malo, ¿ves tú?, no lo había previsto, pero no me disgusta. Conocerlos tampoco lo había previsto. ¡Y me encanta! A veces hay que saber dejarse sorprender. —Se recupera, respira un poco—. Al final, estamos bien en esta furgoneta.

—Yo lo encuentro un poco joven al oncólogo, sin embargo —retoma Alice.

—La valía no se mide por la edad —replica Béa.

—Podría ser mi novio —dice Alice.

—Bueno, la diferencia de edad, tú sabes...

Elvis ha adoptado a Béa con todas las de la ley, inamovible.

Ella golpea el cristal de su ventanilla, lo abre, lo baja, tres veces seguidas. El interior, gris verdoso, no es que brille por el buen gusto, pero Béa adora los pequeños escondrijos en el agarradero de la puerta, palpa la esponjosidad del reposacabezas.

—No es un Audi TT, pero, bueno, al final no está tan mal, ¿no?

Elvis se sobresalta a cada gesto de Béa.

—En realidad, me da la impresión de que, con el tiempo, aprendes a desprenderte de todo, a quedarte solo con lo esencial.

—Ay, estoy completamente de acuerdo con usted... esto... contigo —aprueba Élisabeth.

—¡Qué gracia! De jóvenes, corremos detrás de todo de una forma un poco estúpida, hay que reconocerlo. Tres amantes es ridículo, al fin y al cabo, ¿no? Pero, mira, todo se asienta. ¡Hasta yo! Te haces vieja. Te encoges. Ves cómo evolucionan los demás, comparas, como es lógico, haces balance. No os diré que me gusta este cáncer, pero, al menos, permite ver lo esencial. Volver a centrarse. Hablo un poco como una vieja arpía, ¿no?

—Un poco —atenúa Sam.

—Completamente —valida Alice con una gran sonrisa, casi sorprendida de haber hecho ese comentario.

—Pero ¡lo principal es darse cuenta! —prosigue Béa sin pensarlo siquiera—. A mí el cáncer me ha permitido ver que amaba a esos tres hombres de mi vida y a mi hija. Suficiente. Y la talasoterapia, el vino (preferiblemente tinto) y a Johnny Hallyday. No está nada mal. Bueno, está bien la furgoneta, pero tardamos mucho. ¡Tengo la impresión de que nunca vamos a llegar!

—Yo he comprendido que no amaba a mi marido... —Élisabeth introduce una bocanada de aire

frío en el coche—. ¿Creéis que en la vida se puede recuperar el tiempo perdido?

—Yo sí lo creo —afirma Greg con la mirada extraviada en dirección a Élisabeth—. Y además lo creo con todas mis fuerzas. Mira, el azar ha hecho que estemos aquí, ahora, sentados juntos. Vas a pasar por casa y coger las cartas de tu primer amor porque unos perfectos desconocidos a quienes has contado tu historia han creído que debías releerlas. ¿Por qué razón nos haces caso? ¡Es un misterio! Personalmente, a él no lo conozco, ayer no te conocía a TI y, no sé por qué, pero ahora te estoy llevando a casa, y esto se ha convertido en algo casi primordial para mí, para nosotros, porque sé lo que significa para ti. Ahí hay algo, ¿no? Es curioso al menos, ¿no?

—Sí, «ahí hay algo», como tú dices. Solo trato de imaginar la cara que va a poner mi marido cuando llegue con vosotros y le diga: «Bernard, no te preocupes, la quimioterapia la han retrasado. En su lugar, me voy a un balneario con los otros pacientes, y me llevo algunos objetos personales...».

—No te olvides, Élisabeth, debes decirle que es por el bien de ambos —le recuerda, traviesa, Béa.

—Además en Kangoo.

—¡Pero con chófer! —exclama Greg.

—Si quieres, podemos esperar a que salga, a que sea de noche o algo así, para que no se dé cuenta de nada.

—Tengo la impresión de estar yendo a robar a mi propia casa. En fin, mi propia casa... Nada me pertenece en realidad en nuestra casa. Bernard lo ha elegido todo o casi todo. Los muebles, el color de la pintura... Todo es suyo. Salvo la casa, y fue la herencia de mis padres. Las únicas cosas que me pertenecen son la caja con las cartas de juventud y el cáncer.

—¿Nunca te planteaste adoptar? —la interrumpe Béa.

—Lo intenté, pero Bernard no quería en realidad. Herido en su virilidad, a lo mejor. Sin duda. Tampoco he tratado de averiguarlo de verdad. Así era ya en mi familia, y así es en la suya. No se habla, no se dice nada, y los secretos se esfuman como por ensalmo. Pero, un día, eso acaba saliendo a la luz. Creo que ese día ha llegado. No obstante, ya lo veréis, tengo un montón de niños en el jardín: ¡está plagado de topos! Y lo confieso: soy yo la que los alimenta... —Élisabeth se ríe tontamente, orgullosa de sí misma.

—A mí los niños me adoran —interrumpe Alice.

—No me extraña, eres tan dulce —comenta Élisabeth.

—Y, además, seguro que no dejas que se te suban a la cabeza. Los críos necesitan eso —subraya Béa.

—Yo no podría tener niños —dice Sam—. No es que no me gusten, no es eso, pero los niños de los demás son un infierno, ¿no?

Alice se incorpora.

—No puedes decir eso, Sam.

Por la voz se le nota que está muy irritada.

—Con los niños no hay filtro —continúa con determinación—. Todo te lo dan en bruto: una mirada, una expresión, y luego toda esta confianza, con una sola mirada. Solo hay que hablarles con franqueza, explicarles las cosas con claridad para que entiendan lo importante. Lo captan todo.

Notan que Alice está emocionada.

—En la guardería me encantaba encargarme de un niño, Ursule. Era autista. Creo que yo no quería ver su enfermedad. Estaba todo el tiempo pegado a mí. No es que yo hiciera nada excepcional, pero lo escuchaba, le hablaba y no me enfadaba. Era superviolento, pero mirándolo a los ojos fijamente, sujetándole las manos, conseguía calmarlo. Ha tenido que irse a un centro especializado. Eso me ha destrozado el corazón. Yo lo adoraba, pero me alegro por él. A sus amiguitos, en lugar de inventarme una historia fantástica, les dije la verdad. Una de las niñas (y tienen cuatro años, ¿eh?) me respondió: «Hará otros amigos como él». Se me quedó grabado. La pequeña lo había comprendido todo, se había dado cuenta de su diferencia sin que nadie le hubiera dicho nada jamás. Los críos tienen una lucidez que siempre me sorprende.

—Tienes razón —reconoce Élisabeth.

Las palabras de Alice suenan como un alegato a favor de los niños en la Kangoo amarilla.

Se hace el silencio. Ya nadie se atreve a hablar.

Solo Béa permanece un tanto hermética ante el discurso de la joven. Algo molesta por el lado defensor de la causa infantil y por la inocencia, la ñoñería, incluso, de Alice. Béa no sabe disimular, aunque reconoce la fuerza que desprende la joven.

—No todos los niños son así —espeta algo provocadora—. En mi caso, mi hija Hélène, te lo digo, era miserablemente prosaica. «¡Quiero comer! ¡Quiero hacer pipí! ¿Me has comprado una muñeca?» No teníamos taller de filosofía en casa todos los días. —Béa se ríe sola.

—Cuando el médico me dio la noticia por teléfono —continúa Alice, sin comentar las palabras de Béa—, volví a la guardería. Y cuando Ursule, que todavía estaba allí, me vio, lo comprendió. Me acarició la mano con suavidad. Nunca me había hecho eso hasta entonces. Lo normal es que pegue, muerda, golpee... Ese día no; me acarició la mano. Me dije que los niños tienen de verdad algo más, algo que nosotros hemos perdido.

Alice reflexiona. Luego continúa. Se le ilumina el rostro.

—Hemos perdido la bondad —dice con una voz apaciguada de nuevo.

—Ursule es un poco tú, en realidad —le espeta Greg, con los ojos fijos en la carretera, imperturbable.

Alice observa a Sam sin comprender. ¿Qué quiere decir? Parece desamparada. Greg continúa.

—Trabajas con niños porque no eres capaz de crecer. Porque no quieres crecer. Mírate.

Pareces una adolescente, cuando podrías ser una mujer. Podrías haber dejado de esconder tu cuerpo, tus encantos. Quieres formar una familia, pero no lo conseguirás. No, si no te liberas de tu infancia. El cáncer es tu oportunidad, de alguna manera. La oportunidad de salir del caparazón. Un poco como la escuela especializada de Ursule.

A Alice la abandonan las fuerzas. Recibe las ojeadas de Greg por el retrovisor como si fueran banderillas. Parece completamente asustada.

Traga saliva.

—Es la primera vez que alguien me dice eso.

—Para eso están los amigos. ¡Los optimistas, quiero decir!

La mirada de Greg en el retrovisor intenta ahora ser tranquilizadora, casi protectora.

—Tienes razón, Greg —confiesa Alice—. Gracias.

Béa suspira con aire teatral.

—Y decir que yo debía ser como tú antaño, joven, bella e idealista. No te preocupes, mi pequeña Alice, eso no dura. ¡Mírame a mí! Con la edad se relativiza. Lo esencial es tener amigos sinceros, padres sinceros que te abran los ojos y te encarrilen. Si no, ¡olvídalos!

—Greg es un poco directo a veces, pero admito que casi nunca se equivoca —confía Sam a la joven, poniéndole una mano en el muslo.

Ella sonrío, empapada por completo de esas palabras duras pero salvadoras. Conmocionada todavía, parece estar claramente de acuerdo con él. Se arrellana en el asiento, en silencio, casi aliviada, feliz de haberse cruzado en el camino con estos nuevos amigos.

Greg gira el botón de la radio, programada en Nostalgie. Un viejo tema de Balavoine invade el interior de la furgoneta.

—¡Vaya! Esto no es muy alegre que digamos —exclama Béa—. Yo preferiría *L'Aziza*...

Béa comienza a canturrear. Elvis la mira con extrañeza. Su voz se eleva.

—Y ustedes, caballeros, ¿no se plantean la adopción? —inquire ella sin perder el hilo de la conversación inicial.

—Anda... ¿Estamos jugando al juego de la verdad?, ¿es eso? —sonríe Greg.

—Eso es, ¡y el que gane, quimio gratis!

Elvis se sobresalta con las risas de Béa.

—Podríamos tener un hijo —responde Sam—, pero no, en realidad no es lo nuestro.

Sam desprende seguridad y habla en nombre de los dos.

Al volante, Greg lo mira de pronto fijamente. El malestar entre ambos se hace patente.

—Yo estuve a punto de ser padre —confiesa Greg de forma inesperada, sin pararse a tomar aliento.

Sam aparta la vista. Sabe muy bien lo que está a punto de contar Greg.

—Sí, no siempre he tenido novios. Al principio de mi carrera...

—«¡Al principio de su carrera!» —repite Béa riendo para relajar el ambiente.

—Es eso, exacto. Al principio me buscaba un poco a mí mismo, no sabía quién me gustaba en realidad. Hacía como todo el mundo. Picoteaba... y conocí a una chica estupenda, una amable Chloé, desorientada por completo. Creo que la quise, aunque de forma platónica, no física. Me gustaba como persona, pero no me gustaba estar con ella en particular. Hasta el día en que me anunció que estaba embarazada. No sé por qué, pero mi primera reacción fue preguntar: «¿De mí?».

—¿Y qué te respondió? —quiere saber Alice.

A bordo de la furgoneta, la nueva complicidad entre Alice y Greg funciona a pleno rendimiento. Greg se contorsiona para ver bien a la joven en el retrovisor.

—Me dijo: «¡No, del cartero, idiota!». En realidad, yo no pensaba realmente que eso... que eso pudiera ocurrirme. Me quedé atónito. Seguro que quedé como un tonto. No era capaz de decir nada más.

—Cuando pienso que podría haber tenido un hijastro o una hijastra... —declara Sam solemne, un pelín burlón.

—Para —le regaña Béa al tiempo que le da en las manos—, eres tonto. Escucha... Y entonces ¿qué pasó?

—Pues que tuvo un aborto en el quinto mes de embarazo. Muerte perinatal, como dijeron. Estuvo de parto durante tres días, esperando... Un calvario. Chloé lloraba. Yo lloraba. Una verdadera pesadilla. Ay, ¡eh!

Greg endereza el volante con un gesto brusco. Un coche se les ha echado encima, y todos los pasajeros de la Kangoo basculan de izquierda a derecha.

Greg toma aliento. Todavía se le nota afligido. Hace un esfuerzo para continuar.

—Aquello me aclaró dos cosas: a mí no me gustaba Chloé, sino más bien el matrn que se ocupaba de ella (supersexy, con su batita rosa ajustada), y no quería hijos. No entraba para nada en mis planes.

—¿Qué hiciste luego?

—Fue un golpe muy duro. Tenía la impresión de haber dejado de oír, de sentir. Los días pasaban sin que reaccionara. Chloé se pasaba todo el tiempo hecha un ovillo en la cama. De repente se ponía a llorar, y yo trataba de calmarla, pero no sonaba real. Esperé a que se recuperase. Me dije que la muerte de aquel niño había sido una señal. Decidí contarle todo lo que tenía dentro. Mi miedo, mi tristeza por ese niño perdido, mis sentimientos por los chicos, por ella, por las chicas en general. Me puse firme, como en el estrado de un tribunal. Quería que me juzgara. Chloé lloró algo más todavía. Yo traté de aguantar el tipo, pero, con una mirada, me atrajo hacia ella. Y me eché a llorar a mi vez entre sus brazos. Levanté la cabeza y leí en sus ojos que me comprendía. Ví que me perdonaba. Supe que nos habíamos equivocado, pero que estaríamos

unidos para siempre. Ahora ella está muy bien. Encontró a un hombre perfecto que le dio dos niñas preciosas, y hasta soy el padrino de la mayor.

—Cuenta también lo del matróon —interviene Sam, algo burlón.

—Sí, bueno, bah, luego el tipo quiso consolarme a su manera. Y comprendí que con una mujer no tenía nada que hacer. Sin embargo, a mí, me...

—No, para, no queremos saberlo. ¡Nos lo imaginamos perfectamente! —exclama Béa fingiendo estar indignada.

—La historia terminó más o menos bien, ¿no? —pregunta Élisabeth, que no ha oído muchas cosas parecidas en su vida, pero que está decidida a adoptar un punto de vista definitivamente liberal respecto a las costumbres que descubre en los demás.

—Sí, podemos decirlo así. El parto de un bebé muerto es muy duro y doloroso. Un espanto. Un trauma. Hay que pasar el duelo rápido y pensar en otra cosa —dice Greg, con las manos encima del volante y los brazos estirados para darse valor.

—Pues yo jamás me he acostado con una chica, fíjate —lanza Sam—. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! Jamás he tenido ganas ni el deseo siquiera. Enseguida supe que las chicas no eran lo mío. Sin embargo, los chicos...

—Ah, eso sí. El diario de conquistas del señor está bien repleto por ese lado —se burla Greg.

—¡Parad! ¡Un minuto de silencio! ¡Se para todo! —exclama Béa.

En la radio suena Johnny Hallyday cantando uno de sus primeros éxitos, *J'ai oublié de vivre*.

—¡Me encanta esta canción!

—Ya lo vemos.

—Ya lo oímos, sobre todo.

—No me suena —dice Sam—. ¿Y a ti?

—Para nada —bromea Alice—. ¿Johnny qué, has dicho?

Béatrice está desatada en el asiento de atrás. Realiza una serie de movimientos de brazos y manos. Su coreografía se parece más a la de una Claudette bajo el efecto de estupefacientes que a la de una bailarina de academia. Está sobreexcitada.

—Os lo digo así de claro: el día que me muera, ¡QUIERO esta canción en mi funeral! Y, prestad atención, tendréis que hacer esta coreografía.

—Espera, ¡qué estrés! Oye, tengo que intentar acordarme.

—En realidad es como *Alexandrie Alexandra* pero más lento. Fácil, ¿no? Todo está en el mariposeo de los dedos delante de los ojos. ¡Importante!

—¡Oye, pero eso se lo has robado todo a Uma Thurman y Travolta en *Pulp Fiction*!

—Digamos que he creado mi propia coreografía. ¡Dale caña, Greg! ¡Más fuerte!

La furgoneta tiembla con la voz de Johnny. Elvis se esconde debajo del asiento, asustado. Béa ha abierto su ventanilla y canta a grito pelado. Los coches vecinos observan un poco sorprendidos

a esta curiosa cuadrilla. Sam y Greg mueven el tronco; Élisabeth y Alice menean la cabeza, un poco recatadas todavía, pero con una gran sonrisa en los labios. Élisabeth observa a Greg y se le acerca.

—Está muy bien teneros cerca de mí —le dice muy bajito, con la voz amortiguada por la del ídolo de los jóvenes.

Greg le lee los labios.

—Formamos una buena panda de jueguistas.

Élisabeth se toma la libertad de cantar con Béa, lo cual emociona a esta última. Pronto ambas mujeres se lo pasan en grande.

—Esto me recuerda a mi juventud. Soy más vieja que tú —precisa Élisabeth.

—Pero ¿qué edad tienes?

—Sesenta y siete años.

—¡Sesenta y siete años! —Sam casi se atraganta—. Pues no lo aparentas en absoluto. Tienes mucho estilo, hay que decirlo. Has debido de cuidarte siempre mucho y vigilar la línea...

—Gracias —responde Élisabeth algo incómoda—. Sí, nunca me he saltado las normas. Tendría que haberlo hecho tal vez, después de todo.

La canción ha terminado, y Greg baja el volumen.

—Es tu pelo lo que te hace única. Resulta bonito ese degradado de cabellos blancos y morados.

—Violeta, por favor. ¡Voy al mejor estilista de París, así que te ruego que respetes los tecnicismos! Parece que es el color del momento.

—De acuerdo, violeta. Y, lo repito, te sienta muy bien. Eres una mujer muy guapa, Élisabeth.

—Parad. Me voy a poner roja. Cuando era más joven, tenía el pelo largo, pero con sesenta años me lo corté del todo. Pensé que ya no le pegaba a una mujer mayor, que ya no me sentaba bien, sin más. Con la edad, he tratado de ser más rigurosa. Lo raro es que, desde el momento en que me lo corté, mi pelo ha adquirido mucha importancia.

—Al menos mi amor no tiene ese problema —declara Sam pasándole la mano a Greg por el cráneo desnudo.

En la radio del coche, Johnny ha dado paso a Christophe, que susurra ya sus *Mots bleus*. Béa agarra a Élisabeth por los hombros y la aprisiona con sus brazos por encima del asiento. Élisabeth, por lo general discreta, se deja hacer y sonrío.

—Jo, me encanta esta también... Menos que Johnny, ¡pero me gusta mucho de todos modos! —se extasía Béa—. Ay, esperad, que voy a apuntarla en el cuaderno verde: esa también, para mi entierro. Os acordaréis, ¿eh? Lo apunto todo ahí. —Béa golpetea su cuaderno, bastante relleno ya, con la tapa repleta de anotaciones.

—¡Pero va a llegar a las mil páginas tu cuaderno verde!

—Escribo para no olvidar.



—No te preocupes, no lo olvidaremos.

—Genial... Venga, Alice, canta con nosotros...

—No es muy de mi estilo...

—¿Qué música escuchas tú?

—Soy más de Metallica y AC/DC. Cuando era pequeña, quería formar un grupo de rock con dos amigas. Tenía el pelo largo, me vestía con vaqueros, camiseta y jerséis negros.

Todos la miran de arriba abajo.

—Eh... un poco como ahora, ¿no?

—Pues... sí, pero no exactamente... Entonces me ponía ropa de la talla XXL. Nadaba dentro totalmente. No quería que se me notara el pecho ni el culo. Ahora lo acepto. He pasado a la XS. Me queda mejor, creo yo.

—XS... quién pudiera. —Béa suspira.

—Queríamos formar un grupo de rock duro, nada más y nada menos. Todo el mundo escuchaba rap, reggae, soul... Pero nosotras, rock duro. Las Piggies. Nos parecía que aquello sonaba bien, un poco como los Pixies o algo así. Pero la madre de una de mis amigas, que hablaba bien inglés, hizo que nos fijáramos en que seríamos algo así como «Las Guarrillas».

Alice se parte de la risa, una risa fuerte y tranquilizadora. Asombrosa.

—Lo cambiamos por las Black Stars. Íbamos todas de negro. Yo cantaba... bueno, lo intentaba. Era genial. Ensayábamos en casa de Clarisse, que tocaba la guitarra. Y mi otra amiga, Lola, tocaba el piano. Éramos bastante... malas. Pero nos lo pasábamos muy bien.

—¿Cuánto tiempo tocasteis?

—Bueno —piensa Alice—, puede que todo un curso escolar. Acabábamos de empezar el instituto. Luego venía el BAC y todo eso, y nuestros padres quisieron que nos concentrásemos en los estudios. Yo sabía que quería trabajar en el área de la medicina, la salud. Se me daba bien. Podría haberme esforzado un poco y estudiar para médico, pero los estudios de Puericultura eran más cortos. Tenía prisa por empezar a ganarme la vida. Y me encantan los niños. Así que hice Puericultura. Mis amigas hicieron Derecho, y nuestros caminos se separaron entonces. Aunque guardo un recuerdo excelente de aquel año. Puede que fuera mi último año de relax. Después de aquello, tuve la impresión de volverme responsable, adulta. Me gustaba mucho esa despreocupación.

Alice parece soñadora.

—¿Nos cantas algo?

—Ay, no, por favor, para vuestros oídos es mejor que no.

—Venga...

Alice duda, se lo piensa y, con su voz frágil, comienza a canturrear *Besoin de personne*, de Véronique Sanson.

Canta divinamente.

No como Véronique Sanson ni como ninguna otra cantante, sino como Alice, Alice Nusse. Tiene un delicado hilo de voz, al límite de la afinación. De inmediato resuena por todo el vehículo como por una especie de encanto. Greg baja el volumen de la radio para oírla bien. Es hermoso, se dice. Élisabeth tiene la carne de gallina. Sam cierra los ojos. Béa encuentra que cantar algo de Véronique Sanson, para una cantante de rock duro, es bastante atrevido. Adivina una valiosa fragilidad bajo la coraza de la joven.

—Y ya está... —termina Alice.

Silencio.

—Pero bueno, todo eso se acabó —zanja, visiblemente emocionada—. Ahora me gustaría formar una familia, tener un hombre, niños, una casa. Me veo haciendo punto delante de la chimenea.

—¡Qué horror! —se desgañita Béa—. ¡Oye, cariño, tienes veinticinco años! ¡Eres divina! ¡Tienes el futuro por delante! ¡Diviértete! ¡No te encierres así! ¡Disfruta de la vida! Todavía eres pequeñina, y eres guapa como una rosa, ¿lo sabías? Mira, ¡estamos todos temblando de lo bonito que ha sido! No, tú no estás lista para ser madre, te lo digo yo. Ya tendrás tiempo de cantar nanas a tus niños. Y tendrán suerte, porque cantas divinamente. Yo tengo un oído malísimo. La pobre Hélène, cada vez que lo pienso, la tortura a la que la sometía. Pero volvamos a ti: si tuvieras un hijo ahora, dentro de diez años seguirías con la carga y no habrías aprovechado nada. Te acabarías yendo con el primero que pasara y serías una desgraciada. Conviértete en una mujer hecha y derecha primero. Lo tienes todo para conseguirlo. Olvida esos sueños de ama de casa. ¡Sé tú misma!

—Estoy totalmente de acuerdo —añade Élisabeth—. Tu voz es mágica, Alice. Te lo aseguro —dice volviéndose hacia ella—. ¡Aprovecha! Mira... Yo soy incapaz de hacer nada por mí misma —prosigue la decana del coche con la mirada perdida al frente—, siempre sumisa ante mi marido. ¿Qué he hecho de mi vida? Me he quedado como... —Élisabeth busca las palabras—, como una... ¡chacha en casa! Eso es, como una chacha.

—Es hora de olvidar esos viejos patrones, Alice, por lo que más quieras. ¡Sigue luchando! ¡Avanza! Pero no te encierres en ese rol de mujer sumisa.

Elvis se estira cuan largo es en las rodillas de Béatrice, con aire visiblemente satisfecho.

—Mira, ¡Elvis está de acuerdo conmigo!

—A mí no me parece que tener ganas de fundar una familia sea ser sumisa —opina Alice.

—No es eso. Es solo que no debes quedarte ahí esperando a realizarte a través de tu marido, tus hijos o tu familia. Eso es una parte también, cierto, pero, por el amor de Dios, eres una chica espectacular, dinámica. Tienes recursos, Alice. Tú eres tu propio motor. Dependes de ti misma, no de los demás.

Alice observa a las dos mujeres con respeto, pero piensa de todas formas en el hogar con el que sueña en secreto. Las Navidades delante de la chimenea, las comidas en familia, las fiestas del colegio. Parece convencida solo a medias por sus nuevas amigas.

—A mí me gustaría mucho ser amo de casa —declara Greg de sopetón—. Me mantendría Sam. Yo le prepararía cosas ricas...

—Toda una educación por rehacer —se ríe Béa sarcástica, ya del todo acaparada por Elvis.

## Regla 21

### El que busca al optimista, lo encuentra

—Ya estamos. ¡Creo que hemos llegado! —declara Élisabeth.

—Ya era hora, Élisabeth. ¡Me parece que estamos empezando a perderlos a todos en este coche!

Greg estaciona delante de una gran verja de hierro forjado. Tras unos muros blancos, se adivina una vasta propiedad.

—Está claro que no estamos en Montreuil —se mofa Alice.

—Ven conmigo —pide Élisabeth a la joven—. Voy a necesitar refuerzos.

—¿Puedo ir yo también? Me gustaría mucho ver tu casa por dentro. Deformación profesional —suelta Béa.

—Era la casa con la que mis padres siempre habían soñado. Me gustaba mucho, con toda esa carpintería, las gruesas moquetas... Cuando murieron, nos la legaron, y Bernard lo ha transformado todo o casi todo. Ahora el interior se parece más a un *loft* neoyorquino. Ha perdido el encanto para mí. Ya no la reconozco.

—Para ya. Estás haciendo que me entusiasme —suelta Béa.

—Id las tres. Tu marido no podrá resistirse a tres mujeres como vosotras —confiesa Sam.

Élisabeth asiente y sale del vehículo. Busca las llaves en el fondo del bolso.

—Elvis, ven aquí —llama Béa.

El gato ha aprovechado la puerta abierta para escaparse por debajo de la verja.

—¡Ay, no! ¡El gato, no! Elvis, Elvis, ven aquí...

Alice sale corriendo y trata de agarrar al gato metiendo la cabeza por debajo de la verja.

Béa la sigue, mientras Élisabeth continúa rebuscando en el bolso.

—¿Puedo ayudarles? —pregunta una voz que surge del interfono.

Es la de Bernard.

—Bernard —responde Élisabeth—, el gato de Alice se ha escapado y ha entrado en el jardín. Nos gustaría recuperarlo. ¿Quieres abrirnos la puerta, por favor?

—No me digas que has hecho todo este camino para venir a buscar un gato.

—No, en realidad, no. Debo recuperar mis cosas. Han anulado la quimioterapia.

—Lo sé. He llamado. Podrías haberme avisado. Me moría de la angustia.

—Oh, Bernard, no empieces otra vez —prosigue Élisabeth por el interfono, molesta—. Ábreme la puerta, que no encuentro las llaves. Es ridículo. No vamos a hablarnos así, a través de esta máquina.

—Es normal que no encuentres las llaves, las tengo yo aquí.

Élisabeth estalla. Golpea la verja.

—¡Bernard, abre! Por favor. Esto es ridículo. Y tenemos que encontrar a ese gato.

—Estoy comprobando que tienes más en consideración al gato de una desconocida que a tu marido.

—¡No es el gato de una desconocida! Es el gato de Alice. La has conocido esta mañana. Está en mi grupo de quimioterapia.

La doble hoja de la verja se abre de manera automática tras estas palabras.

Elisabeth emprende el corto camino que lleva a la puerta de entrada. Béa ya se imagina el anuncio: bonita villa burguesa, diez habitaciones, grandes ventanales, vasto jardín, piscina cubierta, cancha de tenis. Por lo menos, un millón de euros.

Alice observa con ojos como platos una casa como ninguna que haya visto antes, o solo en las películas. De James Bond, por ejemplo. No obstante, se fija al mismo tiempo en que el jardín presenta hoyos por todas partes, y Elvis acaba de meter la cabeza por uno.

—¡Elvis! Está ahí —dice en dirección a Élisabeth y Béa.

Las tres se precipitan hacia él. Unos sensores activan la luz de los focos a lo largo del camino. Elvis va saltando hacia la casa y se escurre entre las piernas de Bernard, que, desde el umbral de la puerta de cristal gigantesca del salón, asiste al espectáculo de su mujer y sus dos amigas detrás del gato.

Élisabeth pasa por delante de su marido sin besarlo ni saludarlo, sin dirigirle una palabra siquiera.

Béa y Alice le tienden una mano firme, pero Bernard no se toma la molestia de estrechársela, ya que va en pos de su mujer. En el interior, ambas mujeres se encuentran con una decoración blanca por completo, con piezas de diseño del suelo al techo. Béatrice tiene la impresión de encontrarse en una galería de arte más que en una casa particular.

—¿Y ese coche? —pregunta Bernard.

—Es el único que quedaba en la agencia de alquiler a la que ha llamado Béatrice.

—Pero ¿qué estás haciendo exactamente, Elisabeth? ¿A qué juegas? Ya no te entiendo. — Bernard lanza una mirada confusa a su mujer.

—Bernard, puesto que han retrasado la quimioterapia, Béatrice nos ha propuesto ir a Saint-Malo a un centro de talasoterapia. Y he aceptado. Pensé que sería una oportunidad para separarnos unos días, que nos sentaría bien a los dos.

Bernard finge no comprender nada.

—Los fármacos que necesitan para nuestra quimioterapia están agotados —continúa ella, seria por un momento—, y los que existen para remplazarlos no nos convienen. Lo han retrasado una semana. En vez de quedarnos allí, deprimiéndonos, Béatrice ha tenido la genial idea de llevarnos a un centro de talasoterapia. ¿No es maravilloso?

Élisabeth toma a Béa por los hombros y acerca la cabeza a la suya, prueba de una nueva complicidad, franca y sincera, entre las dos mujeres. Béa sonrío tontamente.

—¿Te acuerdas de Alice? Es extraordinaria, brillante, dinámica, inteligente y canta la mar de bien. ¡Todo aquello que yo soy incapaz de hacer!

Élisabeth estalla ahora en una risa profunda y caricaturesca.

—Cojo algunas cosas y nos vamos enseguida. No te preocupes, Bernard, que soy mayorcita. Vuelvo la semana que viene. Estaré ahí para la quimioterapia.

No le da tiempo a reaccionar. No quiere que trate de disuadirla. Por una vez que obedece a un impulso, que se siente fuerte y decidida... Se dirige a su habitación. Béa la acompaña.

Alice, por su parte, va en busca de Elvis, que se ha escapado en dirección al sótano. La benjamina de los optimistas toma las escaleras que llevan a la planta de abajo y se adentra con timidez en una parte de la casa que parece servir de garaje o de trastero. Las habitaciones no se corresponden con la distribución de la parte superior. En cualquier caso, este sótano no se ha renovado como el resto de la casa. Alice distingue viejas cajas todavía sin abrir con la dirección y la fecha etiquetadas encima y armarios medio derrumbados bajo el peso de montones de legajos. ¿Cómo encontrar a Elvis en este desorden? Alice trata de llamarlo tímidamente.

—¿Elvis? Elvis, ¿dónde estás?

No tiene miedo, pero tampoco se siente cómoda. Avanza con pies de plomo. La iluminación es escasa. De repente descubre a Elvis sentado sobre una pila de documentos que, con toda seguridad, acaba de hacer caer. Está plantado allí tan tranquilo, como si la esperara. Efectúa un rápido movimiento hacia el animal, que no se inmuta. Se parece a esos gatos guardianes de los templos egipcios. En una carpeta que yace en el suelo, Alice lee, escrito a mano, «Marc Hautefeuille».

—¿Es tu habitación? —pregunta Béa en la planta de arriba cuando llegan a una habitación tan grande como su apartamento.

—Sí.

—¿Y la de al lado? ¿Es la habitación de invitados?

—No, el cuarto de Bernard.

—Ah, ¿porque además dormís separados?

—Bernard ronca por las noches. ¡Yo no podría dormir, si no!

—Dormís separados... Vale.

Élisabeth rebusca en sus armarios, coge ropa que introduce en un maletín con el monograma de Louis Vuitton y no tarda en dar con la caja que contiene las cartas de su antiguo amor al fondo del armario. Le guiña un ojo a Béa, que no se pierde ni un ápice de la escena ante sus ojos.

Oyen a Alice excusarse en el pasillo por haber estado tanto tiempo en el sótano buscando al gato. Bernard, como un caballero, reconoce que esa planta está hecha un verdadero desastre.

—¡Con el tiempo que hace que hablamos de arreglar ese sótano! —grita Élisabeth desde su cuarto.

A Béa, de pie junto a ella, casi le revienta el tímpano. Élisabeth vuelve a hablar, menos fuerte esta vez.

—Es la cueva de Ali Baba ese sótano. Todavía están ahí las cajas de la mudanza, e incluso las cosas viejas de mis padres, que nunca hemos ordenado. Lo dejamos todo tal cual.

Élisabeth acaba de cerrar la maleta, busca la llave del candado y sale de su habitación con Béa pegada a sus talones.

—Cariño, ya lo tengo todo. Me voy. Nos vemos en una semana. Volveré en plena forma para enfrentarme a mi tratamiento.

—Esto es abandono del hogar —replica Bernard.

Béa se pregunta por un instante si el marido de Élisabeth estará bromeando. Por lo visto, no.

—¡Vamos! Una semana de vacaciones no es el fin del mundo, ¿no? Te he seguido todos estos años. ¡Me he ganado el derecho a irme con mis amigos ahora!

—Tus amigos... ¡Venga ya! Anoche ni siquiera los conocías.

—La valía no se mide por la edad —repite Élisabeth, con un ojo en los ojos de Béa, buscando su aprobación o su coraje.

—Eso es, eso es... Vete. A mí también me servirá de vacaciones —responde él a regañadientes.

Élisabeth, que ya se ha dado la vuelta y está lista para marcharse, dispara una última flecha.

—Pues claro, eso es lo que trato de decirte. Te va a sentar muy bien. ¡Y a mí, también!

Alice y Béa, petrificadas, no se atreven a decir nada más y siguen los pasos de Élisabeth, que las espera fuera. Salen huyendo, aunque se despiden de Bernard con un gesto de la cabeza. Alice cierra la puerta como puede, con Elvis en brazos, y ve que Bernard se sujeta la cabeza con las manos. ¿Está llorando? No tiene tiempo de confirmarlo, pero está casi segura. Pondría la mano en el fuego.

—Está bien —declara Élisabeth una vez dentro de la Kangoo amarilla—, ya estoy lista. Es raro, pero me siento más ligera —dice abrochándose el cinturón—. ¡Gracias, chicas!

Se nota que está revitalizada.

—De nada, de nada —responde Béa—. Pero ten cuidado, ya sabes lo que dicen: las chicas ligeras tienen el corazón triste...

Élisabeth la escucha a medias, con las manos sobre el bolso, pensativa.

Elvis vuelve a ocupar el regazo de Béa, encantado con la breve escapada.

—¿Todo el mundo se ha puesto el cinturón? ¿Podemos irnos?

Greg reajusta el GPS.

—Algo más de cuatro horas de camino. Podéis dormir. Os despierto cuando lleguemos. Elvis me hará compañía.

Alice saca discretamente la carpeta del bolso. «Marc Hautefeuille.» Una letra cuadrada, estricta, con cartas manuscritas en el interior. No puede creerse que lo haya cogido.

Élisabeth, delante, es la primera en cerrar los ojos y recostar la cabeza. Sam y Béa, junto a Alice, descubren la carpeta que la joven tiene en las manos y la interrogan con un movimiento de la cabeza. Alice se encoge de hombros, tan muda como ellos, pero abre de forma muy delicada las gomas, con miedo a que se despierte Élisabeth.

En el interior de la carpeta, encuentra unos sobres abiertos con cartas plegadas cuidadosamente. Una escritura fina. Las fechas desfilan... Auvours, 21 de agosto de 1975, 23 de agosto de 1975, 16 de febrero de 1976, 21 de agosto de 1976, 16 de octubre de 1976, 25 de enero de 1977...

Y luego nada más. Alice las lee por encima. Parecen las cartas de las que hablaba Élisabeth. Pero su enamorado no dice que se haya ido a vivir al sur, ni que tenga una hija, dos hijas, tres hijas u otra mujer... Le cuenta su vida en el servicio militar, que se aburre, que le gustaría volver a verla, que no comprende por qué no le llegan sus cartas, que se ha enterado de su boda, que está desesperado pero siempre la amará. Alice, sintiéndose mal, le pasa la carpeta a Sam y luego a Béa. Ambos leen las tarjetas postales y cartas por encima, aún en silencio, y se encogen de hombros a su vez. ¿De dónde vienen? ¿De otro novio? No llevan la firma de Marc Hautefeuille después de todo. ¿A menos que este no fuera realmente el novio de Élisabeth? El nombre escrito en la carpeta los invita a creer que sí. Pero esto no cuadra con lo que ella les ha contado.

Béa observa con atención la escritura.

Le toca el hombro a Élisabeth, que en realidad no está dormida. Le susurra algo al oído. Alice y Sam tratan de oírlo, pero, en Nostalgie, France Gall arrulla ahora al auditorio con *Cézanne peint*. Imposible captar lo que dice, aunque ven que Élisabeth se inclina hacia delante, saca del bolso la caja con las cartas de un modo mecánico y se la pasa por encima del hombro a Béa, que le aprieta calurosamente la mano.

Béa sujeta el cofrecillo por encima de Elvis como una reliquia.

Parece una caja de música, un pequeño cubo decorado con recortes de fotos, pegatinas, algo muy infantil. Béa siente la juventud de Élisabeth en sus manos. Parece emocionada cuando tira del primer cajoncito, que se desliza con dificultad. Las cartas están todas por orden cronológico.



*Auvours,  
3 de septiembre de 1976*

Mi querida Élisabeth:

Estoy bien, y me he enterado de que vas a casarte. Te felicito.  
Te deseo mucha felicidad.  
Tu amor.

*Auvours,  
5 de abril de 1977*

Querida Élisabeth:

No sé dónde te encuentras en este momento, pero quiero que sepas que estoy pasando por una buena racha en la mili. Pronto terminaré. He conocido a una mujer, está embarazada.

Hasta pronto,

MH

*Toulon,  
10 de junio de 1983*

Élisabeth:

¡Cuánto tiempo! ¿Qué hay de ti?  
No te he escrito mucho estos últimos años.  
Hemos tenido tres hijas.  
Mi mujer, por desgracia, ha fallecido.  
Empiezo una nueva vida en el sur.  
Amistosamente,

MH

Béa advierte que todas las cartas están escritas a máquina. No hay nada manuscrito. Tampoco tienen nada que ver con las tarjetas postales y las cartas de la carpeta encontrada en el sótano de la casa de Élisabeth. Ni el mismo tono ni las mismas palabras. Alice observa a Béa, que ha empezado a sacar una carta detrás de otra. Elvis se ha escapado y se ha deslizado a la parte delantera, con Élisabeth. Entonces Alice y Béa lo comprenden.

—Élisabeth, tengo que decirte algo —anuncia Béa, y su voz resulta audible de nuevo en la furgoneta.

—¿Qué pasa? —pregunta Greg.

—Sería mejor que paráramos.

Greg localiza una estación de servicio varios cientos de metros más adelante.

Élisabeth se vuelve sin cesar hacia detrás para tratar de comprender.

—No es «demasiado grave», pero creo que no te va a gustar. ¿Bajamos a tomar un café? Será mejor.

Una vez aparcada la furgoneta, todos descienden y entran uno detrás del otro en una gasolinera Total. Elvis los observa por la ventanilla, indulgente. En el interior de la estación de servicio, Béa coloca la caja con las cartas de Élisabeth sobre una mesita de metal. Alice coloca la carpeta «Marc Hautefeuille» justo al lado. Visto desde fuera, el cuerpo de Élisabeth se pone rígido. Cuanto más le hablan las dos mujeres que tiene delante, más recula ella. Béa y Alice tratan de tranquilizar a su amiga. En vano.

—No te enfades, no te enfades. Te lo vamos a explicar.

Élisabeth lanza miradas de pánico a Béa y a Alice.

Comienza la más joven.

—Cuando he ido a buscar a Elvis al sótano, he visto que se había escurrido por entre todas las cajas y estaba atrapado bajo un montón de zapatos y maletas. No me he atrevido a decir nada, pero había tirado algunas cosas. Cuando lo he cogido, debajo de él, he visto esto. ¡Elvis estaba sentado encima!

—Desde luego, ese gato...

—He recuperado a Elvis y (esto no está bien, lo sé) también he cogido esta carpeta.

Élisabeth distingue ahora sin dificultad el título que lleva la carpeta.

«Marc Hautefeuille.»

—Es la letra de mi padre.

A Élisabeth se le encoge el corazón. Béa se estremece.

—¿Y qué has encontrado dentro? —pregunta Élisabeth, ansiosa por saber más.

—Cartas y postales.

Béa prosigue.

—Te he pedido tu caja para comparar. Nos has dicho que conservabas en ella las cartas que tu primer amor te mandó después de vuestra separación, ¿verdad?

Élisabeth asiente.

—Pues bien, las postales y las cartas de la carpeta no se corresponden en absoluto con las de tu cajita. Se diría que recibiste cartas falsas de tu enamorado, las escritas a máquina, y que las verdaderas, las manuscritas, han estado escondidas todos estos años en esta carpeta por...

—Enséñame las cartas. Sí. Reconozco la letra de Marc. Pero ¿qué significa esto?

—Ahora entiendo mejor por qué siempre daba con tu dirección, ¡aunque estuvieras en la otra

punta del mundo!

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué no las recibí? Me acuerdo de que me llamaba por teléfono y me decía que me había escrito, pero yo nunca recibía nada... Sabiendo que me casaba con Bernard, ¿me habría escrito cartas falsas para hacerme pensar que él ya había pasado a otra cosa?

—A no ser que fuera otra persona. ¿Dices que la letra de la carpeta es de tu padre?

Béa muestra el documento a Élisabeth, que asiente con la cabeza.

—¿Qué estás pensando? ¿Que mi padre... me habría hecho eso? Pero ¿por qué? ¿Para facilitarle las cosas a Bernard? Toda mi vida habría estado construida sobre una mentira. ¿Con la complicidad de mi marido? No puedo creer que estuviera al corriente. ¿Estamos lejos de la casa ahora? —pregunta a Greg.

—Hemos avanzado bastante, pero podemos dar marcha atrás.

—Es imposible, Bernard no... Tengo ganas de decirle cuatro cosas a ese cabrón —repite Élisabeth sin cesar, visiblemente conmocionada.

—¡Voy a por un café y ahora vuelvo! Esperadme, que no quiero perderme esto. Me encanta cuando empiezan los castañazos. ¿Pido para todos? —lanza Sam, ya de camino a la máquina de café y dispuesto a lo que haga falta por relajar el ambiente.

—Me parece que la noche va a ser larga antes de llegar a Saint-Malo. Coge para todos —añade Béa.

Al cabo de cinco minutos, el club de los optimistas está de nuevo en la carretera, en dirección contraria. Greg conduce a gran velocidad. A Elvis le cuesta quedarse quieto. En su asiento, Élisabeth estalla. Quiere cerciorarse.

En cuanto llegan ante la verja, desciende hecha una fiera y llama. Nada. Llama, llama y llama hasta que la puerta se entreabre y aparece Bernard en bata.

—Pero ¿qué pasa? Pensaba que te ibas con tus nuevos amigos —dice insistiendo en la palabra «nuevos» con condescendencia.

—Mis «nuevos» amigos, como tú dices, se han percatado de tu juegucito con claridad. Gracias a ellos, acabo de comprender que me has estado engañando todos estos años.

Élisabeth, temblorosa, sujeta en la mano la carpeta «Marc Hautefeuille» con la letra de su padre. Esgrime cada tarjeta, cada carta, como si fueran pruebas, ante los ojos de su marido.

—Así que escúchame bien, Bernard-de-Belœuvre-de-mis...

En la furgoneta, con los faros apagados, todos contienen la respiración. Incluso Elvis se ha colocado sobre el salpicadero para asistir al espectáculo.

—Nunca te perdonaré lo que hiciste. Lo nuestro se ha acabado, Bernard. Podrás encontrar todos los motivos que quieras, pero se ha acabado. Y mejor te lo advierto: no me busques porque ya no me encontrarás. En cuanto vuelva, pido el divorcio. ¡La de tiempo que hace que debería haberlo hecho!

—Pero, Élisabeth, si no fui yo, es...

—¡Ah! ¡Lo confiesas! —espeta ella, fuera de sí—. Cuando pienso que tenía a un hombre que me quería, uno de verdad, y que me has escondido sus cartas durante todos estos años... Pero ¿no te da vergüenza, Bernard? No me digas que has hecho esto por amor, que te estrangulo... —Señala al pequeño grupo dentro del coche—. ¡Y tengo cuatro testigos! Estoy harta de tu supuesta vida de ensueño. Una vida de mentiras, ¡eso es! En un día, con mis «nuevos» amigos, como tú los llamas, tengo la sensación de haber vivido más que en cuarenta años a tu lado. Así que, ea, se acabó. ¡Ya era hora!

—Élisabeth, te lo suplico, ¡créeme! Fue tu padre el que escondió todas esas cartas.

—Mentiroso.

—Te lo juro, Élisabeth. Créeme.

El tono de Bernard se vuelve ahora amenazador.

—Él fue quien te envió esas otras cartas escritas a máquina para que lo olvidaras.

—Mentiroso, mentiroso, mentiroso.

Con esas palabras, Élisabeth se introduce en la furgoneta e indica a Greg que los saque de allí.

Bernard llega a la altura del coche. Golpea la ventanilla de su mujer.

En el interior, Élisabeth, hecha un mar de lágrimas, quiere salir huyendo. Fuera se le oye gritar:

—¡No fui yo, Élisabeth! ¡No fui yo! ¡Te lo suplico! Fue tu padre.

Alice, Béa, Sam y Greg asisten ahora a una escena surrealista: Bernard, antiguo director general de una compañía petrolera de fama mundial, se ha puesto de rodillas delante de su mujer. Esta retiene el brazo de Greg, baja la ventanilla y asoma la cabeza.

—Es demasiado tarde, Bernard. Mi padre o tú, lo mismo da. Tú lo sabías. Me arruinasteis la vida. No quiero más, no puedo más. Se acabó.

Élisabeth permanece imperturbable.

—Greg, por favor, arranca.

Greg recula y retoma la dirección de Saint-Malo. En el retrovisor, Bernard se ha quedado de rodillas.

Todo el mundo guarda silencio dentro del vehículo. Nadie podría haber imaginado aquello.

—Lo siento por este contratiempo, amigos —jadea Élisabeth sonándose la nariz—. Gracias por haberme abierto los ojos. No podía haber ocurrido en un momento mejor.

Élisabeth sujeta con cariño en el regazo su cajita abigarrada con las cartas y luego abre la carpeta con las verdaderas postales, las verdaderas cartas manuscritas de Marc, el hombre al que quería. Con sus verdaderas palabras, sus verdaderos sentimientos, su verdadera historia. Acaricia su letra. Cierra los ojos. No puede creerse que Bernard la haya engañado. No se atreve a aceptar que esté diciendo la verdad. Todavía no. Y sin embargo... Le da vueltas en la cabeza. Todo ha dado un vuelco. Piensa en su antiguo amor. ¿Seguirá todavía ahí? Entonces ¿las cartas

mecanografiadas no eran tuyas? ¡Él nunca escribió esas cartas!, se repite como para convencerse.  
¡Nunca! De pronto parece llena de esperanza. Triste también. Y terriblemente decepcionada.

## Regla 22

### Al optimista que madruga, Dios le ayuda

—¡Pero esto es magnífico!

Delante del mar, con todos sentados a una mesa cubierta de cruasanes, napolitanas de chocolate, tostadas con mantequilla, zumo de naranja, café y té, Élisabeth mira a lo lejos. En los pasillos del hotel, la moqueta, el olor de la madera, todo le recuerda a la casa de su niñez antes de la reforma de Bernard. Le da la impresión de volver atrás en el tiempo.

Junto a ella, en la terraza, con los ojos entrecerrados, deslumbrados, Sam, Greg y Béa disfrutan del sol de junio.

—¡Se nota que llega el verano!

—¿Habéis dormido bien? —pregunta la veterana, contenta de reencontrarse con sus amigos.

—Yo he dormido como un bebé —responde Béa.

—¡Un lirón, incluso! —añade Sam.

—Como un tronco —precisa Béa—. Mira, de hecho, siempre me he preguntado por qué se dirá lo del tronco, pero, bueno, me habéis entendido.

—Yo, por muy raro que parezca, me siento ligera —confiesa Élisabeth—. Aunque no os voy a negar que no he conseguido dormir mucho. Voy a tener que aclarar esta historia de las cartas al menos...

Muerde el hojaldre crujiente de su napolitana, con el «buzoncito» lleno de postales (verdaderas) y cartas (verdaderas) de su amor (verdadero) al lado.

—Ya no me despego de ella. —Tiene la mano encima de la caja.

—Venga. Se van a pensar que te paseas con la urna de tu amante, de tu perro o de tu madre —bromea Béa—. ¿Sabéis que no es ninguna tontería? Me he estado informando. Las hay biodegradables, incluso, para tirarlas al agua o plantarlas en el jardín. ¡Después de todo, es abono!

—¡Béa! En el desayuno, no, por favor.

—Vale, vale. Lo siento. Pero hablar de la muerte no me da miedo. Al contrario.

Sam y Alice miran un vídeo en YouTube. Greg hojea *L'Équipe*.

—Teníais que haber visto la cara del aparcacoches cuando llegamos anoche con la Kangoo.

Creí que le daba un ataque.

Todos levantan la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Nunca he dormido en un hotel tan bonito —dice Alice, extasiada y agradecida—. Es sublime. La decoración es grandiosa, como si estuviéramos en *Sisi Emperatriz*. La cama es inmensa. Hasta he terminado al revés sin darme cuenta. Y me encanta el baño, con todas esas toallas, lociones para el cuerpo, para el pelo, para la piel, ¡las he probado todas!

Alice parece metamorfoseada. Habla sin parar. No hay quien la pare. Esta noche se ha despertado y se ha preguntado dónde estaba. Ha pensado: «Viva». Y se ha vuelto a dormir.

—La brisa marina te sienta muy bien, querida —le dice Élisabeth mientras le acaricia la cara con un gesto tierno, muy maternal.

—Te has adelantado. El tratamiento empieza esta tarde, ¿no?

—Eso es.

—Béa, no tenías que haber reservado esas suites delante del mar, y todavía menos pagar por todos nosotros. ¡Va a costarte una fortuna! —protesta Sam.

—Lo hago con mucho gusto. No os preocupéis. —Béa se acomoda—. Así que aquí estamos, en tu casa, en la ciudad en la que naciste, ¿no? —retoma tendiendo el brazo ante el infinito de la playa frente a ellos, con windsurfistas tratando de controlar las olas de la mañana—. Es verdaderamente magnífico.

—Sí, bueno, tampoco os montéis películas, ¿eh? Yo no vivía en un sitio como este, os lo advierto. La casa de mis padres es mucho más modesta. Pero todos los domingos iba con mi abuelo a ver la isla del Grand Bé. Es por allí.

Sam señala al oeste de la playa.

—Él lo hacía por la tumba de Chateaubriand, y yo, por las historias de corsarios y piratas. Me encantaba. Era nuestro momento. Adoraba a mi abuelo. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía siempre acertaba.

—«No basta con hablar, hay que hablar veraz», Shakespeare —declama Béa.

—¿Cuaderno verde? —preguntan a coro un poco burlones los optimistas de la mesa.

—¡Cuaderno verde! —confirma ella de un impulso y con una sonora carcajada.

—Es una ciudad genial para los niños, con todas esas leyendas, los aventureros, los marineros... —continúa Sam un poco nostálgico.

—¿Iremos a dar un paseíto por el casco antiguo? —pregunta Alice tecleando ya en su teléfono—. Parece que hay que comprar las especias de un gran chef, Rollinger, lo he visto en internet.

—¡Tienes que parar con esa cosa! —exclama Béa—. Estás siempre pegada a la pantalla, siempre con un auricular en el oído, es muy desagradable. ¡Y maleducado!

—¡Haz caso a mamá! —se burla Sam.

—Lo digo por su bien... No aguanto esas herramientas que nos esclavizan en vez de ayudarnos.

Es más, creo que me voy a comprar un teléfono que SOLO sea teléfono. Tardaré seis horas en escribir un SMS, ¡pero dejaré de perder el tiempo con todas esas aplicaciones que tienen! Hoy en día vivimos en nuestra burbuja con todas esas maquinitas y hemos dejado de hablar entre nosotros, ¡incluso de escucharnos!

—A ti podrían reprocharte estar siempre anotándolo todo en tu cuaderno verde. Es un poco lo mismo.

Alice advierte que da en el blanco.

—Nada que ver.

Béa frunce el ceño. Coloca el cuaderno verde ante ella. Recortes de todo tipo sobresalen de entre las páginas.

—¿Qué?

Alice y Sam la observan, divertidos por su semblante exagerado.

—¿Tengo monos en la cara? ¿U otra vez estoy hablando como una vieja arpía?

—Segunda opción —confirma Sam—. No se puede ir en contra de los tiempos. Yo sueño con que me implanten un chip en la oreja y en el dedo.

—¡Qué horror! —exclama Béa.

—Un sueño —prosigue Alice, jovial, encantada de chincar a Béa.

—Para el título de tu cuaderno verde —dice Sam echando más leña al fuego—, ya sé cómo podrías llamarlo: «Las confesiones de una optimista amargada».

Béa se ríe.

—«Las confesiones de una VIEJA optimista amargada», por favor, un poco de respeto —lo corrige ella con voz burlona.

Se pelean con buenas formas, untando las tostadas en las tazas humeantes. Alice se entretiene en retirar con delicadeza las capas de hojaldre de su napolitana.

—Bernard no ha parado de llamarme en toda la noche. Me ha dicho que se va a suicidar. Insiste en que él no tiene nada que ver, que me quiere.

—A todo esto, no sabes qué ha sido del tal Marc... —inquieta Béa con aire soñador.

Élisabeth niega con la cabeza, absorta aún en sus pensamientos.

—¿Y si Bernard estuviera diciendo la verdad? ¿Y si siempre te hubiera amado? —pregunta Greg.

Élisabeth baja la vista. No ha descartado esa posibilidad.

—También lo tengo en cuenta. ¿Creéis que es sincero?

—¡El beneficio de la duda!

—¿No hay un poco de solidaridad masculina en ello?

—En absoluto. Yo solo vi por el retrovisor a un hombre que se derrumbaba en el suelo cuando arrancamos la Kangoo.



—Pero ¿por qué me escondería esas cartas? Con el tiempo que hace que las tiene en su posesión. No es normal, ¿no creéis? No han terminado en el sótano por arte de magia.

Ahora es Greg el que baja la mirada al periódico.

—Personalmente, creo que Greg tiene razón —declara Sam—. Quería protegerte. No quería hacerte daño.

—Por el amor de Dios, ¡tampoco soy de porcelana! ¿Protegerme de qué? ¿De que un hombre me amara con locura y descubrir cuarenta años después que mi padre y mi marido me han dado gato por liebre? ¿A ti te gustaría descubrir que tu padre te ha traicionado? ¿Y que tu marido es su cómplice? —Élisabeth dispara estas últimas palabras como balas a bocajarro.

—Yo, mi padre, ya sabes... —observa Sam.

—Lo siento, no era un buen ejemplo, tienes razón, mi pobre Sam. —Élisabeth le acaricia el brazo con un gesto afectuoso.

—Déjalo estar —concluye Béa—. Disfruta, mira, estamos aquí, todos juntos, para relajarnos. De todas formas, no podías más. Ahora tienes una buena razón para tomarte una pausa. No hay nada firmado. Siempre hay tiempo de volver atrás.

Élisabeth asiente poco convencida.

—Estoy agotada. No puedo más. Quiero arreglar todas esas viejas historias de verdad. Gracias sinceramente por aguantarme. Es cierto que tenéis valor... ¡En eso Bernard tiene razón!

Sam la estrecha en sus brazos. Ella se deja llevar contra su hombro.

—Venga, venga, venga, ¿eres una optimista o no? —vocifera Béa—. Un poco de entusiasmo, Élisabeth. Ponte derecha.

Esta obedece.

—A mí Simon me ha dicho que viene... —declara Alice.

—¡Anda! ¡Eso es un notición! —exclama Greg, nada molesto con el cambio de tema—. ¿Cuándo llega?

—Mañana, sin duda. Le he dicho que estaba aquí, como me dijisteis. Me ha preguntado si podía venir para hacer balance. No sé qué significa eso exactamente. Pensaba que ya nos lo habíamos dicho todo, pero no os voy a negar que estoy muy contenta.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que había que dejar marinar al jovencito. Y Elvis, ¿qué has hecho con él?

—Está en mi habitación, dentro de su caja. No parecía muy feliz, pero no quiero que se escape. Me ha puesto ojitos de cordero degollado, así. —Alice guiña los ojos y pone la boca en forma de corazón.

—Ese gato es adorable. Creo que me ha adoptado. Si quieres, cuando llegue Simon, si no sabes qué... En fin, ya me entiendes, lo puedes dejar conmigo en mi habitación. Y tú, Sam, ¿cuándo vamos a ver a tus padres? ¿Viven por ahí o por allí?

Mientras Béa imita a los presentadores del tiempo ante la extensión de arena a sus pies, Sam se pone rígido en la silla.

—No sé si me apetece verlos, la verdad.

—¡Eh! No hemos venido hasta aquí para que te rajes tan cerca del objetivo. No vas a empezar tú ahora, por favor. Pero ¿qué es esta gente que abandona a las primeras de cambio? ¿Sam? Te estoy haciendo una pregunta.

Sam no responde. Béa adopta sus aires de institutriz severa.

—Os propongo que vayamos esta mañana a ver si siguen viviendo en el mismo lugar —dice volviendo a la carga—. ¿Qué opinas, Sam? Así lo sabremos enseguida. ¿Quieres?

—Perfecto —responde Élisabeth lanzando una mirada fugaz a Sam. —Ahora le aprieta la mano, como para volver a darle valor.

—Yo espero ese momento desde que lo conozco, así que ya sabéis lo que pienso —declara Greg.

Alice asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Cuatro contra uno. Ya no puedes echarte atrás.

El rostro de Sam se crispa, duda entre sonreír y llorar. Termina por sonreír.

—De acuerdo. Pero tú vas primero —le pide a Béa.

—Trato hecho.

## Regla 23

### El optimista que la sigue la consigue

—¿Te acuerdas de la casa donde vivías?

—Hombre, claro... Nosotros no teníamos chófer.

Élisabeth pillla la indirecta de Sam al instante. Con un gesto rápido, le propina una colleja.

—¡Ay! —Sam finge sufrir un martirio—. Vivíamos en la Avenue Pasteur —indica.

Está sentado delante, junto a Greg, que le acaricia la rodilla cada vez que cambia de marcha. Ya no las tiene todas consigo.

—¿Y si me dan con la puerta en las narices?

—No te preocupes. Hemos dicho que yo iré primero —lo tranquiliza Béa, que va sentada en el asiento de atrás con el folleto del centro de talasoterapia en las piernas e interrumpe su conciliábulo con Élisabeth sobre los beneficios de un tratamiento para la cara con aceite de argán o con arcilla.

Alice observa la sucesión de escaparates, todos centrados en el turismo o casi, entre dos bares que anuncian *happy hours*, conciertos de rock, karaoke e, incluso, concursos de dobles. No le faltan ideas para ir a tomar algo con Simon sin romperse la cabeza.

Simon.

Su Simon.

Que viene a hacer balance.

No acaba de creérselo.

Al final Béa tenía razón. Debe de ser esa la lección transmitida por sus nuevos amigos. Dejar que las cosas y la gente acudan a ella. Había que dejarlo madurar, mostrarle que era capaz de apañárselas sola. Ella que siempre ha forzado las cosas, por fin aprovecha el momento. Era demasiado impaciente. Va mirando por la ventanilla sin ver nada, absorta por completo en sus pensamientos. Se pregunta hasta dónde se siente la dependencia del otro; cuáles son las señales que permiten comprender que se trata de nuestra media naranja. Recuerda la pareja de pajaritos que había en casa de sus abuelos, en el salón, un regalo de unos amigos por sus bodas de plata, inseparables, incapaces de vivir el uno sin el otro. Cuando uno de los pájaros murió, el otro lo siguió unos días más tarde. ¿De dónde viene ese apego? ¿Cómo se reconoce a «nuestro»

inseparable? ¿De veras se puede saber? Alice no es capaz de responder a estas preguntas, pero siente que Simon forma parte de su vida, que es un trocito de su vida, un pedacito de ella. Lo comprendió el mismo día que se conocieron. Todo en él la atrajo desde el principio. Aunque Simon se hubiera puesto a recitarle el listín telefónico, no hubiera cambiado nada. Pero, el hecho de que quisiera analizar la situación, marcharse sin más, la ha confundido por completo. ¿Y si se hubiera equivocado con él? Tampoco era tan difícil. Esas cosas pasan. Gracias a sus amigos optimistas, ha comprendido que no tendría por qué ser un drama. Gracias a Béa, sobre todo. Alice la adora. Los adora a todos a su manera.

—¡Es ahí! ¡Ahí, ahí!

Sam golpea literalmente el brazo de Greg, casi contento de no haberse olvidado del sitio.

Las chicas observan la vieja casa de piedra de tres plantas, de fachada grisácea, desde la parte trasera de la Kangoo amarilla. No hay flores en los alféizares de las ventanas, solo un jardincito detrás de un muro de piedra y una cancela blanca.

—¿Estás seguro de que no se trata más bien de la guarida de unos piratas? —bromea Béa.

Sam no le hace caso.

—No, no, es ahí.

Tiene los ojos clavados en la puerta principal. Greg estaciona en una plaza de carga y descarga, a unos metros.

—Estamos de acuerdo, ¿verdad? —recapitula Sam—. Si es mi madre, le dices que estoy aquí, preparado para ir a verla. Si es mi padre, le preguntas por mi madre, dices que eres una amiga de una amiga y que ya volverás a pasar. ¿Vale?

—Vale.

En su asiento, Sam no puede quedarse quieto. No se cree que esté exponiéndose tanto ante unas mujeres a las que, días atrás, no conocía. Greg lo rodea con el brazo a la altura del pecho, en un gesto afectuoso que busca tranquilizarlo más que enternecerlo.

Béa sale del vehículo. Élisabeth decide seguirla para desentumecer las piernas y mostrar aplomo. Sam no ve ningún inconveniente. Al contrario, hasta le parece bonito que ambas mujeres lo apoyen y traten de reconfortarlo. Ya en la acera de la casa de Sam, Béa y Élisabeth se detienen delante de la puerta. Echan un último vistazo a la Kangoo. Sam les da el banderazo de salida. Béa se decide a tocar la campanilla suspendida sobre la cancela, a la derecha de la puerta principal.

Una vez.

Nada.

Una segunda vez a continuación. Más fuerte.

Nada todavía.

Una tercera vez.

La puerta de la casa se abre. A Sam se le va a salir el corazón del pecho. Greg siente en su

brazo cómo se aceleran los latidos de su novio. Él también contiene la respiración. El teléfono de Alice emite un bip melódico de riffs de guitarra y piano: acaba de recibir un SMS de Simon: «Ya estoy aquí».

Qué oportuno, se dice la joven, y vuelve a centrarse en la entrada. Se acerca a Sam, con una sonrisa de oreja a oreja. Una señora mayor, bastante mayor, con un delantal a la cintura y un pelador de patatas en la mano, se aproxima a la cancela. Observa a Béa y a Élisabeth circunspecta. ¿Qué quieren de ella? Desde lejos se percibe cierta desconfianza. Greg abraza a Sam un poco más fuerte.

—Esa no es mi madre —declara este con sequedad—. No tengo ni idea de quién es.

Ese es el momento que Élisabeth y Béa eligen para volver al coche.

—No conoce a tus padres. Hace más de diez años que vive aquí. No conoció a los antiguos inquilinos.

Unos coches de reparto pitán detrás. Greg se ve obligado a dejar la plaza.

—Ya no viven aquí —declara Béa—. ¿Estás seguro de que era ahí?

—Completamente.

Sam rememora antiguos recuerdos no muy alegres, reconoce la ventana de su habitación, vuelve a ver la panadería de la esquina, donde se atiborraba de caramelos. Le encantaban las *Têtes brûlées* de todos los colores, que le ponían la lengua azul, verde, amarilla... Vuelve a ver su juventud entera en esta calle, la carnicería donde su madre compraba los sesos. Sam los detestaba, pero a ella le encantaban, y a su padre, todavía más. Le compraba un poco de paté de hígado. «Con esto te vas a convertir en un hombre, en uno de verdad», decía el carnicero sonrosado, detrás de su mostrador repleto de pollos, pintadas y conejos desplumados y despellejados con el pescuezo retorcido. Recuerdos morbosos. «Con que sea un buen chico me bastará», decía siempre su madre. El carnicero sin duda estará jubilado. Quizá ya haya muerto. Como sus padres.

—Buscaremos en internet. Estoy seguro de que los vamos a encontrar.

Sam no se atreve a confesarles que él ya ha consultado las Páginas Amarillas cientos de veces para comprobar si sus padres todavía vivían allí. Al principio seguía figurando su apellido. Su dirección. Y de repente, un día, nada. Estaba seguro de que sus padres habían decidido no figurar. Muy propio de ellos. Sam incluso había llamado una vez al número de siempre. Fue su madre quien respondió, con un «diga» seco, firme, pero él no tuvo valor para hablar, para contarle en lo que se había convertido. En «un buen chico», como ella decía. Aunque, quizá, no a sus ojos. Reconoció su timbre de voz de inmediato. Estaba seguro de que era ella. Esperó dos o tres segundos, el tiempo suficiente para oír su respiración. Para recordarla. Acordarse de la voz de su madre, de sus besos en la nuca, olvidados para siempre. Un escalofrío le recorrió el espinazo solo de pensarlo.

En otra ocasión había vuelto a intentarlo. Había dicho: «Hola, soy Samuel». Y se produjo lo

contrario. ¿Estarían su madre o su padre al otro lado de la línea? Colgaron en el acto.

A Sam, sin embargo, nunca se le había ocurrido contemplar la posibilidad de que sus padres se mudaran. Ahora comienza a hacerse a la idea de que, sin duda, no volverá a verlos jamás. Puede que sea mejor así, de hecho. Tiene la impresión de ser el conejo al que destripaba el carnicero. Pide a Greg que detenga el vehículo. Sam desciende y vomita en el arroyo. Greg acude presuroso a socorrerlo. Todos salen para acercársele.

—Volved, volved adentro —dice él entre dos arcadas.

Alice le tiende un pañuelo que se saca de la manga.

Sam clava la vista en sus zapatillas de deporte, se seca la boca. Ese gusto amargo en el fondo de la garganta es el de su vida, piensa. Se siente abatido. Ya no tiene ganas de continuar. ¿Para qué? Se vuelve hacia la furgoneta y ve a Greg sacándole la lengua. Sonríe. Una sonrisa tímida, pero una sonrisa, al fin y al cabo. Ahora son todos los optimistas a bordo los que le sacan la lengua. Sonríe de forma abierta por fin y vuelve a sentarse junto a Greg.

—Está bien, ya podemos irnos. Pero no voy a sacaros la lengua. No quiero asustaros.

## Regla 24

### La felicidad de un optimista nunca viene sola

—¡Esto es un escándalo! ¡Un es-cán-da-lo! —Béa, con un albornoz de nido de abeja blanco, chanclas de goma y una toalla blanca anudada en la cabeza a modo de turbante, se encuentra en medio de una habitación azulada, con luces suaves y paredes de agua.

Junto a ella se encuentran Élisabeth y Alice, con la misma ridícula vestimenta de combate.

—¿Qué te pasa? —pregunta Sam.

Greg, a su lado, tiene un aspecto más atlético, aun en albornoz.

—Esto no se va a quedar así.

—Espera, no te enfades, explícanos.

Sam se le acerca. Podría parecer ridículo con esa pinta, pero, al contrario, el albornoz deja a la vista unas piernas finas y musculosas. Lo mismo en el caso de Greg.

—¡Nos prohíben el tratamiento porque tenemos cáncer! ¿Te das cuenta?

Sam no sabe qué decir.

—Hemos respondido al cuestionario de la forma más honesta posible y, ¡toma!, el médico asesor descarta cualquier tratamiento. Me parece vergonzoso.

Élisabeth y Alice, a su lado, no rechistan.

—Espera, debe de haber una solución.

—Si no hubiéramos dicho nada...

—Por otro lado, es bastante profesional —la interrumpe Greg.

—Oh, claro, a ti te da igual. Tú estás estupendamente.

—Béa, por favor, no me hables así.

—Perdóname, Greg, lo siento. Lo he dicho sin pensar. Es solo que estoy extenuada por esta situación. La enfermedad es también todo esto, todo lo que la rodea. Por mucho que sea fuerte y me diga que todo va bien, creo que en realidad no lo acepto. Yo también estoy muy nerviosa.

Todos la rodean. Élisabeth la acompaña hasta un sillón de cuero blanco de diseño escandinavo, muy depurado. Béa se desploma encima, con los brazos y las piernas separados.

Los demás permanecen de pie a su alrededor.

—Estaba tan contenta de haber venido, ¡si supierais!, de hacer como antes...

—Creo que ya nada será como antes —sentencia Élisabeth particularmente serena—. Tenemos que acostumbrarnos, Béa.

Le acaricia el hombro. Pero Béa no se resigna. En absoluto. Élisabeth trata de reconfortarla:

—Estamos aquí, Béa. Los optimistas también sirven para eso. Tú lo dijiste. Seamos más fuertes, pero todos juntos. Es ahora cuando hay que pelear. Mientras estemos vivos, todavía tenemos una carta que jugar.

—Sí, pero no me esperaba que metieran el dedo en la llaga. A partir del momento en que estás enfermo, te tratan como a un apestado. ¡Solo tengo cáncer, joder! No tengo la peste ni el cólera. No hago daño a nadie, ¿no? —exclama dejándose llevar.

Los clientes del centro de talasoterapia pasan por delante de esta insólita asamblea reunida alrededor de una mujer peculiar y desamparada sentada en un sillón.

—¿Puedo ayu...? ¡Eh! Pero, Samuel, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Bastien! ¡Anda! ¡Qué fuerte! ¡Es genial! Amigos, os presento a Bastien, un amigo de la infancia.

Bastien los observa uno a uno.

Lleva un pantalón chino rosa palo, una camisa blanca sin una sola arruga y una chaqueta azul, entallada, con botones dorados y anclas marineras.

—Bastien, te presento a Béa, Élisabeth, Alice y Greg.

El hombre saluda a la pequeña tropa con una gran sonrisa en los labios. Su largo flequillo rubio, sus ojos azules translúcidos y sus dos metros de altura han causado una gran impresión tanto en las mujeres como en los hombres del grupo.

—O, si lo prefieres, ¡puedes llamarnos «el club de los optimistas»!

Bastien rompe a reír con el anuncio de este extraño apelativo.

—Me parece el lugar ideal para reunir a este club que todavía no conozco, ¡pero al que me encantaría conocer!

Sam sonrío.

—¿Qué te trae por aquí con tus amigos?

—Sería un poco largo de explicar en dos minutos. Solo hemos venido a celebrar...

Sam observa a sus acólitos.

—... ¡nuestra primera quimioterapia!

La cara de Bastien se ensombrece de inmediato.

—¡Ay! Lo siento muchísimo. —Parece afectado de veras—. Mi madre acaba de pasar por lo mismo.

—¿Y lo ha superado? —lo interroga Béa súbitamente.

—Lo ha superado —confirma Bastien—. Lo ha superado —repite, sumido, por el espacio de un



instante, en el recuerdo del hospital, de los olores metálicos, de los tratamientos, de las dudas y de la alegría al enterarse de la remisión.

—Uf, nos tranquiliza, joven —declara Béa.

El personal del centro pasa cerca del pequeño grupo y saluda a Bastien con un gesto respetuoso de la cabeza. Este responde de forma mecánica, educada.

—Pero ¿qué haces tú aquí, en este centro de talasoterapia? —pregunta Sam.

—Bueno, pues, de hecho, creo que lo dirijo.

—¿En serio? ¿Tú eres el jefe?

—Exacto. Así es como puedes llamarme. Aunque todavía no me haya acostumbrado.

—Pues ¡nos viene usted como anillo al dedo! —exclama Béa, animada de nuevo—. Acaban de prohibirnos el tratamiento por la sencilla razón de que tenemos cáncer. Salvo él.

Señala a Greg con el dedo.

—Greg es mi novio —precisa Sam.

—Encantado —dice Bastien—. Es una lástima lo que me cuentan —prosigue inmediatamente—. Por un lado, me alegra comprobar que nuestros médicos aplican el protocolo. Bajo ningún concepto queremos jugar con la salud de nuestros clientes. Pero, por otro, no me gustaría que el club de los optimistas se disolviera aquí y ahora por nuestra culpa.

El tono afectado e irónico de Bastien disuelve el enfado de Béa y los invita a todos a relajarse.

—Voy a ver lo que puedo hacer, estoy seguro de que encontraré una solución. De otro modo, dimíto y me uno al instante a su club. ¿Me aceptarían?

Sam se sorprende pensando que había olvidado el sentido del humor de su amigo de la infancia, del que no era especialmente íntimo, pero al que apreciaba cuando, en el patio del colegio o en el café de la esquina, se reunían para arreglar el mundo, entre clase y clase de física y química junto al fútbolín.

—Yo prefiero que no se una usted tan rápido —exclama Béa. Y echando un ojo a sus cómplices—: Sin embargo, ¡podemos nombrarlo miembro honorario!

—Permítanme en tal caso que les regale la bebida del día para celebrar mi ingreso: una infusión de zumo de limón y jengibre, con una puntita de acerola. ¡Un verdadero depurador!

—¡Todavía no hemos empezado la quimio, pero seguro que nos sienta igual de bien!

Bastien regresa con los vasos y los elegantes termos que hay a disposición de los clientes en las cuatro esquinas del centro de talasoterapia.

—Me ocuparé personalmente de ustedes a partir de ahora.

Sam escruta su vaso en busca de un número grabado en el fondo, en vano.

Bastien, por su parte, se dispone a dejarlos.

—Encantado de volver a verte, querido Samuel. Déjame que te dé mi tarjeta y mi número. —

Tiende una tarjeta a cada uno—. Si surge cualquier problema, llámenme. Y yo me encargo de este pequeño contratiempo.

—Es muy amable. Tenía muchísimas ganas de venir aquí y ahora me da la impresión de ser una paria —resume Béa.

—No se preocupe, querida señora (o querida optimista, no sé cómo llamarla), voy a solucionar todo eso.

—Llámeme Béa. Tu amigo es increíble —prosigue, dirigiéndose a Sam y delante aún de Bastien, que se dispone a besarle la mano—. Tampoco se pase —añade—, aunque admito que no es desagradable que la cortejen a una, incluso a mi edad.

—Cuidado, Bastien, es una devoradora de hombres.

—En ese caso le presentaré a mi mujer, estará encantada de conocerla.

Con esas palabras, Bastien se dispone a alejarse de los miembros del curioso club, que ya sorben su infusión.

Béa le hace un gesto para que se acerque y le murmura algo al oído. Bastien se ríe a carcajadas.

—¡Me encanta su lema! Vuelvo enseguida —promete Bastien—. Perdónenme, tengo una agenda de ministro en estos momentos. Samuel, espero que podamos charlar un poco. ¡Con la de tiempo que hace! ¡Y que pueda conocerlos mejor a ustedes también! —Bastien sonríe con más intensidad.

Alice piensa que sonríe demasiado, no le gusta ese tipo de hombres, siempre felices. La deprimen. Greg, sin embargo, no es de la misma opinión.

—Tenemos cosas que contarnos, en efecto —concluye Sam.

—Vuelvo enseguida...

## Regla 25

### Ceder al canto de los optimistas

—Tu amigo de la infancia es genial, genial, genial. Si lo sé, me quejo mucho más.

Béa, Alice, Élisabeth, Sam y Greg están todos decúbito supino con sus albornoces, unas toallitas calientes en los ojos y mascarillas faciales de arcilla con sales marinas enriquecidas con añil.

—Es nuestro «tratamiento de la casa» —les ha recordado la esteticista antes de que pasaran a esta amplia sala con ventanales y vistas al mar, por un lado, y a la piscina, por el otro—. El señor director ha insistido en reservar esta sala exclusivamente para ustedes.

Se oye una música suave. ¿Flauta dulce?, ¿violoncelo?, ¿viola da gamba?, Greg trata de reconocer el fragmento desde que ha empezado a sonar. A no ser que sea *Rigoletto*, de Verdi. Cuando está en la tienda, le encanta adivinar la música de la radio, pero ahora, se deja llevar. Es delicioso. Las piedras calientes en los antebrazos los mantienen inmóviles.

—Me siento bien —declara Alice, lejos de sus auriculares.

—Yo también —dice Élisabeth.

Las esteticistas se afanan a su alrededor en un silencio algodónado. El médico ha adaptado el protocolo para no agravar su situación. Ha procurado acentuar un efecto de relajación y calma, y ha proscrito cualquier tratamiento estimulante. Tratamiento a medida. A Béa le ha faltado besar a Bastien y cogerlo en brazos.

—¿Qué hay programado después?

—Afusión de agua dulce en la piscina.

—Creo que me voy a dormir.

—*Zzzzz... Zzzzz... Zzzz...*

El *Rigoletto* de Verdi ha podido finalmente con Greg.

—Os aviso: cuando lleva un rato durmiendo, Greg ronca muy fuerte.

Las tres mujeres ríen inmovilizadas bajo las mascarillas.

—Se me va a quedar una piel de bebé... Ya no necesitaré cirugía estética.

—Pues yo ya me he puesto inyecciones de bótox —confiesa Élisabeth—, en la frente y en las comisuras de los labios. Bernard no se ha dado cuenta de nada. Valía la pena.

—¿Por qué te lo hiciste entonces? —se interesa Alice, aún bajo la mascarilla.

—Me veía fea, feísima. Después de la menopausia, creí que el mundo se desmoronaba. Sin hijos, me daba la impresión de haberme convertido en un fruto seco. Una pequeña ciruela. Me veía la piel apagada. Tenía la sensación de estar volviéndome gris. A Bernard lo habían destinado a los Emiratos Árabes Unidos en aquella época. En ese país, te pones una inyección de bótox como el que va al dentista. Lo probé, pero no terminé de apreciar lo de tener la cara tan tersa. Aquella no era yo. Preferí jugar con mi apariencia, diferenciarme. Así que lo dejé y elegí este corte de pelo...

—Es verdad que es valiente.

—A mí me encanta —confiesa Sam—. Te queda muy bien ese blanco, ese violeta. No es algo que se vea en todas partes.

—Ese era justo el efecto deseado. Mientras que a las mujeres con bótox te las encuentras a patadas.

—¿Sabes a quién te pareces?

—¿A Agnès Varda?

—Totalmente. ¿Ya te lo han dicho?

—¿A quién? —pregunta Alice.

—Agnès Varda, una directora de cine muy famosa, de los años setenta y ochenta. Todavía hace películas, creo. Era la mujer de Jacques Demy. Ay... *Las señoritas de Rochefort*, *Piel de asno*, *Los paraguas de Cherburgo*. ¿Te suena?

Béa parece nostálgica.

—Me encanta esa mujer. Divertida, imaginativa, libre... ¿Os acordáis de *Cléo de 5 a 7*?

—No la he visto —confiesa Alice.

—Cléo somos nosotras, Alice, nosotras. En la película, tiene que recoger unos análisis (sin duda está enferma de cáncer) y mata el tiempo esperando a su manera, en París, con desconocidos. Te regalaré el DVD.

—Ah, ya, pues es verdad. Entonces ¿te pareces a ella? —retoma Alice.

—¿A Agnès Varda? Por el pelo bicolor, sí. Pero, por lo demás, no tengo ni la genialidad de esa señora ni mucho menos a su marido. Me identifico más con Cléo, sin embargo. Todos somos un poco Cléo en este momento, tienes razón.

En la estancia silenciosa, bañada por el sol, se oye un ligero ronquido. Greg, pero también Sam, ahora, ha sucumbido a las manos expertas de las esteticistas.

—Son tan lindos los dos —aprovecha Béa.

—Forman una bonita pareja, muy armoniosa.

—Ojalá hubiera el mismo amor entre Simon y yo —murmura Alice—. Se quieren, se nota. Son hermosos.

—Se complementan muy bien.

—Un bonito ejemplo de amor del que algunos deberían tomar nota.

—Espero que Sam encuentre a sus padres.

—Yo también lo espero.

—¿Cómo se puede abandonar a un hijo por su orientación sexual? ¿Cómo es eso posible todavía? No consigo entenderlo.

—Yo tampoco —reconoce Élisabeth—. Tu generación lo tiene más fácil, Alice.

—No te equivoques. Tengo muchos amigos homosexuales que no tienen relación con sus padres. Todavía no está aceptado del todo, ¿sabes?

Un silencio.

Sam ya no duerme, somnoliento, escucha a sus nuevas amigas. Sus palabras lo conmueven. Él también espera encontrar a sus padres. ¿Podrá perdonarlos si los encuentra? Solo quiere poderles decir que todo va bien, que es feliz. ¿No es el sueño de todo padre saber que sus hijos son felices? A Sam le gustaría pensar que sí.

—El tratamiento ha terminado —susurra la esteticista.

Greg se despierta.

Todos se miran. Tienen la cara suave y limpia, los rasgos relajados.

—Creo que ahora sí que formamos un verdadero club de los optimistas, amigos —concluye Sam.

—El carnet de socio sale algo caro, pero ¡qué gozada! Gracias, chicos. —Béa se seca una lagrimita del rabillo del ojo.

## Regla 26

### Nada es imposible para un optimista

—¡Amigos, amigos! ¡NUNCA adivinaríais con quién me he cruzado en los vestuarios! —Béa está muy nerviosa, jadeante. Da palmadas como una niña—. ¿Estoy bien? ¿Estoy bien así? ¿No estoy muy fea? —Se ha quitado la toalla de la cabeza y se ha atusado el pelo.

—¿Con mi marido? —prueba Élisabeth.

Béa niega con la cabeza.

—¿Con Simon? ¡Aunque me extrañaría, no lo conoces...!

Béa vuelve a menear la cabeza.

—¿Con uno de tus amantes?

—Mejor que eso.

—¿Con todos tus amantes?

—Todavía mejor que eso.

—¿Con Bastien en bañador? —pregunta Greg irónico.

—¡Eh, oye, tú! —exclama Sam.

—¿Qué? ¡No está mal tu amigo de la infancia! Yo me lo merendaba encantado.

—Para. No quiero saberlo... ¿Con Agnès Varda?

—No, mejor. Con Joh-nny. —Béa separa las sílabas—. ¡Con Johnny Hallyday! ¡En carne y hueso! Sin su esposa Laeticia. Solo. Sentado ante un zumo verdoso en el bar del centro de talasoterapia. ¡Rápido, Sam! Tengo que conseguir un tratamiento en la cabina de al lado de la suya. ¡Llama a tu amigo Bastien! No me lo creo. Mi ídolo ya no tan de los jóvenes...

El resto de los optimistas no manifiesta un entusiasmo tan explícito como el de Béa. Parece chafada.

—¿No? Pero ¿no os dais cuenta? ¡Es genial! ¡Mi ídolo de juventud! Aquí, justo a mi lado. ¡Me en-can-ta! —Comienza a canturrear.

—Hum, vale. Voy a tratar de conseguirte alguna cosa —accede Sam un poco incómodo.

No le gusta pedir favores, pero siente lo acuciante de la petición de Béa, lo esencial, incluso.

—No podéis saber hasta qué punto estoy nerviosa.

—No hace falta que nos lo digas, ¡ya se ve! —responde Élisabeth, divertida—. Yo no tengo

ídolos así. —Reflexiona alzando los ojos al cielo, un poco perdida. Prosigue—: En cualquier caso, estoy casi celosa. Entran ganas de tener ídolos. Pareces una adolescente antes de su primer baile.

—¡Es que es eso! ¡Ay, ay, ay! Cuando se lo cuente a Hélène, no me va a creer.

Sam parece convencido de pedir ayuda a su amigo Bastien. Greg aprovecha para salir a fumar a una de las terrazas y se encuentra a Alice enfrente del mar. No lo ha visto llegar. La sorprende haciéndole cosquillas en la cintura, un gesto un poco fuera de lugar. Sin embargo, se atreve. Ella se sobresalta. Está hablando por teléfono.

—¡Oh, perdón! —susurra Greg—. No había visto que estabas al teléfono —termina en un tono más bajo.

Se aparta y rebusca en los bolsillos de su albornoz hasta encontrar el tabaco y el mechero. Se enciende un cigarrillo, aspira una profunda bocanada, observa el horizonte y se siente muy afortunado de estar ahí a pesar de todo. Alice ha bajado la voz, habla muy suavemente, con una sonrisa en los labios. Voz de enamorada. Ha debido de llegar Simon. Greg observa a la joven de perfil. Tiene un aire de heroína de manga, decidida y enclenque, larguirucha y elegante. Piensa en Lara Croft también, pero con albornoz blanco. La imagen lo hace reír para sus adentros. Se arrepiente de haber sido tan brusco anoche en el coche, pero está claro que la jovencita no le guarda rencor. Le dio un beso y un fuerte abrazo antes de irse a dormir, con ojitos de cordero degollado pero feliz. Incluso le dijo «gracias».

Greg se sorprende experimentando una nueva forma de amistad amorosa por las mujeres, nada sexual, solo ganas de protegerlas, de estrecharlas entre sus poderosos brazos. Le gusta mucho esta mezcla de ternura y elegancia, de fuerza y bondad. Todo lo que desearía ser, todo aquello en lo que intenta convertirse, a su manera, en pequeños toques. No está seguro de conseguirlo. Tampoco es fácil, pero lo intenta. Se da cuenta de que el contacto con las mujeres lo calma y corrobora en su ser masculino. Puede que de joven tuviera miedo, pero ahora sabe que ahí reside su fuerza. Ellas le dan forma. Cuanto más las frecuenta, más lo convierten en un hombre, con su sensibilidad, su carácter, su lado femenino y su amor. Porque, una cosa es segura, solo quiere a Sam. Haría cualquier cosa por él. ¡Hasta ir a un centro de talasoterapia en chanclas de goma! Se sorprende sonriendo de nuevo. Saca el móvil y llama a su madre. «La primera de las mujeres de mi vida», piensa. La llama todos los días a la misma hora, o casi, aunque no tenga nada que contarle. Un minuto. Una hora. No importa. Se aísla a su vez, caminando de arriba abajo por la terraza, aspirando con rabia del cigarro.

Le llega el turno a Alice de observar a este apuesto hombre. ¡Lástima que no le gusten las mujeres, porque su piel lampiña, algo bronceada —seguro que tiene orígenes mediterráneos—, y ese cuerpo poderoso la atraen muchísimo! Su mirada es protectora, como la de un hermano mayor. Si dice las cosas de una forma un poco brusca, no es que sea impertinente, solo desborda ternura.

¡Florista! Le pega. Se lo imagina con esos polos que dejan adivinar un torso y unos brazos torneados, detrás del mostrador mientras compone ramos de flores, a cada cual más colorido, añadiendo una pequeña rosa en cada ocasión, una margarita para el cliente o la clienta, por el gusto de agradar. Esa combinación de fuerza y delicadeza que posee lo hace terriblemente encantador. Alice lo nota nervioso al teléfono. Está tratando de abreviar la conversación.

—¿Me pasas uno?

Alice y Greg han guardado sus teléfonos y observan el horizonte, uno junto al otro.

—¿Todo bien? —pregunta Alice.

Greg baja la cabeza, dispuesto a hablar, pero se detiene en el último momento. Alice le devuelve el paquete de tabaco, enciende su cigarrillo y exhala una bocanada, expulsándola y tosiendo acto seguido. Greg coge otro.

—Puede que no sea una buena idea —le dice señalándole el cigarro—. Ya estoy nervioso. Es mi madre. Cada vez que la llamo, me siento como si tuviera cinco años. No hagas esto, no hagas lo otro. Me pongo malo. Pero sé que si ya no me diera todos esos consejos me sentiría muy raro. La adoro, aun cuando me riñe. Y, al final, nos decimos que nos queremos.

Alice le da otra calada. Greg la siente más fuerte que nunca. Alice descubre la fragilidad de Greg.

—A mí me pasa lo mismo con la mía —farfulla ella—. Siempre se preocupa por mí. Me cuesta hablarle. Ya no me atrevo a contarle mi vida. De hecho, no, no tengo ganas. No le incumbe.

Greg guarda silencio.

Ambos dan una calada a sus cigarros.

—A Sam y a ti se os ve tan bien... —prosigue ella intentando cambiar de tema—. Formáis una pareja muy bonita. Da la impresión de que sois felices, de que estáis enamorados, siempre en la misma onda. En mi caso, siempre es complicado.

—Si me hubieras visto hace diez años, no habrías dicho eso. Tú es que pareces totalmente enganchada a tu chico.

Alice enmudece. Su perfil se confunde con las pocas nubes gredosas que hay a lo lejos. El aire revitalizante no la alcanza con tanto vigor como preveía.

—Creo que hay que avanzar, tantear, intentar, observar, escuchar y, al final, elegir siempre, por uno mismo, lo que se quiere hacer de verdad, lo que de verdad se desea ser. Tú eres tan joven...

—No eres mucho más mayor que yo.

Greg se detiene un instante.

—Tienes razón, no es el club de los optimistas en realidad, ¡es el club de las viejas brujas lo que vamos a terminar formando! —exclama. Y continúa—: Esto me recuerda una conversación que tuve con un amigo de mis padres hace un par de décadas. Estaba empezando a salir, a hacer tonterías. Hacía algunas estupideces, pero era consciente de ello. Yo tenía ganas de ponerme a



prueba, de ver mis límites. Y me tranquilizó que me dijera eso. Todos necesitamos que nos avalen nuestras decisiones, ¿no? Tener unos límites y hacer tonterías dentro de los límites. «Saber hasta dónde puede uno llegar», repite siempre mi madre. Creo que tiene razón.

Greg rodea los delicados hombros de Alice con el brazo.

—Haz tonterías, pero dentro de unos límites, Alice. Recuerda eso. Prueba, intenta, no tienes nada que perder. No siempre es fácil, está claro. A todos nos gustaría un poco más de estabilidad, pero forma parte del juego.

—Yo me siento preparada, por la enfermedad, por la vida también. Creo que de verdad necesitaba estar mala para aceptar venir con vosotros. Y ser un poco inconsciente también. No suelo marcharme así. Tengo la impresión de llevar una existencia tan sencilla y ordenada... Nada desentona. Y esto, estar con vosotros, todos juntos, no saber adónde ir... Confieso que me gusta la sensación. Es como un campamento de verano para adultos. Y me permite reflexionar, además. ¡Mi vida parece escapárseme tanto en este momento!

—Eso es. La enfermedad te da esa fuerza, creo yo. Volver a encontrar tus principios de chiquilla. Creerte invencible. Como no sabes qué traerá el mañana, te dices: «¡Venga, me lanzo! No tengo nada que perder». Es la única cosa positiva que le veo a la enfermedad. Que fuerza tu verdadera naturaleza. Dejas de mentir. Juegas con las cartas encima de la mesa. Hay que darlo todo.

Greg nota que Alice tiritita bajo su brazo.

—¿Entramos? —pregunta la joven, más envalentonada que nunca.

—Entremos —dice Greg frotándose las manos para calentarse, listo para darlo todo él también.

## Regla 27

### Libertad, igualdad y optimismo

—¿Qué plan tenemos para esta noche?

—Yo me voy al centro. Simon ya está aquí. Me ha llamado hace un rato, cuando estaba en la terraza —dice Alice mirando a Greg—. Ha cogido una habitación en un hotelito. Béa, toma, te doy la llave de la mía. Puede que tengas que ocuparte de Elvis...

Béa asiente sin problemas.

—Sam quiere enseñarme algunos lugares de su infancia. Nos cogemos la noche —anuncia Greg.

—¡Venga, venga, tortolitos! Élisabeth, ¿nos damos un pequeño homenaje en el restaurante del hotel entre solteronas desengañadas? —propone Béa—. ¡Me quedan dos o tres páginas de mis *Confesiones de una optimista amargada* por rellenar!

—Encantada. —Élisabeth sonrío—. Con mucho gusto.

## Regla 28

### Viento, optimista y fortuna, mudables como la luna

Alice sale del hotel a paso ligero.

Se siente libre, como el viento que le azota la cara. ¿Quién le hubiera dicho que pasaría la semana aquí, en Saint-Malo, en este hotel de lujo con unas personas a las que la semana pasada no conocía? No es que le guste esta sensación, es que le encanta. ¿Será eso lo que llaman dejarse llevar? Sin duda.

Simon ha quedado con ella en un café del casco antiguo, cerca de las murallas. El ambiente es festivo. De los grupos de amigos y familias se desprende la alegría de reunirse para tomar una copa o comer una crepe. En esta parte de la ciudad, las terrazas de junio empiezan a llenarse. Las esquinas que reciben un poco de sol son pocas y en el centro están disputadas. Mientras recorre las callejuelas adoquinadas de Saint-Malo, Alice comienza a soñar. ¿Hace cuánto que no se va de vacaciones? A Simon no le va eso. Nunca quiere moverse, ni siquiera organizar una escapada de fin de semana. Prefiere estar con los amigos, jugar a las cartas, beber cerveza y escuchar vinilos que solo él conoce. Sin embargo, Alice le ha dicho muchas veces que quería salir de viaje. Le extrañó que fuera a irse a Asia. No es su estilo. Más lógico le ha parecido que decidiera no ir en el último momento. ¿Estará de verdad hecho para ella, después de todo? ¿Por qué decide uno vivir con otra persona? ¿Por qué se separa uno? Hay que tener valor para renunciar a una elección, a un proyecto de vida. Alice se pregunta si no querría vivir con Simon solo para formar una familia. ¿Quiere de verdad a Simon Ménoret? A él o a otro... No es fácil, sin embargo, de cara a los demás, a una misma, admitir que se ha equivocado. Pero se tiene derecho a cometer un error, ¿no? Así como echa de menos el ritmo de la guardería, a los niños y sobre todo a Ursule, a Simon, su vida diaria y su entorno, no, en absoluto. Es una señal.

Busca en el teléfono la dirección exacta. Le Médiéval. Una cervecería. Se encuentra justo delante. Hace una semana, Alice habría tenido el corazón hecho trizas, habría estado lista para derrumbarse en el umbral de la puerta. Ahora entra en el bar casi jovial. Ve a Simon en un cubículo con asientos enfrentados, de cuero negro y mal acolchados. El joven se levanta para besarla. Le brillan los ojos. Alice se fija enseguida en que se ha afeitado la perilla. Lo hace parecer más joven. Casi parece un niño.

—Pareces en forma, vaya.

Es verdad que Alice tiene la tez más fresca, menos lívida que una semana antes. El aire de Saint-Malo, la talasoterapia, todo eso junto, sin duda, y sus amigos optimistas, sobre todo, lo han hecho posible.

—Digamos que estoy viviendo una aventura un poco... —Se lo piensa y luego prosigue—: Diría que una aventura rara desde hace unos días. Sobre todo es que he conocido a unas personas a las que nunca habría conocido de no estar enferma. —Se calla.

Simon la encuentra cambiada, con más aplomo. Su presencia, su forma de hablar... Su voz tiene cuerpo, se yergue muy derecha.

Por su parte, Alice no encuentra nada más que decir. Le gustaría sujetarle las manos, abrazarlo, pero no, no tiene ganas. Simon ha dejado de hacerle efecto. Se da cuenta.

—Sería demasiado largo de explicar. —Y abrevia—: Entonces ¿no te fuiste? Te habría ido bien. Asia tiene que ser muy chulo.

—Me habría gustado irme contigo, en realidad.

—Estando enferma, no creo que hubiera sido posible, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé. Lo siento, he sido demasiado estúpido.

—En eso no te equivocas. Me enfadé contigo, ¿sabes? Creo que todavía estoy enfadada. Me parece que tu pequeño colibrí se ha escapado, Simon. Digamos que le abriste la jaula. Y creo que hiciste bien.

En el bar resuenan las carcajadas de los habituales, de pie en la barra o apretujados en los cubículos. Parte de la copiosa clientela se extiende hacia la calle.

Simon se muerde los labios.

—¿No quieres que volvamos a estar juntos?

—Pienso que no. No creo. No, no quiero, Simon. Era la semana pasada cuando te necesitaba. Y fue Emmanuelle quien me consoló. No tú.

—Sí, pero entiéndeme...

—Te entiendo perfectamente. No te culpo por eso. No te odio, ni siquiera siento nada más por ti, Simon. Quería estar segura. Por eso he venido.

—El cáncer te ha perturbado por completo...

—O me ha abierto los ojos, como prefieras.

—Como prefieras, eso es, eso es. Vamos a dejarlo ahí, ¿no? Voy a pagar. Deja. Me vuelvo esta misma noche. Dame noticias, aunque sea de vez en cuando. No soy tan horrible como crees.

Simon se levanta del banco y se dirige a la barra, paga las bebidas y vuelve con Alice.

—¿Un abrazo por lo menos?

Alice se levanta a su vez y le acerca la mejilla. Simon la abraza tímidamente. Alice se desliza por entre las sillas del bar. Simon la sigue hasta fuera, al exterior del bar.

—¡Adiós!

—Adiós.

Cada uno se marcha por su lado. Alice se observa las puntas de los pies con una sonrisa en los labios. Piensa que ha tomado la mejor decisión de su vida. Para celebrarlo, decide ir por la playa para ver el mar.

## Regla 29

### El optimista siempre encuentra la horma de su zapato

Sam sujeta con firmeza la mano de Greg.

—Date prisa, pronto la marea estará baja.

Llevan gafas de sol, unos cortavientos azul marino que han encontrado en una tienda de recuerdos del paseo marítimo, vaqueros y sus zapatillas deportivas Veja. Greg y Sam tienen todo por partida doble. Hablan y responden al mismo tiempo. Se parecen muchísimo. Como dos hermanos. Sam ha adoptado los gestos de Greg; Greg se sorprende utilizando las mismas muletillas que Sam. En el paseo de la playa del Sillon enmudecen, miran en la misma dirección, hacia el Grand Bé, en la desembocadura del río Rance.

—¡Que te duermes, que te duermes!

—Es que me estoy impregnando de las vistas de tu juventud —se burla Greg con la mano en el corazón.

—¡Deja de reírte! —Sam le da un golpe con el hombro.

—Pero es que de verdad que es bonito y muy relajante. Casi dan ganas de salir a alta mar en un barquito...

—Aquí era donde venía cuando estaba triste. Y vine mucho, te lo aseguro.

—Pobrecito mío... —Greg estrecha a Sam en sus brazos y lo besa en la sien, por encima de la patilla de las gafas. De paso le roba un beso en la boca.

—Ven, sígueme.

Ascienden a la cima del Grand Bé a paso ligero y rápido. Arriba del todo, la tumba de Chateaubriand domina la vista sobre el mar.

—No tuvo mal gusto.

—Cuando muera quiero que me entierres aquí. En Saint-Malo.

—Para...

Ahora es Greg quien golpea a Sam en el hombro.

—¿Qué? ¿Prefieres no saber mis últimas voluntades?

—Sí, sí. Pero, bueno, prefiero pensar que te vas a curar.

—El vaso está medio lleno. Al menos hay que hablar de ello. Nunca se sabe. En eso Béa tiene

razón.

Sam comienza a exponer su desiderata.

—Quiero que me entierren aquí. Quiero un ataúd de madera de chopo. Me encantan los chopos. Con empuñaduras de cuerda, como en los barcos. Nada de doraduras, me parece feo, no me gusta. Lo más natural posible.

—Elige uno de cartón. Será más rápido.

—Ay, eso sí que no podría. Es una tontería, ¡pero que sea de chopo me tranquiliza! Nada de marquetería o similar por fuera. Madera. En bruto. Lo esencial. Lo natural.

—Tomo nota, jefe. Cualquiera diría que estás haciendo la lista de la compra.

Los turistas a su alrededor escuchan esta discusión un poco fuera de lugar. Greg aprovecha para ponerse de rodillas.

—¿No crees que este sería el momento adecuado para decirme que sí?, ¿para hablar de la vida en vez de la muerte?, ¿para dejar de esperar al final de tu tratamiento, a que te cures, y reírnos de una vez por todas de todo eso?

—No lo sé. Lo voy a pensar —contesta Sam con remilgo.

—De eso nada, no lo sigas pensando. Quiero y exijo (y no es fácil decirlo) que Samuel Louis Dillon, aquí presente, le diga que sí a Grégoire Antoine Bender, para toda la vida, por los siglos de los siglos. —Greg vocifera como un actor de la Comédie-Française.

—Bueno, vaya, no voy a tener más remedio que decir que «sí»...

Greg se incorpora y coge a Sam en brazos, lo levanta del suelo y le da vueltas, con los pies en el aire, en la cima del Grand Bé. Ya no hay nadie que pueda verlos. Solo la tumba de Chateaubriand y una gaviota.

—No sabía yo que Chateaubriand te produciría tal efecto —dice Greg.

—Creo que es estar al aire libre lo que me vuelve casi inconsciente. ¿Cuándo nos casamos, entonces, de verdad? —pregunta Sam.

—Cuando quieras. ¿Cuándo volvamos a París?

—Cuando volvamos a París —responde Sam de forma afirmativa.

—Este es el día más bonito de mi vida —declara Greg solemne. Tiembla de impaciencia en el sitio.

—De la mía también —reconoce Sam a su vez.

—Ahora tengo muchas ganas de ir a contárselo a las demás.

—Nuestras damas de honor van a ser un poco *vintage*, pero creo que les encantará.

## Regla 30

### Optimista escaldado, del agua fría huye

—¿Todo bien? ¿Estás bien así?

Béa descansa en la gran cama *king size* con dosel de su habitación, con la ventana central abierta al mar. Si se asoma, a la izquierda, cuando no está nublado, se vislumbran el Grand y el Petit Bé. El sol se está poniendo, pero Béa no enciende la luz. «Estoy hablando con un gato», se dice, y no encuentra nada que añadir. Elvis se ha tumbado cuan largo es sobre su cuerpo. Con una almohada detrás de la cabeza, Béa pasa de un canal de televisión a otro sin prestar realmente atención más que a Elvis, con quien se encariña cada vez más. Él también parece haberla adoptado. «No, no estoy hablando con un gato, estoy hablando con Elvis», rectifica. El animal se le enrosca en el vientre, estira las patas delanteras a la altura de su pecho y las posteriores sobre sus muslos. Imposible moverse. El haz luminoso de la tele reverbera sobre las paredes. Un teatro de sombras se despliega en la habitación. A Béa no le gustaría despertar a Elvis, que duerme como un lirón. Tiene la impresión de estar viendo un espectáculo, en penumbra, con el ruido del mar a lo lejos, las sombras en la pared y la banda sonora de los últimos visitantes que dejan la playa. Acaricia al animal con delicadeza. Se dice a sí misma que le encantaría tomarse una copa de tinto, pero, visto su estado, prefiere abstenerse. No es bueno para su hígado. Sigue concentrada. El pelo sedoso de Elvis bajo la mano la calma igual de bien, al fin y al cabo. Béa siente ahora el dolor de sus numerosos tumores, pero Elvis le permite canalizarlo. No ha tenido un animal doméstico en la vida. Menos aún un gato. Demasiadas obligaciones. ¿Y si muere? ¿Quién se ocuparía? Béa no quiere ser una carga. Para nadie. Ni siquiera para un gato. No, prefiere disfrutar de Elvis así, de vez en cuando, recolectar la fuerza indescriptible que este le da en lugar de tener que lamentarse por haberlo adoptado. Coloca bien las almohadas. ¡Cuatro almohadas para ella sola! A medida que Elvis se estira y ronronea, Béa recuerda las historias que ha leído a propósito de esos gatos que saltan a las camas de los moribundos antes de que estos pasen a mejor vida, esos mismos gatos llamados al rescate por el personal médico de las residencias de ancianos porque sienten cuándo llega la muerte a las personas mayores.

En la cabeza de Béa todo se mezcla de manera deliciosa. Vuelve a pensar ahora en la llamada del oncólogo, que sentía no poder suministrarle la quimioterapia en el momento deseado. La



extensión de los tumores es más grave de lo previsto, le confió. Quiso informarla también de que la quimioterapia tal vez no le hiciera ningún efecto. Sabe que es la más afectada de los optimistas, de modo que mejor aprovechar estos pocos momentos preciosos con Elvis y sus nuevos amigos. Se toca las manos, se las coge, se pasa el pulgar derecho por debajo de la palma izquierda. Se siente las venas, la piel, los huesos. Todavía está viva, se dice. Los ojos penetrantes de Elvis la descifran, la escanean y tratan de relajarla. Béa cierra los ojos y escucha el ronroneo del gato, un latido áspero de corazón, una nana conmovedora que la duerme. Béa sueña, con el mando de la tele en la mano, sumiéndose en una siesta improvisada, con una sonrisa en la comisura de los labios. Se siente bien. Muy bien, incluso. De hecho, nunca ha sido tan feliz.

## Regla 31

### El corazón tiene razones que el optimista ignora

—Señorita, por favor, sería mejor que se alejara de esta zona si quiere fumar.

El joven, mal afeitado, con vaqueros negros, camiseta blanca y cabello rubio recogido, termina la frase sonriendo.

—Podemos fumarnos uno juntos, incluso, si quieres. Pero si te importa la vida, sería mejor hacerlo en otra parte.

Alice observa el reagrupamiento de la playa. Unos hombres sacan cajas de madera de unos camiones estacionados justo frente al mar; otros conectan unos amplificadores entre ellos.

—Preparamos unos fuegos artificiales para el fin de semana. Una chispa y, ¡bum!, empieza la fiesta antes de tiempo. Bueno, ¿qué?, ¿nos fumamos ese cigarro?

—¿Ligas así con todas las chicas solas en la playa?

—No. Solo con las que arriesgan la vida. Sería demasiado tonto.

El joven la mira con intensidad a los labios. Alice se siente incómoda, pero sonrío a su vez. La ayuda a levantarse. Ella se sacude la arena del trasero.

El pirotécnico aprovecha para apreciar su esbelta silueta.

—De lejos parecías pensativa. Y, de cerca, me ha dado la impresión de que ibas... —El joven mide sus palabras, no quiere herir a Alice.

—¿A suicidarme? —lo interrumpe ella—. Ya he superado esa fase. A decir verdad, creo que no he estado nunca tan contenta conmigo misma. Acabo de cortar definitivamente con mi chico y empiezo unas sesiones de quimioterapia la semana que viene con un grupo de amigos magnífico. Sí, tengo cáncer. —Alice lee la sorpresa en su mirada.

Un poco descolocado, el joven se sitúa enfrente de Alice.

—Encantado, soy Fabien. ¿Y tú?

—Alice.

—¿Te puedo dar un abrazo? —La abraza sin esperar respuesta y le da unas palmaditas en la espalda.

A Alice la desconcierta el gesto, pero se siente agradablemente sorprendida.

—Enseguida me han entrado ganas de darte un abrazo cuando te he visto en la playa.

—Eres muy directo.

—Creo que las cosas hay que hacerlas cuando se tienen ganas. A mí me encanta abrazar a la gente. Hay personas con las que no funciona, pero al menos lo intento. Solo es un gesto de cariño, ¿eh? Bueno, ¿me invitas a ese cigarro o no?

Alice obedece. Saca el paquete de tabaco y le tiende un cigarrillo a Fabien. Lo encuentra divertido, un poco extravagante, pero divertido.

—No tengo mechero.

—¿También vas a decirme que no fumas?

—¿Cómo lo has adivinado?

Él se ríe, con lo que se le marca un hoyuelo en la mejilla izquierda. Alice se acerca el mechero de Fabien, que le rodea las manos con las suyas. Prolonga el momento, da una calada al cigarrillo, maldice y por fin lo consigue.

—En fin, no sé si estoy a tu altura, pero yo acabo de perder a mi madre. No es lo mismo, pero bueno, tampoco es fácil. De hecho, puedo decirte que te entiendo. Un poco. No sé si de verdad se puede comprender el dolor de los demás. Aunque se pueden dar abrazos. Eso funciona.

Fabien la toma de nuevo por los hombros y la aprieta fuerte al tiempo que da una calada con la otra mano. Cualquiera pensaría que son dos enamorados abrazados al atardecer. Se separa.

Alice camina ahora junto a este perfecto desconocido, pegada a él en medio del viento. Trata de convencerse de que la vida es extraña cuando se deja que las cosas sigan su curso.

—Bueno, está bien. Estamos empatados, entonces. Tablas, ¿no? —declara ella.

—Tengo algo todavía peor. Esta mañana ha muerto mi carpita dorada. Bueno, por otro lado, llevaba diez días sin darle de comer. Puede que fuera por eso —explica riendo Fabien.

—Espero que seas más meticuloso con los fuegos artificiales. De lo contrario, ¡me marchó en el acto! Si quieres, tengo al gato de mi compi de piso en el hotel. Seguro que puede ocuparse de tu pez.

—¡Oh, qué asquerosidad! —Fabien hace una mueca de asco.

—¡Oye! ¡Eres el que acaba de decir que lo ha dejado morir de hambre!

—Ah. Sí, bueno, de acuerdo. Tú ganas.

Fabien aplasta la colilla cerca de una papelera diseñada para ello. Alice lo imita.

—Alice, me ha encantado hacer este trocito de camino contigo. No sé adónde vas, pero estaré ahí hasta el encendido. ¿Puedo pedirte tu número? Y te envío un SMS. Así tendrás el mío. Si te apetece algo de cariño exprés, ya sabes dónde encontrarme.

Alice no sabe dónde poner las manos, que entrelaza a la espalda. Pronuncia cada cifra de su número con cierto placer. No suele conocer a tipos tan alocados muy a menudo. Aprovecha. Lo mira. Él se inclina hacia ella y le roba un beso en la frente cerrando los ojos, antes de abrazarla por última vez. Al devolverle el abrazo, Alice adivina un cuerpo fibroso.

—Venga, vete. Y vigila bien a tu gato. No quiero verlo rondando cerca de mí.

Fabien da media vuelta y se va. Echa una última ojeada a esa jovencita perdida pero llena de encanto. Ya sueña con besarle ese lunar que tiene en la comisura de los labios.

## Regla 32

### Poco a poco hila el optimista el copo

Élisabeth se ha instalado en el vestíbulo de este hotel de otra época mientras espera a Béa. Agüistas de todo el mundo y épocas distintas han debido de frecuentar este encantador salón de sillones Chesterfield y banquetas festoneadas con agradables colores marineros. En la barra, un camarero con chaleco rojo y negro encadena los cócteles con agilidad. Élisabeth ha elegido una mesa al borde de la gran terraza de columnatas de piedra oscura y adoquines de granito que domina el mar. No hace otra cosa que observar el mar. No se cansa de ello. La brisa fresca que se cuele por las ranuras de las viejas puertas acristaladas le roza el rostro. Élisabeth siente cierta satisfacción de estar allí. Aprecia el hecho de no llevar ya otra carga que la suya. Mira a lo lejos y trata de adivinar lo que esconden las olas; a veces, un barco; otras, windsurfistas. Élisabeth observa a los niños que juegan al escondite en los rompeolas corroídos por las algas fluorescentes. Se imagina su estado de excitación, su alegría, sus risas alocadas. Todo lo que ella no ha conocido. El camarero le trae un lapsang souchong. Una nunca cambia, piensa. El olor ahumado y agrio de la bebida caliente, las corrientes de aire y los movimientos de esos niños que gritan en la playa la llenan de una alegría indescriptible, sin duda porque está allí por decisión propia. Está allí y ahora, y en ninguna otra parte. ¡Es un momento único! No tiene que responder ante nadie de sus actos. Nota los nervios sensibles, a flor de piel, a punto de convertirse en una montaña rusa de emociones. Delante de sus amigos optimistas, trata de poner buena cara. Los mismos viejos preceptos burgueses de siempre: no mostrar sus debilidades en público.

Sin embargo, los ojos se le llenan de lágrimas a menudo, y se descubre incapaz de controlar nada. Se siente completamente perdida. ¿Por qué su padre nunca quiso decirle la verdad sobre las cartas de Marc? Se atreve a pensar que su padre quizá no fuera el hombre al que admiraba. ¡Qué egoísta! ¿Con qué derecho se permitió decidir así la vida de su hija? Y Bernard... ¿por qué le siguió el juego? ¿Por amor, tal vez? Sin duda Béa, Sam, Greg y Alice tienen razón. Ahora lo que quiere es encontrar a Marc. Tiene el tiempo contado. Greg le ha propuesto hacer una búsqueda en internet; a ella no se le da demasiado bien la tecnología. Suele encargarse Bernard. Se enjuga el rostro con la

servilleta del té, bebe un trago y echa un vistazo a la playa que tiene delante. Algo en los rompeolas le llama la atención desde hace un momento. En la arena, con un abrigo negro, un hombre observa la fachada del hotel, con la mano a modo de visera. Élisabeth reconoce inmediatamente a su marido.

## Regla 33

### Los optimistas sanan el mal con el mal

—Voy a pedir la lubina empanada. ¡Me encanta!

—¿No prefieres cangrejo, mejor? ¡Matemos a esta bestia que nos corroe por dentro! ¡Devorémosla!

Béa y Élisabeth están sentadas a una gran mesa cubierta de blanco y ríen de buena gana. El decorado es histórico, con molduras, dorados y grietas. Los camareros avanzan sin hacer ruido por las moquetas recargadas de flores. Los altos y grandes espejos de las paredes se alternan con pinturas de escenas de caza o grabados de vistas marineras. La historia aquí se ha detenido. Béa y Élisabeth se deleitan.

—¿Nos tomamos una pequeña docena de ostras para empezar?

—Venga. El aire libre me ha abierto el apetito. Me gustan mucho estos ventanales. Es como tener el mar, el cielo y la playa al alcance de la mano. He visto sitios muy bonitos con Bernard, esa es la parte buena. Pero este tiene un encanto... desfasado.

—¡Como nosotras, vaya! —dice Béa con una carcajada.

—Como nosotras, eso es... —Élisabeth se pone derecha—. Béa, tengo que contarte algo. He visto a Bernard en la playa hace un rato. Estaba tomando el té y lo he visto pasar.

—¿Aquí? Bueno. No hay muchas probabilidades de que haya venido hasta aquí por otra razón que no seas tú. ¿No te ha visto?

—No. Me he alejado de la terraza y me he refugiado en el baño mientras pasaba. Estoy segura de que estaba observando la terraza.

—¿Sabes qué? Solo tienes que decirte que él también ha venido a tomar el aire. Y tú estás aquí con tus amigos, no te olvides. Sobre todo, ¡aprovecha! —dice Béa, y coge a su amiga del brazo.

—Sí, tienes razón.

—Yo, en cualquier caso, estoy contentísima de haberme cruzado en tu camino.

—Yo también.

—¿Una copa de blanco? —pregunta Béa, haciendo caso omiso de sus buenos propósitos.

—Te sigo.

—Moscatel —pide Béa al camarero en librea negra—. Muy seco.

—Tengo la impresión de haber encontrado una familia con vosotros.

—Es justo eso. Tú podrías ser mi hermana, y Alice, Sam y Greg, nuestros hijos.

Élisabeth guarda silencio y luego dice:

—Me habría gustado tanto tener hijos... ya lo sabes.

Béa calla a su vez.

—La vida nos da lo que puede, como puede, cuando puede —prosigue Élisabeth.

—A mí me gustaría mucho saber qué fue de mi pequeño Lionel.

Élisabeth la observa con asombro.

—El niño al que abandoné —continúa Béa—. No le he contado esta historia a nadie. Tuve que separarme de mi primer hijo a los dieciocho años...

Élisabeth se queda con su trozo de pan en el aire. No se atreve a interrumpirla.

—A menudo tengo la impresión de verlo —sigue diciendo Béa—. Cuando hablo con hombres que podrían tener su edad, siempre me pregunto si... Trato de imaginar. Di a luz sola en Londres. Yo era muy joven. Su padre, un hombre muy guapo, pero un cobarde de primera; me emborrachó la noche en que nos conocimos y el resultado: nueve meses más tarde, daba a luz en Inglaterra. Les dije a mis padres que me iba de *au pair*. Me fui directamente en bus. Una amiga me había dado la información. Estaba a la orden del día. No tenía ni un céntimo. Un horror. Tengo la sensación de que aquel niño entró en mi vida por la fuerza.

Béa enmudece.

—Di a luz un pequeñín rubio. Y lo abandoné. No podía ocuparme de él. Solo me quedé el peluche que la puericultora le regaló al nacer. A lo mejor está ahí, justo enfrente, al otro lado del mar, en Inglaterra, comiendo con su familia y mirando a lo lejos al mismo tiempo que nosotras. Fue aquel día, con dieciocho años, cuando me juré, hice un pacto conmigo misma, que nunca más dejaría que los demás me impusieran sus normas. Y que sería yo misma. Libre.

Élisabeth atrapa la mano de Béa, que iba a servirse otra ostra, la aprieta fuerte y la besa.

Le brillan los ojos.

—No sé cómo lo hiciste. En cierto modo, comprendo tu dolor, Béatrice. Nuestro sufrimiento se complementa.

—Espera —vuelve a la carga Bea—. Lo peor es luego, cuando tu hijo, una vez adulto, ¡se va! No he llorado tanto como el día en que Hélène me dijo que quería su propio piso para vivir sola. De hecho, me pregunté si no era peor.

—Tampoco exageres. —Hace una mueca con la boca llena.

—No. Tienes razón. Además, ese día mismo, me anunciaba que le habían encantado sus prácticas en la agencia y me pedía que la contratara. Tampoco salí perdiendo tanto. Pero me imagino a esos padres que ven a sus hijos marcharse lejos, a otra ciudad, al extranjero... y que se



encuentran completamente solos, como unos imbéciles, sin saber qué hacer a continuación. Hay que dar con el punto medio. Son el centro de nuestro mundo cuando están y, sin embargo, hay que saber dejarlos despegarse tranquilamente de nosotros. Es bonito, dicho así, ¡pero yo no lo he conseguido nunca!

—Lo mejor para no sufrir demasiado, si te he entendido bien, es buscarse unos hijos «adoptivos», a los que ves de vez en cuando, los apoyas, los ayudas...

Béa asiente.

—Mira, Alice...

—Dan unas ganas locas de ayudar a esta pequeña, de darle consejos, de orientarla, aunque me parece que tiene bastante personalidad y que es decidida.

—Yo la encuentro, incluso, más fuerte que yo —confiesa Élisabeth—. Habría sido incapaz de hacer todo lo que hace ella a su edad.

—Estoy de acuerdo contigo. Podemos decir que estamos aquí para ella. Si se va, se va. No hay dolor, solo un pellizco. Mientras que el hijo que se marcha, es como pegarse un tiro, te lo juro.

Ambas mujeres hablan, comen, beben, como dos viejas amigas. Parecen felices de estar ahí, juntas, contándose cosas. Dos amigas haciéndose confidencias.

—Veo que no nos privamos de nada.

De repente, Sam y Greg se plantan ante ellas.

—¿Podemos unirnos?

Los cangrejos llegan a la mesa en ese momento.

—Pues claro, venid, venid. Como dos buenas optimistas que somos, hablábamos de niños, maternidad y futuro. ¡En fin, más bien recuerdos, a nuestra avanzada edad!

Greg aprovecha para pedir al camarero más cangrejos y otra botella de vino.

Sam, por su parte, pide agua. Está un poco cansado, con el estómago regular. Tal vez sean las emociones o la enfermedad.

—Tenemos que anunciaros una cosa: Sam POR FIN ha aceptado mi petición de matrimonio.

—*Mazel tov!* —exclama Béa.

—¡Oh! ¡Qué alegría! —añade Élisabeth.

—Tranquilidad, tranquilidad, todavía está todo por hacer —las calma Sam con una sonrisa.

—Y querríamos pedirnos...

Béa entrelaza las manos unidas bajo el mentón.

—¿Que seamos vuestras testigos? —pregunta.

—¡Mejor! ¡Nuestras damas de honor!

Béa y Élisabeth estallan en una carcajada.

—Hace mucho tiempo que perdimos el honor, pero en el alma todavía me siento como una jovencita. Con mucho gusto por mi parte —declara Béa con una mirada a Élisabeth.

—Estoy emocionada, perdón.

Élisabeth no consigue seguir hablando y mueve la cabeza sin ton ni son. Todas estas emociones deben detenerse. Siente que, si no, no va a poder resistir.

—Pero sí, sí, por supuesto, claro que sí. ¡Quiero ser una de las damas de honor de vuestra boda! —dice recomponiéndose, tratando de poner buena cara.

—¿Qué pasa aquí?

Alice llega a su vez.

—Sam y yo vamos a casarnos.

—¡Por fin! Has dicho que sí, espero.

—Sí. —Sam suspira levantando los ojos al cielo y simulando hastío.

—¡Es fantástico!

—¿Aceptarías ser una de nuestras damas de honor junto a Béa y Élisabeth?

Alice guarda silencio un momento y luego contesta:

—¡Pues por supuesto! ¡Me encanta la idea! ¡Es estupendo! —Parece llena de coraje. Besa a Sam y luego a Greg.

—Pero ¿tú no tenías que verte con Simon?

—Esto... pues... Sí, nos hemos visto. Pero he decidido cortar por lo sano. No creo que sea el hombre de mi vida. He seguido tus consejos, Greg. Hay que aprovechar, no preocuparse, probar.

—Tienes razón. Ese hombre no te merecía.

Béa acaricia la mejilla de Alice. Le coloca un mechón detrás de la oreja.

—¿Qué comemos, entonces?

—Cangrejo, ¿os apetece?

—Maravilloso. Hace siglos que no como eso.

—Perfecto.

—Pues ya está. Ahora tengo que beber para celebrarlo —dice Alice sirviéndose una copa de vino.

Todos se miran. Está irreconocible.

## Regla 34

### Al optimista, que le quiten lo bailado

—Entonces ¿no has vuelto a ver a tus padres? —pregunta Bastien.

El amigo de la infancia de Sam está sentado muy derecho, con la cara seria, delante de Sam, que asiente con la cabeza, aún marcado por la resaca de la víspera. Después de la cena en el hotel, toda la tropa acabó en la habitación de Béa vaciando el minibar, hasta el punto de saltarse el tratamiento de por la mañana y quedarse disfrutando de sus suites, la mayoría con dolor de cabeza.

—Sé que mis padres a veces se cruzaban con los tuyos. Voy a preguntarle a mi madre, ella debe de saber algo —añade Bastien—. Te diré lo que sea. Por cierto, tus amigos son muy simpáticos. Y, en cuanto a Béatrice, lo arreglaré para que se cruce con su estrella de rock preferida. —Le hace un guiño de connivencia.

—¿Es un cliente habitual?

—*No comment.*

—Oh, venga, a mí me lo puedes decir...

—*No comment*, te he dicho. Eso forma parte del encanto de nuestro establecimiento. Reposo, cuidados, calma y aire libre. Nunca damos información sobre nuestros pacientes. Por ejemplo, seguro que te alegrará saber que no le hemos dicho nada al marido de esa señora que viene contigo, Élisabeth de Belœuvre se llama, ¿no?

—¿Cómo?

—Su marido ha llegado furibundo esta mañana, amenazando con llamar a la policía si no le llevábamos de inmediato a su mujer. La busca por todas partes. Mis recepcionistas lo han detenido, me han avisado, y me he encontrado con un hombre completamente fuera de sí. Temo que vuelva en cualquier momento. Por supuesto, yo no os conozco, y nunca os he visto. La discreción es siempre lo primero. —Bastien esboza de nuevo una ligera sonrisa llena de ironía—. Fuera bromas. Avisa a tu amiga de todas formas.

—Claro.

Bastien se levanta. Sam hace lo mismo.

—De veras siento mucho todo esto de tu enfermedad, tus padres, tu tristeza... Voy a hacer lo posible por aliviártelo un poco con los medios que tengo. Te aviso en cuanto me entere de algo. Entretanto tenéis cita en la sala de yoga. La profesora es fantástica. Os aconsejo encarecidamente a todos que vayáis.

Bastien le da una palmadita en la espalda a Sam y desaparece. Sam se dirige a encontrarse con sus optimistas, que están ya listos para el aperitivo, sentados ante una galleta de soja y un zumo de kale.

—¡Ay!, Sam, mira, esto nos saca un poco del aligot y de la Vichy Célestins, ¿no?

El semblante de Sam es serio.

—Élisabeth, tu marido está aquí. Te está buscando —declara sin rodeos.

Los rostros de los optimistas oscilan entre la sorpresa y el horror.

—Lo sé, lo sé —confirma Élisabeth—. Lo vi en la playa antes de ayer. Como dice Béa, él también tiene derecho a tomar un poco el aire. Venga, venga, ya hemos hablado bastante de mí. ¡Vámonos a yoga!

—Y yo que pensaba que estarías asustada...

—He decidido dejar de preocuparme. No sé si lo conseguiré, pero he aquí que tengo sesenta y siete años, un cáncer y ya es hora de que disfrute un poco. Gracias, por cierto, Greg, por tus valiosas búsquedas. —Élisabeth se vuelve hacia Alice y Béa—. Greg me ha ayudado a encontrar a todos los Marc Hautefeuille de Francia por internet. No ha sido muy difícil: solo había uno. No lejos de mi ciudad natal. ¿Y sabéis qué? Creo que voy a ponerme en contacto con él. Me apetece. Todavía necesito algo de tiempo para llevarlo a cabo, pero creo que voy a hacerlo. Puede que me haya olvidado completamente.

—No. ¿Estás de broma?

—Bueno, en cualquier caso, veis cuando os decía que vuestra compañía me da por fin valor...

Béa comienza a entonar su grito de guerra.

—Todos para uno...

—... uno para todos.

—Si de cáncer he de morir...

—... ¡como prócer habré de vivir! —gritan todos juntos delante de la sala de yoga a la manera de los Tres Mosqueteros.

## Regla 35

### El optimista, como santo Tomás, si no lo ve, no lo cree

—¡Buenos días a todos, me llamo Svetlana! Voy a ser vuestra profesora de yoga hoy. Vosotros sois...

—Béa.

—Élisabeth.

—Alice.

—Sam.

—Greg.

Alentado por Bastien, Sam les ha contado maravillas de las clases de yoga y todos han aceptado. Aguardan en fila, con el albornoz blanco immaculado.

—Perfecto. ¡Ah! Alguien que llega tarde... ¿Usted es? —pregunta Svetlana.

—¡iPé.

Béa se vuelve y casi se desmaya encima de la colchoneta: Johnny, Johnny Hallyday, su ídolo, al que siempre ha soñado con ver, tocar... En fin, vamos, Johnny, vaya, y se pone justo a su lado. Encuentra distinguido que no se haga llamar Johnny en público. Ha conservado la humildad, se dice.

Béa mira a Élisabeth, Sam, Greg y Alice, a la vez sorprendidos y encantados, totalmente risueños.

Todos llevan las mallas negras que les ha proporcionado el centro.

Béa se ha atrevido a añadir al conjunto una banda de felpa blanca para el pelo, igual de llamativa. Se fija en que su ídolo también ha optado por la felpa, que le da un aire a Björn Borg en su época buena. De repente se siente más cerca de él.

Toda una vida esperando a cruzárselo y helo aquí con unas mallas y una banda de felpa, junto a ella, sobre una colchoneta de yoga toda blandita. La vida es injusta. Béa no sabe cómo reaccionar ahora. ¿Lo saluda? ¿Se presenta? ¿Hace como si no pasara nada?

Decide concentrarse en las palabras de la profesora, que posee un ligero acento de Europa del Este. Acepta los cascos que Svetlana le tiende, al igual que hacen Johnny y el resto de sus amigos los optimistas.

Con los cascos puestos, todos los sonidos se amortiguan de forma natural. De repente, Svetlana se sienta, los invita a hacer lo mismo y comienza la clase con un atronador:

—¡Bienvenidos a mi clase de yoga *dance*!

—¿Cómo? ¿Yoga *dance*? —repite Béa—. Pero ¿eso qué es? Yo quería algo *light*, tranquilo, suavcito...

Johnny la mira y sonríe.

Está muy mono con las mallas negras ajustadas, la camiseta de Harley Davidson, la felpa y los cascos en la cabeza. Seguro que su mujer no lo aprueba, pero bueno. Béa todavía no se lo cree.

—Voy a poner la primera canción. Seguirán cada uno de mis movimientos. La música ayuda a dejarse llevar, a olvidarlo todo. Cada movimiento es importante. Concéntrense solo en sí mismos. Solo en sí mismos.

El acento cantarín del Este no provoca el efecto relajante deseado en Béa, verdadera polvorilla. Ahora tiembla de impaciencia. Está deseando darlo todo y enseñar a su ídolo lo que sabe hacer.

Élisabeth, justo detrás de ella, parece más serena. Los cerca de cuarenta años de clases de yoga alrededor del mundo junto a mujeres expatriadas y abandonadas la ayudan a relajarse de inmediato. Alice, a su lado, parece totalmente perdida, fuera de lugar, en completo desfase con el grupo. Observa cada gesto, cada movimiento de la profesora, como se observa un nuevo planeta por el telescopio. Sam y Greg parecen más en su elemento después de todo, acostumbrados como están a sus clases semanales de *fitness*.

De repente, George Michael irrumpe rugiendo en sus cascos y su *Wake Me Up* antológico despierta al extraño grupo.

Béa arranca a la primera y canturrea, balancea la cabeza de derecha a izquierda. Élisabeth no conoce este éxito de los años ochenta; Alice lo ha escuchado por encima, sin más. Sam y Greg ejecutan la postura del guerrero a un ritmo acalorado. Sam ralentiza enseguida la cadencia, sus dolores lo hacen sufrir. Béa observa a Johnny con el rabillo del ojo: impasible, este encadena las posturas con parsimonia olímpica. ¿Tiene la misma música que yo en los oídos o qué?, se pregunta Béa, que se debate entre la cigüeña y el perro cabeza abajo. Cuando empieza a sonar *The Eye of the Tiger*, está al borde de la apoplejía. Suda, siente que el cuerpo le reacciona como nunca lo había hecho. Está segura de que se debe a la presencia de Johnny. Entre dos posturas, piensa en su concierto preferido. 1993, Parc des Princes. Sylvie Vartan llega toda de rojo, con un vestido con raja. La gracia, la elegancia y esa mirada abrasadora de siempre entre los dos tortolitos, que cantan juntos *Tes tendres années...* Ella apenas tenía un año cuando salió la canción, en 1963, pero siempre le ha producido escalofríos. Y, en junio de 1993, se encontraba de pie entre el público y lloraba. Se acuerda de la fecha como si fuera clave. Philippe estaba a su lado, completamente impasible, pero la amaba, así que escuchaba obediente. «*Tu me dis que tu l'aimes*

*/ Je sais, oui tu dis vrai / et pourtant moi je t'aime / bien plus fort en secret / un matin quand elle partira / Quand tu pleureras / dis-toi bien que tu vivais / Tes tendres années.»*[1]

Escalofríos, escalofríos y más escalofríos. Vaya, Béa no debería haber pensado en esa canción. Ahora le tiembla todo el cuerpo. ¡Delante de Johnny! Se enfada consigo misma. Como la profesora les ponga la antigua *J'irai où tu iras*, va a derrumbarse como una sensiblera, está segura. Trata de volver a concentrarse. Sigue la secuencia de movimientos. Johnny continúa impassible, ni siquiera presta ya atención a su pobre vecina, ahora empapada en sudor. Para la *savasana*, «también llamada postura del cadáver», se toma la molestia de precisar Svetlana, Béa juega sus últimas cartas musicales con un *Djobi Djoba* de antología. Siente como si el dedo pequeño del pie le pesara tres toneladas. Un paquidermo avanzaría más rápido que ella, pero está satisfecha de su final. Una vez acabada la clase, Svetlana les da las gracias y se acerca a tomarlos de las manos. Béa mira a Johnny, imperturbable.

—Es usted mi ídolo —se atreve a decirle finalmente, con las mejillas encendidas.

—Usted también. No sé cómo consigue hacer esa posición del cadáver con tanta... tanta... ligereza.

—¿Ligereza? ¡Oh! Qué amable es usted. Voy a hacerle una confidencia: no hace falta buscar muy lejos. Soy un cadáver en potencia. Al igual que todos mis amigos aquí presentes.

Béa señala al grupo de los optimistas al completo.

—¡Salvo él! —precisa de nuevo, apuntando a Greg con el dedo.

Le resume brevemente su historia. Johnny encuentra que Béa se lo toma con mucho humor a pesar de la situación.

—Si ha de quedarme una sola cosa, ¡quiero que sea eso! ¡El sentido del humor!

Sam se acerca, saluda a Johnny y se lanza:

—Ella no se atreve a decírselo, pero desde que lo ha visto aquí, sueña con hacerse una foto con usted... y con que le firme su cuaderno verde.

Sam muestra el objeto en el bolso de Béa, junto a la colchoneta del suelo.

—¡Para! ¿Qué voy a parecer?

—Una admiradora —responde JiPé—. Estoy acostumbrado. Hace tanto tiempo... Acepto, pero con una condición: que me cante su canción preferida.

Béa tiene lágrimas en los ojos.

Todos le dan un empujón con la cancioncilla al mismo tiempo, la voz dulce de Alice por encima de las demás.

—*J'ai oublié de vivre*, cómo no.

Béa retoma la estrofa y JiPé la acompaña en un dúo improvisado en medio de las colchonetas de yoga. Sam aprovecha para desenfundar el móvil e inmortalizar el momento.

—PA-TA... Béa, para, estás toda colorada. Y, además, cuando Johnny te vaya a dar un beso...

JiPé, muy sonriente, obedece.

Clic.

Todos se han vuelto a poner el albornoz, sudando pero contentos, alrededor de un JiPé encantado.

Béa está en el séptimo cielo. Besa a su vez al cantante, ya a punto de marcharse.

—Díganme, ¿qué hacen esta noche? —pregunta JiPé antes de dejarlos.

—No hemos planeado nada —declara Béa categórica sin mirar a sus amigos optimistas.

—De acuerdo. Pues vengan. Unos amigos y yo pasaremos la velada en el casino. Va a estar de muerte. Justo al lado de las murallas, en la esquina. Les reservo cinco asientos a mi mesa: a las ocho.

Béa se queda con la boca abierta. Su ídolo invitándola a un concierto privado. Está sudorosa, roja como un tomate, transida de felicidad. Bajo el albornoz, el corazón le late a toda velocidad, a punto de detenerse. Bastien irrumpe corriendo en la sala de yoga, completamente sin aliento a su vez, los brazos cargados con todos los bolsos de mano y distintos enseres del grupo.

—¡No vas a creerte lo que acaba de pasar! —anuncia Sam a su amigo de la infancia.

—Luego me lo cuentas... Tienen que marcharse rápido de aquí. Su marido, Élisabeth, la está buscando por todas partes. Va por todo el establecimiento gritando que sabe que se esconde aquí, que eso es abandono del hogar. Es mejor que se marchen, creo yo. ¡Dense prisa!

Élisabeth parece consternada.

—¡Será grosero! Estoy realmente confundida. Su comportamiento es despreciable. Está claro que no soporta que me tome un poco de tiempo para pasármelo bien.

Bastien le pone la mano en el hombro para borrar cualquier sentimiento de culpabilidad por su parte.

—Ahora voy a ayudarles a salir de aquí lo más rápido posible. He recogido todas sus cosas del vestuario. Sígueme. Voy a enseñarles la parte de atrás del decorado.

Bastien los conduce a través de los distintos pasillos de los cuartos de máquinas y calderas. Un olor a sal marina, cloro y aceite se mezcla en el aire. Parecen un grupo de rehenes que está siendo liberado o una operación militar secreta. De vez en cuando, se detienen, aguzan el oído y vuelven a ponerse en marcha. Bastien no para de pedirles que guarden silencio, que vayan recto, que tuerzan a la izquierda. Entre dos directrices, Béa vuelve a hablar de la clase de yoga.

—Todavía no me lo creo. Johnny Hallyday haciendo la postura del perro... conmigo... en mallas. E invitándome a sentarme a su mesa. Es sencillamente increíble.

—Sí, bueno, no te retrases, Béa, o nos vamos a topar con Bernard y te vas a tener que despedir de tu velada con el ídolo de los jóvenes.

—De los jóvenes, de los jóvenes, ¡tampoco exageres!

—¡El ídolo de una optimista, en cualquier caso!



Sam y Greg abren la comitiva. Los siguen Alice y Élisabeth. Bastien hace de jefe de tropa. Béa avanza más despacio, detrás, aún vestida con el albornoz, que deja entrever sus mallas, y el bolso en el brazo con las pelucas dentro todavía y su cuaderno verde asomando.

—Creo que ya estamos —susurra Bastien en medio de un estruendo de turbinas—. Por aquí saldrán a la parte de atrás del aparcamiento. Su coche no estará lejos. Mis guardas están ahí. Me han confirmado que su marido todavía está dentro, no la verá salir. Traten de no llamar demasiado la atención.

Bastien echa un vistazo al estafalario atuendo del grupo. Con un gesto, indica a Béa que le devuelva el albornoz y ella obedece. Sin perder la sangre fría, el joven director del centro de talasoterapia parece más bien divertido por la situación.

—Son libres. ¡Corran!

Bastien retiene a Sam por el brazo.

—He estado investigando. Tus padres siguen viviendo en Saint-Malo. Mi madre me ha dicho, sin estar segura, que los ha visto recientemente. Me ha confirmado también que ya no viven en la casa de tu infancia de la Avenue Pasteur. Mira, esta es su nueva dirección, en Saint-Servin. — Bastien se saca un trozo de papel del bolsillo de la camisa.

Sam, muy erguido, se queda sin habla, con el papel que le tiende Bastien entre las manos.

¿En qué se resume una vida, el deseo de una existencia? En este trozo de papel que el viento podría llevarse, así, con una simple ráfaga. Sam lo ase con fuerza, como si fuera una preciosa llave maestra.

—Ya se cambiarán más tarde —les dice Bastien—. ¡He metido todas sus cosas en las bolsas de deporte! Mucha suerte.

A pesar de la precipitación, besa a cada uno calurosamente.

Béa insiste más que el resto.

—Gracias, gracias, gracias Bastien. ¡Ha hecho mi sueño realidad!

—¿De verdad? ¡Pero si yo no he hecho nada! —declara jovial.

—Esta noche, a las ocho, Johnny nos ha invitado a su mesa en el casino. ¿A lo mejor podría acompañarnos?

—¡Gracias por la invitación! Voy a ver. Venga, venga, ¡dense prisa! —Bastien abre la puerta que da a la parte de atrás del aparcamiento del centro de talasoterapia.

La Kangoo amarilla se distingue bien en el extremo opuesto. Un sol radiante, cegador, baña el asfalto y los maceteros de flores cargados de arbustos.

—¡Esperad! —grita Béa con la nariz en el bolso.

Saca las pelucas negras a lo Louise Brooks que tenía guardadas desde París.

—Con esto iremos de in-cóg-ni-to.

Sin pensárselo dos veces, se ponen una cada uno, nerviosos y encantados a la vez.

Béa los mira.

—¡Esperad! —grita de nuevo.

Saca su smartphone, se vuelve y toma una foto de grupo de sus optimistas.

—¿Ves cómo sirven de algo esas máquinas diabólicas? —se atreve a decir Alice, burlona.

—Un poco de respeto, jovencita —declara Béa con el ceño fruncido—. Venga, ya está. Podemos irnos.

Béa, Sam, Élisabeth, Greg y Alice salen apresurados con las pelucas negras en la cabeza. Bastien los observa muerto de la risa mientras dejan el lugar. La escena le ha recordado a las películas de bandidos después de un atraco. El alocado equipo pone pies en polvorosa. Menudas pintas que llevan en el club de los optimistas, se dice también.

Greg les abre las puertas de la Kangoo sin precipitarse. Una vez todos instalados como es debido, con las pelucas en la cabeza y sus cosas a los pies, Greg arranca y cruzan el aparcamiento en primera, sin despertar sospechas.

La furgoneta de los optimistas franquea la portilla de salida y se aleja sin incidentes.

Béa atrapa el papel que Sam todavía sujeta en las manos como una preciosa reliquia.

—¿Y esto qué es?

Sam sonríe.

—La dirección de mis padres...

Béa transfiere el tesoro a Greg mientras exclama:

—*Yeah!* Ahí que vamos ahora. ¡Y echando leches! ¡Tengo que ponerme guapa antes de esta noche! ¡Y hay mucho que hacer para restaurar la fachada! —grita retirándose la felpa del pelo.

Todos la imitan quitándose las pelucas.

## Regla 36

### El optimista que esperar puede alcanza lo que quiere

—Bueno, pues esta vez creo que estamos en el lugar correcto.

Greg aparca la Kangoo delante de la supuesta casa de los padres de Sam, una pequeña construcción con un estacionamiento delante y el mar justo enfrente, con sus grandes rocas.

Mientras termina de cambiarse, Béa, sentada en el asiento del copiloto, se vuelve hacia Sam, que viaja detrás.

—Hacemos como la otra vez. Tú esperas aquí y yo voy a ver, ¿vale? Si es tu madre, se lo cuento todo y vienes. Dejaré un pie en la puerta por si acaso. ¡La vieja técnica de prospección inmobiliaria!

Sam asiente sin decir una palabra. El semblante completamente hermético.

Béa se mira en el retrovisor.

—Me doy miedo a mí misma. No sé si tu madre va a querer escucharme: se va a pensar que hay un zombi en la puerta. El regreso de los muertos vivientes...

Trata de bromear, pero Sam ya no reacciona.

—¡Venga, pequeño! Hace siglos que no la ves, lo sé. Pero ¡no te preocupes! Todo va a salir bien.

Parece agotada pero decidida. Sale del vehículo. Desde el estacionamiento, los optimistas pueden ver la puerta principal. Sam se pregunta qué los habrá traído a vivir a aquí, fuera de la ciudad, donde reina una calma casi total. Algunos habituales ocupan las terrazas de los cafés cercanos; otros vuelven de la compra cargados de bolsas. Aunque la vida continúa, la de Sam parece haberse quedado en suspenso en este momento. Béa se apuesta delante de la puerta, lanza un último vistazo a su amigo y llama.

Ahora el joven tiene la impresión de estar en apnea. Aguanta la respiración y mira a su alrededor, pero no es capaz de ver otra cosa salvo esa puerta a lo lejos. Unas florecitas adornan la ventana. Es una casa de una sola planta, de esa piedra gris resistente al agua y a los vientos, una plaza fuerte. De repente, la puerta se abre y Sam distingue la silueta de su madre en el marco. Catorce años sin verla. Ha envejecido muchísimo. Tiene el rostro triste, pero Sam reconoce enseguida sus rasgos principales. Se parecen mucho. Los mismos ojos, la misma forma de la cara.

Greg se sorprende ante las similitudes. Béa habla con las manos, parece explicar la situación, señala el coche. La madre de Sam mira en su dirección, no sabe qué hacer con las manos. Ahora es ella quien habla a Béa haciendo ademán de cerrar la puerta, aunque Béa sigue conversando. Sam se siente impotente. Le gustaría salir, ir a ver lo que ocurre, abrazar a su madre, pero Béa todavía no le ha dicho que se acerque. Alice y Élisabeth lo están arropando. Greg, en la parte delantera, asiste al espectáculo atroz de una madre y un hijo a los que las ideas, la vida y las pruebas han separado forzosamente. En la furgoneta, todos se han quedado sin habla.

Ahora Béa sujeta a la madre de Sam por el brazo. La fuerza a salir. La mujer apenas se resiste. Sam decide salir a su vez. Se queda inmóvil junto al vehículo. Greg baja tras él, seguido de Alice y de Élisabeth. La madre de Sam da un paso, luego otro... Y luego da marcha atrás. Es demasiado. Se desliza ahora tras la puerta entreabierta, como si no quisiera que la vieran. Ha advertido la emboscada, pero continúa hablando en la penumbra de su casita, que parece ocupar solamente la planta baja. Béa sigue argumentando, haciendo muchos aspavientos: se sujeta la barriga, se tira del pelo y toma las manos de la mujer.

En vano.

Sam la ha visto perfectamente.

Ha visto ese rostro soñado, el de su infancia, el que iba a darle un beso en la frente por las noches, el que le ponía gotas de champán tras las orejas en cada fiesta «porque trae buena suerte».

Ha visto esas manos que le acariciaban el pelo. «Este niño tiene el mismo pelo fino que su madre», decía la mujer del carnicero en la caja.

El viento le revuelve el cabello en este instante.

Se peina con la mano.

Se fija en que hace el mismo gesto que su madre antaño. Y dura el tiempo suficiente para que ella se decida por fin a salir y plantarse ante él.

Sam ya no se atreve a moverse.

No lo besa, no dice nada, pero lo mira con su mirada azul, grave, la misma que Sam.

Un instante apenas.

El viento sigue soplando.

¿Qué lee él en sus ojos perdidos? Sam está petrificado, cual rompeolas humano, barrido por los vientos de su infancia. Desesperación, sufrimiento o resignación, no consigue desentrañarlo. Pero ¿qué fue de aquella mujer antes hermosa, cariñosa y dulce? Hasta su cuerpo, enclenque, y su ropa, sin alma, parecen haber dejado de pertenecerle.

De repente su madre se da la vuelta y entra en casa. Béa continúa hablándole en el umbral de la puerta.

—Pero ¿qué más le está contando? —se atreve a preguntar Élisabeth en voz alta.

Sam asiste impotente a esta nueva separación que sabe irrevocable, una segunda separación

más dolorosa todavía, porque no tiene esperanzas de volver, de reanudar los lazos con sus padres. Sabe que se ha terminado. El tiempo ha pasado. Imposible volver atrás. La herida se aviva en Sam.

Las dos mujeres se estrechan la mano durante largo tiempo. Béa escribe algo en una hoja de su cuaderno verde. Muestra algo en su teléfono móvil. Adivinan a la madre de Sam tras el vano de la puerta.

La puerta va a cerrarse, una mano sale para atrapar el pomo. Sam mantiene los ojos fijos en ella. Cree distinguir un gesto en su dirección. Ahora la puerta está cerrada. Alice, Élisabeth y Greg suben a la furgoneta. Béa vuelve lentamente hacia el vehículo con la cabeza alta. Observa al peculiar grupo que la espera. Su paso se ralentiza. No parece moverse ya, se detiene y se desvanece.

## Regla 37

### Falta un solo optimista y parece que no hay nadie

—Béatrice Louvain, L-O-U-V-A-I-N, eso es. Sí, estamos todos en tratamiento en la Salpêtrière de París, cáncer de colon, de hígado, pulmón. En distintos estadios. A la espera de unos fármacos para empezar la quimioterapia. En vez de quedarnos allí esperando, nos vinimos a Saint-Malo, al centro de talasoterapia.

El interno de Urgencias del hospital de Saint-Malo los observa con curiosidad. Rondará los veinte años. Es un chico negro y alto, parecido a Michael Jackson al principio de su carrera, con el pelo a lo afro, zapatillas de deporte medio agujereadas y el estetoscopio colgándole del bolsillo de los vaqueros desgastados. El decorado blanco del lugar, bastante lúgubre, no se distingue demasiado del de la Salpêtrière, piensa Greg, que observa en la pared la misma reproducción de un Chagall que ha perdido los colores.

—Pero ¿qué relación tienen entonces con la paciente?

—Somos amigos. Nos conocimos en el hospital.

—No es algo muy corriente. Pondré «conocidos» mejor.

—No, ponga «optimistas».

El interno se ríe.

—Me temo que no lo acepten en administración —prosigue—. Van a tener que esperar un poco. Estamos haciéndole un reconocimiento de control. Seguramente haya sido un síncope vasovagal. Nada grave, a priori, pero hay que estar seguros antes de dejarla salir. Ha debido de sufrir un choque o una emoción intensa. ¿Me lo confirman?

—Confirmado.

Todos se miran con cara seria.

—¿Sabe cuándo podremos verla? —pregunta Sam, impaciente por conocer el final de la historia. De su historia.

—Un poco aún, y será como si no hubiera pasado nada. ¿Tienen alguna muda? Con el desmayo y la emoción, su amiga se ha orinado encima. Se ha manchado la ropa. Han de saber que este tipo de reacción, en su estado, no es nada excepcional. Por suerte, la señora Louvain traía todo su

dossier con ella, y los elementos esenciales en este cuaderno... —Les tiende el famoso cuaderno verde.

—Gracias, doctor. Este cuaderno es muy valioso. ¡No se puede perder!

—Nada de locuras ahora. Deben volver lo más rápido posible a París para seguir con sus tratamientos, ¿no es eso?

—Así es —confirma Sam con el cuaderno verde en la mano—. Pero, antes de irnos, Béa, en fin... la señora Louvain —le explica al interno— tiene una cita muy importante esta noche que no querría perderse bajo ningún concepto. ¡Ha de ponérsela en forma de nuevo! Luego volvemos a París, prometido.

—Perfecto. Los aviso en cuanto puedan marcharse con su amiga. ¿Cómo dicen ustedes? ¿Una optimista?

—Eso es. Formamos el club de los optimistas. «Todos para uno y uno para todos. Si de cáncer he de morir, ¡como prócer habré de vivir!» Dígale eso. Seguro que se ríe.

—Enseguida voy. —El interno sonrío, se aleja y vuelve a su servicio contoneándose.

## Regla 38

### El optimista se apresura a reírse de todo, por miedo a verse obligado a llorar

—Bueno, por si no me había hecho notar lo suficiente... —murmura Béa con una vocecita todavía temblorosa.

El club de los optimistas al completo rodea a Béa, tumbada en la cama de un box de Urgencias con una perfusión en el brazo.

—No me miréis así, con esas caras de corderos degollados. ¡No estoy muerta! En fin, ¡todavía no! Parece que estoy mejor. Solo ha sido un mareo. Tengo que decir que tu madre me ha conmovido, Samuel. Estaba llorando cuando ha cerrado la puerta; demasiado emocionada ella también. Una señora muy amable, tu madre.

Béa recupera el aliento y pide a Greg que le enderece la almohada.

—Vive en esa casita desde... la muerte de tu padre.

—¿La muerte de mi padre? ¡Pero no me han dicho nada! ¡Nadie me ha dicho nada!

—Siéntate. —Greg le señala la silla que hay junto a la cama—. A ver si te nos vas a desmayar tú también.

—Murió hace cinco años. De cáncer. De hígado. Ella quiso avisarte, pero tu padre no la dejó. No quería volver a verte. Tenías razón: se avergonzaba de ti. Tu madre propuso que te lo comunicaran tus hermanos, pero tu padre también se lo impidió. Les dijo que los desheredaría. Tu madre se arrepiente. Trató de decírtelo de una forma u otra, pero te había perdido la pista. Habría querido aconsejarte que te hicieras las pruebas necesarias para descartar la posibilidad de que fuera hereditario... Cuando le he dicho que empezabas la quimioterapia, no ha dejado de repetir: «Es culpa mía». Que a un niño no se le hacía eso. Que tenía que haber desobedecido a tu padre, pero que la amenazaba con pegarle si hablaba contigo. Creo que tu madre apreciará que la llames, para empezar. Ya irás a verla cuando estés curado, Sam. Se lo he prometido. Le he dado tu número. Ella me ha dado el suyo. Ahora quiere saber de ti. Y que la perdones...

Sam siente que las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—Mira, dame mi cuaderno. —Béa arranca una página y se la tiende a Sam—. Este es su número. Llámala. Le sentará bien. A ti también.



—Pero ¿por qué no me ha hablado?

—Eran demasiadas emociones, una impresión, no tenía fuerzas...

Sam se acerca a la cama de Béa y la abraza, llorando a lágrima viva y hundiendo el rostro en su almohada.

—Gracias, Béa, gracias —susurra.

Greg lo abraza a su vez. Alice y Élisabeth permanecen al otro lado de la cama, atónitas.

Béa acaricia la cabeza de Sam.

—Bueno, venga, venga, pero ¿qué hora es? —pregunta ella.

—Las ocho menos cuarto.

—¡Las ocho menos cuarto! ¡Pero si Johnny y yo tenemos una cita dentro de un cuarto de hora!

Béa recupera toda su vitalidad.

Aprieta el botón de llamada.

El interno aparece con un dossier entre las manos.

—Doctor, debo marcharme enseguida. Tengo una cita crucial esta noche: ¡ceno en la mesa de Johnny!

El interno la mira boquiabierto.

—¿Johnny, el cantante?

—¡Sí! ¿Conoce usted a otro?

—Esto... En Saint-Malo, sí. Apuesto a que su cita de esta noche es en el casino.

—¿Cómo lo sabe?

—Creo que voy al mismo sitio que usted —añade con una sonrisa—. Aquí está su alta. Y mi informe, para que se lo entregue a su médico en París. Que tenga una excelente velada. ¡Hasta luego! Vamos a pasarlo muy bien, creo yo.

Los optimistas no terminan de reaccionar y se miran con expresión incómoda, mientras Béa saca de su maleta un pantalón que le favorece.

## Regla 39

### Los optimistas ya conocen la canción

—¿Crees que es ahí?

Greg consulta el mapa del teléfono móvil.

—Es lo único que me sale.

Delante del casino hay una multitud.

—¿Crees que es por Johnny? —pregunta Béa un tanto febril—. Yo pensaba que iba a ser algo íntimo, así, entre nosotros. ¡Pero tengo la impresión de ir a un concierto de los Rolling Stones! ¿Crees que es ahí? —repite sorprendida.

—Pronto lo descubriremos.

A medida que se acercan al edificio, se cruzan con decenas de clones de Johnny Hallyday, pero también de Claude François, de Coluche o incluso de Céline Dion. Los optimistas tratan como pueden de abrirse camino.

—Perdón, perdón —dice Béa atravesando la multitud para alcanzar la puerta.

Delante de la entrada, un portero les pide sus invitaciones.

—¿Qué invitaciones?

—Esta noche es el concurso nacional de los mejores dobles de Francia, señora —responde amablemente el portero, nada impresionado.

Es la copia exacta de Kayne West, se fija Alice.

Kim Kardashian se encuentra justo a su lado, con un trasero que no deja duda alguna sobre la estrella a la que está imitando.

Béa empieza a darse cuenta de su error.

Los demás optimistas también, y estallan en una risa floja colectiva a la que Béa se suma rápidamente.

—Desde luego, eso no me...

—¡Eh! ¡Señora Louvain!

Entre la multitud, una voz se dirige a Béa.

Es el interno del hospital, verdadero doble de Michael Jackson, sin bata ni estetoscopio, sino con una especie de chaqueta de cuero negro y rojo, que recuerda a la época *Thriller* del cantante.

—Entonces ¿la ha invitado Johnny?

—Ya está bien. No tiene gracia.

La multitud espera para entrar. El interno se ríe de Béa sin maldad.

—Es mi ídolo. ¡Estoy segura de que era él!

—Sí, hay algunos dobles que parecen auténticos. ¡Vienen de todas partes de Francia! Bueno, yo no creo que gane imitando a Michael Jackson. Vengo por la diversión y por echar el rato con los compañeros de Urgencias. Pero ya verá que hay algunos dobles, sin embargo, para los que es su razón de vivir. ¡Esta noche se lo juegan todo! Es el título nacional de doble el que se disputa. Si ganan, significa un montón de galas aseguradas durante el año. El de doble es un verdadero trabajo para algunos.

Justo al lado de ellos, Béa observa a Mylène Farmer empolvándose la nariz.

—En fin, que esta noche es como si un montón de gente se presentara a una oposición. Pero cantando y riendo. Y su Johnny debe de estar ahí. Trate de entrar aunque sea. Se divertirá mucho.

Béa mira a los optimistas.

Todos están de acuerdo.

Béa pregunta a Kanye West si está allí JiPé, el doble de Johnny.

—¡Claro! Es el doble oficial del año. ¡Esta noche se juega el título! Tiene una mesa reservada. ¿Cuál es su nombre?

—Béatrice Louvain.

—Sí, está registrada, con otras cuatro personas.

—¡Somos nosotros! —exclaman a coro Sam, Greg, Alice y Élisabeth.

—Élisabeth, con un poco de suerte, tal vez puedas concursar como doble oficial de Agnès Varda —bromea Sam.

—¡Mira que eres tonto! —Suspira—. Venga, camina, en vez de decir tonterías.

El pequeño grupo pasa por los detectores de metales del control de seguridad y busca su mesa a través de la multitud. Los dobles están reunidos por personalidades, con su nombre en medio de la mesa en un expositor. Hay mesas de Johnny Hallyday, Mireille Mathieu, Joe Dassin o incluso Renaud. En cuanto distingue a «su» Johnny, Béa se dirige a él.

—¡Ay! Me alegro de verlo. ¡Gracias por habernos invitado! Pero ¿sabe que DE VERDAD me he creído que era usted Johnny? Me he dejado engañar como una principiante...

JiPé, el doble de Johnny, se ríe.

—Entonces quiere decir que tengo oportunidades. Y usted tiene una buena voz.

—Ah, no, ¡Alice es la que canta como los ángeles!

Apenas intimidada, la joven finge que le da vergüenza. Ha cambiado tanto...

La velada comienza, los números se encadenan. Béa, Sam, Greg y Élisabeth están sentados a un extremo de la mesa y bromean con cada actuación. Béa redobla incluso los aplausos cuando «su»

Johnny entra en escena. Este enlaza las canciones y los movimientos en el escenario igual que el original.

—Estoy disfrutando como una enana —anuncia Béa.

—¡Y, además, tenemos al interno al alcance de la mano por si acaso!

Élisabeth se sobresalta. Su teléfono está vibrando. Es un número desconocido. Primero duda, pero luego coge la llamada. El rostro se le descompone. Se levanta y se marcha para quedarse a solas un instante. Alice, Greg, Sam y Béa están cogidos del brazo. La doble de Mylène Farmer se desenvuelve muy bien y ha empezado su imitación de *Libertine*, que Alice y Greg cantan a grito pelado, de pie sobre las sillas, en una coreografía digna de Svetlana, la profe de yoga. Sam observa su complicidad con alegría. Élisabeth regresa a la mesa. Béa la interroga con la mirada.

—Va todo bien —anuncia al final de la canción—. Era Marc.

La cara de Élisabeth parece totalmente relajada ahora. Es la primera vez desde hace mucho tiempo que no alberga amargura o rencor en su interior. Parece una jovencita después de su primera cita, contenta, apaciguada.

—Me ha dicho que intentemos volver a vernos.

Apenas oculta su alegría. Una sonrisita delicada le ribetea los labios, solo ante la perspectiva de intentarlo. Esa llamada de teléfono ha hecho nacer en ella una suerte de esperanza. Élisabeth trata de interesarse por el concurso, pero tiene la cabeza en otra parte, cuarenta años atrás. Le gustaría ver a Marc lo antes posible, antes de la quimio, antes de perder esplendor. ¿La reconocerá? Sin embargo, respetará su ritmo, sus deseos. Aprieta las cartas contra sí, las de verdad. Se las lleva al pecho, con la sensación de estar unida a él. Al principio le parecía ridículo y luego se dijo que no. Se acordó de su abuela, que se cosía las cartas de su abuelo en el reverso de la falda para no perderlas. Ella ha hecho lo mismo en el bolsillo de su abrigo amarillo mostaza. «Vamos a intentar volver a vernos, Élisabeth», su voz todavía resuena en su interior como un eco. No deseaba otra cosa. Ni en sueños habría imaginado algo mejor.

En el escenario, ha llegado la hora de los resultados. Béa grita «JiPé, JiPé, JiPé», completamente histérica. El Johnny «de» Béa es premiado por segundo año consecutivo como «doble oficial» de Johnny Hallyday. Para entregarle el trofeo, el dúo formado por Kanye West y Kim Kardashian anuncia una sorpresa mayor: Johnny, el auténtico, en carne y hueso, se acerca al escenario del casino portando el trofeo para felicitar a su doble del año.

Los ojos de Béa, abiertos como platos, se le van a salir de las órbitas.

Ahora salta de su asiento. JiPé, ante el ardor de su histérica admiradora, la invita a unírseles en el escenario. Béa se precipita y abraza fuerte, muy fuerte, al verdadero Johnny y a JiPé.

—Está bien. Ya puedo morir tranquila —exclama.

## Regla 40

### Los optimistas construirán un futuro mejor

En la habitación de Sam y Greg, algunos haces de luz se filtran por las cortinas. Han celebrado la victoria de JiPé hasta el alba con los demás optimistas. Los fuegos artificiales lanzados desde la playa fueron grandiosos. Alice aprovechó para encontrarse con Fabien, el joven pirotécnico. Él la besó justo en el lunar.

—Pero ¿quién es ese? —preguntó Béa—. No lo hemos visto nunca.

—¡Chis! —respondió Alice con un dedo levantado.

No volvieron a verla en toda la noche.

El móvil de Sam vibra y parpadea en la habitación. Este lo busca con dificultad encima de la mesita de noche, con la cabeza aún cargada con los arrebatos musicales de la víspera.

—Samy, soy mamá.

Samuel se incorpora de inmediato y se sienta.

—¿Qué pasa? —pregunta Greg, que enseguida se incorpora junto a él.

—Me gustaría ir al cementerio, a la tumba de tu padre, contigo.

—¿Ahora? Voy enseguida.

Sam se levanta y se ducha rápidamente; Greg lo sigue.

—Voy contigo, ¿quieres?

—Gracias, sí —dice Sam, y deposita un tierno beso en la boca de su futuro marido—. ¡Había perdido la esperanza por completo!

Corriendo, bajan las grandes escaleras del hotel no sin antes avisar en recepción para que transmitan el mensaje a sus amigos.

Sentado junto a Greg, Sam está nervioso.

—Me ha llamado Samy. Así era como me llamaba de pequeño.

Greg le acaricia la rodilla.

No tardan en llegar a la casa de la madre de Sam.

—Ve tú delante. Yo voy a aparcar.

Sam se precipita afuera de la furgoneta, con las piernas temblándole de arriba abajo y resollando de calor.

Su madre abre la puerta antes incluso de que llame.

—Samy...

No lo resisten más, ni el uno ni la otra. Es más fuerte que los años de silencio y las ausencias. Su madre lo abraza. El pequeño Samy se ha convertido en un hombre apuesto.

—Perdón. Perdón, Samy. —Se separa. Se enjuga los ojos.

Él la abraza a su vez.

—¿Perdón por qué? Te quiero, mamá. Es lo único que importa. Siempre te he querido.

Ella siente su cuerpo poderoso, protector. Podría levantarla, llevársela lejos, y no se resistiría. Ahora lo observa de arriba abajo.

—Qué guapo estás, cariño mío. ¡Qué guapo estás...! Estoy tan orgullosa de ti. Con todo lo que has pasado, todo lo que te hemos hecho pasar. Estoy tan orgullosa de tener un hijo como tú... Me avergüenzo de ser tu madre, pero estoy orgullosa de ti.

Sam no sale de su asombro. No sabe qué responder.

En ese momento llega Greg.

—Mamá, te presento a Greg. Mi futuro marido.

La madre de Sam se inclina un poco confusa, sin saber muy bien adónde mirar. Trata de tenderle la mano, titubea, pero Greg le da dos besos como algo natural, de modo que ella también a él.

—¿Vamos?

La madre de Sam coge un abrigo largo beis. Todo en ella inspira tristeza, se dice Sam. Tiene ganas de tomarla por los hombros. Se detiene, se sobrepone y finalmente posa sus manos en ella. Le acaricia el pelo. Roles invertidos, se dice antes de besarla en la cabeza.

Feliz, está tan feliz...

En el cementerio, la madre de Sam le cuenta el calvario de su padre delante de su tumba, un bloque de granito bruto, gris, sin flor alguna: «Jean-Pierre Dillon, 1945-2012.»

—No quiso el tratamiento. Ya conoces a tu padre.

—Le pega.

—Sufrió, te lo juro, y nunca en silencio, como si hubiera querido hacernos pagar su enfermedad. Me destruyó, Samy. Todavía no lo he superado. Sueño con ello por las noches. Lo oigo gemir, como si todavía estuviera ahí, tratando de levantarse. Creo que se cae y que me insulta, y luego me despierto. Estoy agotada, Samy.

—Ahora estoy aquí, mamá.

—Yo también estoy aquí, cariño mío. No voy a volver a dejarte. En fin... si tú aceptas. Tu amiga me explicó ayer lo de tu enfermedad. Quiero estar ahí ahora. Quiero estar ahí. Tu padre no quería que volviese a hablarte. Le daba demasiada vergüenza, decía. He tratado de comprenderlo.

La educación a la antigua, sin duda. Rencores familiares también. ¿Y quizá celos? Porque tú te atrevías a ser quien querías ser. Porque tú no renunciabas a tus sueños y afirmabas tu identidad sin esconderte. Él, que nunca expresaba sentimiento alguno, me imagino que se sintió herido, que no comprendió tu forma de ser. Te lo digo como lo siento. No sé cuál es la verdad. Lo único que sé es que te he echado de menos y que, de no ser por tu voluntad, jamás te habría encontrado. Habría muerto terriblemente triste. Te lo aseguro. Gracias, Samy, gracias.

Sam la escucha embelesado. Le tiemblan las manos.

Greg permanece en segundo plano, igual de atento a las palabras de la madre de Sam. Observa a la mujer marchita y al hijo cariñoso que la sostiene. ¿Quién ha sufrido más? Descubre a aquella de la que Sam tanto le ha hablado. Ese instante sencillo y sincero es una etapa adicional en la construcción de la pareja. Greg está seguro. Una etapa necesaria, más bien, lo sabe. Ahora las cosas pueden retomar su curso, enriquecidas por este reencuentro, por estas palabras, por estos instantes. Sam toca la tumba de su padre. Se agacha, recoge un guijarro del suelo y lo coloca encima, antes de marcharse. Su madre se queda un momento sola y luego los alcanza. Una nueva vida comienza, sí.

## Epílogo

### Un año después

Son las 2.32 de la mañana. La enfermera de cuidados paliativos llama uno por uno a los optimistas.

—Hemos pensado que estaría bien que estuvierais junto a la señora Louvain. Los necesita. Ahora.

Béa había añadido sus nombres y sus números de teléfono a la lista de «Personas a las que avisar» en caso de emergencia en su cuaderno verde. Sam y Greg se apresuran a salir en busca de las chicas en su Kangoo amarilla. Greg se compró una idéntica al volver de Saint-Malo para cuando va a Rungis o a Holanda a comprar las flores. Élisabeth y Alice suben a la furgoneta con Elvis bajo el brazo. Greg las mira un poco sorprendido.

—Se ha empeñado en venir —replica Élisabeth—. Creímos que a Béa le gustaría.

Después de divorciarse de Bernard, Élisabeth se mudó a Montreuil como compañera de piso de Alice, en lugar de Emmanuelle, que partió al extranjero en busca de aventuras. Peor para los topes del valle de Chevreuse. Alice no ha vuelto a ver a Simon. Soltera, a veces se cruza con Fabien. Se toma su tiempo, ha empezado clases de canto además del trabajo en la guardería. Le encanta. Elvis, que Emmanuelle no se ha llevado consigo, duerme a los pies de su cama por la noche, como para protegerla.

A las cuatro de la mañana, el vehículo aparca delante de la unidad de cuidados paliativos; el corazón les late con fuerza. En fila india, Sam, Greg, Alice, Élisabeth y Elvis suben los escalones del hospital de dos en dos. Hélène, la hija de Béa; Philippe, el padre de Hélène; Arnaud y Victor se encuentran ya junto a Béa. Esta, inconsciente, con la respiración ronca, está arropada con una sábana blanca inmaculada.

Ya casi no le queda cabello. La peluca negra reposa sobre la mesilla de noche.

Elvis salta enseguida a la cama y se acurruca sobre el vientre de Béa. Esta ya no reacciona.

Todos la besan por turnos. Le toman la mano. Tampoco reacciona entonces. Le detectaron el cáncer demasiado tarde. La quimioterapia empezó y se detuvo rápidamente; los efectos secundarios habrían sido más nocivos que beneficiosos para su organismo. Los otros optimistas, por su parte, sí han continuado con el tratamiento. Alice y Sam hoy están en remisión. Élisabeth



continúa el protocolo con sus altibajos. Alice se encarga de cuidarla tras cada sesión de quimioterapia, con Elvis siempre a su lado.

La enfermera de cuidados paliativos está tratando de abreviar el sufrimiento de Béa; la bomba de morfina lanza dosis cada vez más frecuentes. Hélène sujeta la mano izquierda de su madre; Sam, la derecha. Hélène se ha enterado por el cuaderno verde de que tiene un hermano al otro lado del Canal de La Mancha. Ha empezado a buscarlo, sin suerte por el momento.

De repente Béa, con un estertor ronco y grave, encuentra fuerzas sobrehumanas para levantar la cabeza y abre los ojos milagrosamente. Echa una ojeada a la izquierda y observa a Hélène y a sus amantes. Luego gira con dificultad la cabeza hacia la derecha. Una mirada profunda, poderosa e inspiradora se detiene en Sam, Greg, Élisabeth y Alice, todos sentados en el borde de la cama.

Está agotada, pero lo consigue.

Ahora inspecciona lo que tiene delante. Mira a Elvis. Abre la boca de par en par para respirar unas largas bocanadas de aire. Parece una despedida, un adiós. Béa espira. Hélène le acaricia la cabeza. Una vez. Dos veces. Una última vez.

Tres pequeñas exhalaciones, y todo ha acabado.

Béa ya no está. Elvis se coloca de un brinco a los pies de la cama.

La enfermera, llamada con urgencia, acude enseguida a liberar a Béa de las perfusiones y sondas. Con los ojos llenos de lágrimas, todos la besan en la frente. La sangre ha comenzado a retroceder, la piel de Béa palidece. Hélène cruza las manos de su madre sobre el vientre y luego acaricia el suyo. Béa no conocerá al niño que está a punto de nacer.

La semana siguiente se celebra el entierro en Saint-Malo. Los optimistas han llevado hortensias, una cada uno, de colores diferentes. Las depositan cerca de la tumba de Béa y piden al enterrador que las plante cuando se hayan ido. Bastien está allí junto a ellos con su esposa; también Fabien, algo retirado de Alice. Se han encargado también de llamar a JiPé. Sin acompañamiento, comienza a entonar *J'ai oublié de vivre* entre dos notas falsas. Los optimistas y Hélène sonrían. Alice termina con suavidad. Sam, Greg, Alice y Élisabeth ejecutan el bailecito impuesto por Béa y agitan los brazos y las manos. A Béa le habría encantado. Mejor que un yoga *dance*. Hélène se acerca al ataúd y deposita el sombrero campana de su bisabuela, un peluche y un mechón de sus cabellos atado a este último. A continuación se coloca junto a Élisabeth, Alice, Sam y Greg, cuyas alianzas brillan bajo el sol de Bretaña. Casi un año ya de matrimonio para los dos Romeos. ¡Qué guapas estaban las damas de honor! La última imagen radiante de su club al completo. Se citaron en el kiosco del parque de Buttes-Chaumont. Acudieron los optimistas, el resto de sus amigos, los padres de Greg, muy orgullosos de casar a su hijo, y la madre de Sam. Todos subieron a la cima y

bebieron una copa de champán. Béa llevaba peluca, y no era de broma esta vez. Sébastien, su esteticista, ya le había dicho que no podría hacer nada más por ella.

Hélène se acerca ahora a cada optimista, saca de su bolso cuatro cuadernos verdes y se los entrega.

Élisabeth, Alice, Sam y Greg los abren al mismo tiempo. En el interior, una foto de los cinco, sonrientes, con las pelucas negras, en el aparcamiento del centro de talasoterapia. Por detrás, unas palabras escritas a mano por Béa:

*Todos para uno y uno para todos.  
De cáncer hube de morir.  
Ahora vuestro propio cuaderno verde habréis de escribir.  
Os quiero.  
Aprovechad la vida. Cúidaos.  
  
Vuestra optimista preferida.*

## Agradecimientos

Mamá:

Nunca habría escrito este texto sin ti.

Eras una mujer extraordinaria. Cualquiera que te haya conocido lo dirá.

El 21 de agosto de 2016, perdiste tu combate después de cuatro años de tratamiento. Moriste «de por vida», como me cuchicheó al oído tu nieto Raphaël. ¡Qué señora! ¡Qué buena mujer fuiste!

No soportabas verte disminuida, pero te reías de ello. Esas pruebas de pelucas, esos paseos en silla de ruedas...

Encontrabas el coraje de hacer reír a tus compañeras de quimioterapia, de subir la moral a las recién llegadas y de seguir avanzando contra viento y marea. Un ejemplo sin igual. Para mí, para nosotros.

Sufrías un martirio, pero no querías que se notara nada.

Una verdadera optimista, como tú decías. Jamás me habría atrevido a ponerle este título si tú no me lo hubieras sugerido entre tratamiento y tratamiento. Una optimista de lo más peculiar, sí.

«No te preocupes por mí», me susurraste los últimos días. De acuerdo. No es fácil, pero de acuerdo.

Tuviste ocasión de conocer a mujeres, hombres, empleados del hospital, con personalidades increíbles y recorridos sorprendentes, y mostraste un valor inquebrantable junto a ellos hasta el último aliento.

Gracias a ellos. Gracias a ti.

Tu recorrido fue rocambolesco. Puede que no tanto como el de mis optimistas. Aunque...

Todo lo anotabas en tu cuaderno verde, que descubrí al día siguiente de tu muerte, junto a tu cama.

Querías decirnos que «la vida pende de un hilo» y que había que aprovecharla. Espero que esta historia te guste, allá donde estés.

Élie:

Tuviste la buena idea de nacer el 17 de noviembre de 2016, unas semanas después de que se marchara tu abuela.

Tu hermano mayor, Raphaël, te ayudará más tarde a quererla, sin lugar a dudas.

Tu abuelo, José, que resistió valientemente junto a tu abuela, también sabrá recordarte su carácter fuerte y su estilo.

Es duro perder a una madre, pero ¡qué alegría descubrir a un nuevo hijo!

Escribo estas palabras y te tengo aquí, a mi lado, balbuceando, protestando, sonriendo, en la penumbra de esta noche.

Cuando sepas leer, descubrirás esta historia. Contiene un poco de tu abuela Martine en todos sus personajes, y encontrarás sus palabras evocadoras, su carácter alocado, su fantasía y el valor con el que se enfrentó a la enfermedad aquí y allí y en el famoso cuaderno verde.

Lo guardo para ti.

Sé fuerte, hijito, como tu abuela. Y no te olvides de vivir.

Gracias a Aurélie Clemente-Ruiz, mi esposa. No hemos podido reírnos todos los días, pero tú siempre estuviste ahí. ¡Riámonos un poco a partir de ahora!

Gracias a Raphaël Clemente-Ruiz, mi hijo mayor. Eres un campeón. Y no solo para arrancarle las tiritas a tu abuela.

Gracias a Élie Clemente-Ruiz por tu presencia «galopante».

Gracias a José Clemente-Ruiz, mi padre. La vida continúa, papá.

Gracias a Philippe Gloaguen, por tu apoyo inquebrantable. Y por Trassoudaine también. A mamá le gustó, lo sé.

Gracias finalmente a los amigos, a la familia, por haber estado ahí, muy cerca de ti, mamá.

Gracias por último a todo el equipo de la editorial Mazarine, por haber escuchado y apoyado mis deseos y mis escritos. Gracias a Sophie de Closets, Carole Saudejaud (me encanta cuando me llamas), a mi querida Ariane Foubert-Guillon, sin la cual nada habría sido posible, a Katy Fenech, Laurent Bertail, Pauline Faure, Marion Corcin, Éléonore Delair, Jérôme Laissus, a la delicada Iris Neron-Bancel, a la que nada se le escapa y, *last but not least*, a Alexandrine Duhin, mi editora. ¡Espero seguir haciéndote llorar en el futuro!

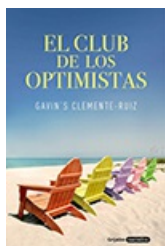
Ya está.

Se ha rizado el rizo.

Todo se entremezcla.  
La vida, la muerte.  
La muerte, la vida.  
Son un buen par de optimistas esas dos.

GAVIN'S CLEMENTE-RUIZ,  
*1 de enero de 2017*

## **Una novela luminosa y llena de emociones que nos demuestra que la comprensión, la solidaridad y el optimismo son grandes aliados contra la enfermedad**



Béa, Alice, Sam y Elisabeth se conocen en un lugar donde ninguno de ellos desearía estar. De edades distintas y con vidas que poco tienen en común, todos ellos recibieron hace poco una mala noticia sobre su salud y a partir de ahora se encontrarán regularmente en las sesiones de quimioterapia. Pero pronto Béa, una mujer de mediana edad, fuerte y muy vital, les hará ver al resto que siempre existe una manera de poner al mal tiempo buena cara. De ahí nacerá el club de los optimistas, un grupo exclusivo que tomará iniciativas insólitas y divertidas y en el que también saldrán a la luz sus temores. Porque todo problema, por grave que sea, puede desdramatizarse si se le aplican unas gotas de tranquilidad, una pizca de ánimo y un generoso chorro de empatía.

Un club donde solo se piden buenas vibraciones, comprensión y grandes dosis de solidaridad. Sus miembros tal vez no pasen por su mejor momento, pero están dispuestos a vencer los problemas con empatía y optimismo.

«Un hermoso canto de amor. Una oda a la vida.»

*La République*

**Gavin's Clemente-Ruiz** nació en Pont-l'Évêque (Francia) en 1978. Editor, viajero y cronista, ha colaborado regularmente con la Guía del Trotamundos desde 1999. Su primera novela, *Comment papa est devenu danseuse étoile*, publicada en Francia por la editorial Mazarine, se está adaptando para la gran pantalla.

Es también autor de libros de no ficción sobre temas históricos y curiosidades. *El club de los optimistas* es su segunda novela y la primera que llega a los lectores españoles.

Título original: *Le club des feignasses*

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2018, Mazarine/Librairie Arthème Fayard

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Luisa Lucuix Venegas, por la traducción

La cita del inicio del libro corresponde a *Vie de ma voisine* de Geneviève Brisac © 2017, Éditions Grasset et Fasquelle.

La cita que aparecen en el capítulo 15 («Regla 15. Se atrapan más optimistas con miel que con hiel») corresponde a *La Bohème*; letra de Jacques Plant, música de Charles Aznavour © Éditions Musicales Djanik

La cita que aparece en el capítulo 35 («Regla 35. El optimista, como santo Tomás, si no lo ve no lo cree») corresponde a *Tes tendres années*; letra de Ralph Bernet, música de Darrell Edwards © 1963, Glad Music Company, USA, Glad Music Limited

Todos los derechos reservados. Derechos de autor internacionales garantizados.

Con la amable autorización de Campbell Connelly Francia.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Fotografía de portada: © Getty images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5890-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] Me dices que la quieres / Lo sé, sí, estás diciendo la verdad / Y sin embargo yo te quiero / Mucho más fuerte en secreto / Cuando ella se vaya una mañana / Cuando llores / Recuerda que estabas viviendo / Tus años tiernos. (*N. de la T.*)

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El club de los optimistas

Regla 1

Regla 2

Regla 3

Regla 4

Regla 5

Regla 6

Regla 7

Regla 8

Regla 9

Regla 10

Regla 11

Regla 12

Regla 13

Regla 14

Regla 15

Regla 16

Regla 17

Regla 18

Regla 19

Regla 20

Regla 21

Regla 22

Regla 23

Regla 24

Regla 25

Regla 26

Regla 27

Regla 28

Regla 29

Regla 30

Regla 31

Regla 32

Regla 33

Regla 34

Regla 35

Regla 36

Regla 37

Regla 38

Regla 39

Regla 40

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Gavin's Clemente-Ruiz

Créditos

Nota